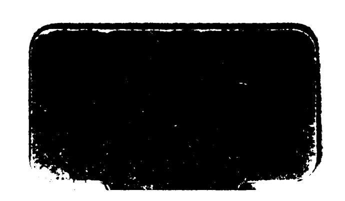




Luis Mott
—1873—

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1866.

DEDICATORIA DE LA SEGUNDA PARTE.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras, que sacarlas al juicio de un mundo como el que hoy tenemos: mas, como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los mios van enderezados, oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico á V. M. se sirva de mi trabajo, pues no puedo quedar satisfecho dél hasta que V. M. le dé por bueno, dejándome remunerado con aceptarle, y la obra amparada y defendida de las objeciones que se le podian poner. Nuestro Señor la S. C. R. persona, &c.

En Madrid á 15 de Junio. Año 1578.

S. C. R. M.

Criado de V. M.

que sus Reales manos besa,

DON ALONSO DE ERCILLA.

AL LECTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una mesma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que

el Rey nuestro Señor dió á sus obras con el asalto y entrada de San Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los Araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el Señor Don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los Araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aún lo más principal, por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion ó isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo: asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y mísero lamento,
Con eficacia y fuerza que interrompa
El celeste y terrestre movimiento.
La fama con sonora y clara trompa,
Dando más furia á mi cansado aliento
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh sacro Señor! favor, pues creo
Que es lo que más aquí puede ayudarme,
Que en tan grande peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar, viéndoos atento,
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo
La socorred en este grande aprieto,
Que, si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto;
Aunque el soberbio mar, contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfia
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la via
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos,
Iban del todo ya desordenados,
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados,
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando
Iba casi de un lado sumergida,
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir, se va acercando
Á los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
Las voces y las lástimas crecian,
Que llevadas del Céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herian:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos, sin órden discurrian:
Unos dicen: «¡Alarga!» y otros «¡Iza!»
Quién por ir á la escota va á la triza.
El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide;
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto expreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.
Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestuoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo.
¡Qué es esto, eterno Padre poderoso!
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza extrema y poder todo?
No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que, aunque de leños frágiles armada,
El peso y ser del mundo sostenia:
Ni la nave de Ulises, ni la armada,
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo más fuerte
Al temor se entregaban importuno,
Que la espantosa imágen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno:
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados
Corriendo acá y allá desatinados;

Cuando un golpe de mar incontrastable,
Bramando, en un turbion de viento envuelto,
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué, que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaiven á la pasada
El un diente de la áncora amarrada.

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata:
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon, salió al levecho:
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El extremo de pena y gozo junto.

Luego, pues, que la súbita alegría
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fria
Que habia los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruïdo,
En vano, aunque se esfuerzan, porfiando;
Que la fortuna de Felipe asido
Á jorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura,
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al Leste la Herradura
Y al Sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el Morro de Penco descubierto
Arribamos á popa sobre el puerto;

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furiosos de aquel lado.
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra
En gruesa amarra y áncora afirmada,
Que con tenace diente aferró tierra.
Apenas la alta vela fué amainada
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos extendió, tocando en los oidos,
Los ánimos y niervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando «¡Guerra! ¡guerra!» alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa,
Con gran rebato y priesa repentina,
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros, con ánimo dispuesto
Á cualquiera peligro y grande afrenta,
Arremetimos á las armas presto;
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brio
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera:
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
Ó extraño agüero y triste anunciamento,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo, y es más cierto,
Fuera de todo término y concierto;

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel nubloso velo;
Y, en forma de lagarto discurriendo,
Se vió hender una cometa el cielo;
El mar bramó, y la tierra resentida
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruïna y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales,
Que su destrozo y pérdida anunciaban
Y á perpétua opresion amenazaban.

Desto medrosos, aguardar no osaron,
Que, soltando las armas ya rendidas,
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas:
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas,
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas,
Y con gran diligencia previniendo
Los caminos, las sendas y paradas:
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales;

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos
Otros en pueblezuelos salteados,
Que aún no estaban del miedo apercebidos:
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor, los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban:

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada:
Que en desprecio del santo Sacramento
La recebida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado
Y las armas ilícitas tomado;

Pero que si quisiesen convertirse
Á la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse
Que al grande Cárlos Quinto dado habian,
En todas las más cosas convenirse
Á su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas firme y cierto
Cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien nos lo impida ni defienda;
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.
La negra noche horrenda y espantosa,
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda, ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Desencajar la isleta de su asiento;
Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía,
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.
Unos presto destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados;
Otros con tablas, ramas y carrizos,
Al nuevo alojamiento van cargados:
Y sobre troncos de árboles rollizos
En las hondas arenas afirmados
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos
Por techos y apartados rinconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos,
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa y reforzada artillería,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron:
Pacos, vicuñas, tígres y leones,
Acá y allá medrosos discurrieron;
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron;
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos rios y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan atónitos quedaron,
Que la dura cerviz, nunca oprimida,
Sobre los yertos pechos inclinaron.
Así avisados ya de la venida,
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los diez y seis caciques araucanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo,
Entraron los caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
Fué al consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió despues en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente;
Que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolican, en medio de ellos puesto,
Á todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando:
Con sesgo pecho, y con sereno gesto,
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales:
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia;

»Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas;
Que por remotos reinos extendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo de ellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que, dando cuerda á su esperanza,
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

»Así en resolucion me determino,
Si, señores, tambien os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos,
Los han de dar por justos ó tiranos.»

A la plática fin con esto puso,
Y el buen Peteguelen, viejo severo,
Por más antiguo su razon propuso,
Como soldado y sábio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada,
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene,
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia qne se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento;
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.
»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido;
Será de más provecho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga:
»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercebir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas dificiles dar medio,
Proveer á cualquier inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»
No pudo decir más, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira,
Jamás emprenderá jornada honrosa,
Y si todo el estado se retira,
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré, sin compañía,
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas;
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza
Y rodear los brazos las espadas
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Queden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido?

»Pues entended que, mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelen lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado;
Y quien otro camino pretendiere,
Primero le abrirá por mi costado;
Que esta ferrada maza, y no oraciones,
Les ha de dar las causas y razones.

»Si los que así os preciais de bien hablados,
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto, en campo armados
Os probaré más claro lo que puedo;
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que, llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida,
Á todo con parlar dareis salida.»

Peteguelen responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo, viejo, quiero la batalla,
Y castigar tu loco atrevimiento,
De piel curtida armados, ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo más largas manos que razones.»

¡Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo!
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo,
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»
El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aún estan vacias mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas.»
Mas Rengo, su sobrino, levantado
Se atravesó diciendo: «El desafio
Aceto yo, si quieres, por mi tio.»
«Quiérolo, pido, y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento,
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
«Tambien emendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo; y más te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Despues que haya acabado el de tu primo.»
Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que, á bien librar, serás mi prisionero:
¡Afuera! ¡afuera! ¡sús! haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelen le respondieran
Á un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.
Caupolican estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atencion los revolvia:
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requeria,
Y así, con gravedad y manso ruego
Les reprimió el furor y apagó el fuego;
Quedando entre ellos puesto y acetado,
Que, luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen:
Despues, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa difiniesen;
El rumor aplacado, Colocolo
Les comenzó á decir, hablando solo:
«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y experiencia
Los futuros sucesos rastreamos;
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destruïrnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caída y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba,
Su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo, y con gran razon, de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios:
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose, al fin, vuestra protervia,
Fundada en una vana y gran soberbia.

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas,
Rotas nuestras escuadras, y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes extranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así, por ciega inadvertencia,
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruïdo,
Y, en su virtud y fuerzas ahogado,
Quede con nombre infame sometido
Á las extrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda priesa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto más dañaros.
¿Sufris al enemigo en vuestro asiento,
Que quiere como á brutos conquistaros,
Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?

»Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propia espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
Á los cuales resiste el pecho fuerte,
Que no quiere acabarlo con la muerte.

»Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas, no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno;
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que suspendais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline
Y la causa comun se determine.

»Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones más no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene:
Dejadas, pues, aparte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo:

»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide,
Sin tener de pasaje algun remedio:
Y pues el enemigo se comide
Á tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos,
No nos podrá dañar el escucharlos;

Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que, cuando no sea lícita, podremos
Venir de todo en todo á rompimiento:
Tambien en este término haremos
De armas y municion preparamento,
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras exteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas;
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas.
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término, sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla,
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor ni muestra de batalla
Abramos la carrera de tal suerte,
Que venga á tierra firme confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sábio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes.
Pero Puren, Lincoya y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura, más prudentes,
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los más los ménos se allanaron,

Despachando de allí con diligencia
Al jóven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y experiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y aparencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase:

El cual por los caciques instruido,
Segun el tiempo, en lo que más convino,
En una larga góndola metido,
Sin más se detener tomó el camino:
Y de los prestos remos impelido,
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado,
Llenas de armas, de gente y bastimento,
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender, disimulando,
Por medio del bullicio atravesaba;
Los judiciosos ojos rodeando,
Las armas, gente y ánimos notaba:
Y el negocio entre sí considerando,
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo, alegremente
Levantando la voz.... Pero la mia
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el cerro de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negar se deben los oidos
Á enemigos ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan más apercebidos,
Cuanto vos los teneis por cautelosos:
Escuchados, serán más entendidos,
Ora sean verdaderos ó engañosos;
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que más os desatinan
Con su máscara falsa y trato extraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo, descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin á donde atinan,
El pro y el contra, el interés y el daño.
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay l...
Que no se le ...
Que las lengu...
Y más si el qu...
Nunca el habl...
Ni el callar de...
No hay cosa m...
Que conocer u...
Y es importa...
Tener el capita...
Del arte y cond...
De la intencion
Si es cuerdo y r...
De pesado ó lig...
Remiso ó diligen...
Vario, indeterm...
Así vemos que...
Por saber la inte...
El conde Villalau...
El trabajo de figura
Y tener con semblan...
Entretenerse cort...
Mostrar á todas ...
Con recia la voz a...
Al buen capitan...
Diciendo por bien ...
A quien por estad...
El número estad...
Con voz y autorid...
Y pensaría que el t...
Aunque haya á t...
De los mas excitado...
De alguna partido im...

ao! si ambicioso
o adquirido,
nturoso
ha traido:
no, deseoso
arecido,
en tí se halla.
talla:
mas informado
le, floreciente,
stado,
gente,
su grado
s francamente,
cion alguna
a y su fortuna.
que muestras gana
o araucano,
r de la mañana
en este llano,
as partes llana,
s mano á mano.
bre este hecho,
l derecho:
ion que, si vencieres,
a obediencia,
que quisieres
clemencia:
ncido fueres,
preeminencia;
emio ni otra gloria
la vitoria.

Y no hay lengua tan llena de artificio,
Que no se le penetre algun conceto,
Que las lenguas al fin hacen su oficio,
Y más si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamás secreto:
No hay cosa más difícil, bien mirado,
Que conocer un necio si es callado:

Y es importante punto y necesario
Tener el capitan conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento;
Si es cuerdo y reportado, ó temerario,
De pesado ó ligero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto ó astuto,
Vario, indeterminable ó resoluto.

Así vemos que el bárbaro senado,
Por saber la intencion del enemigo,
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo:
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo,
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitan y compañía,
Á quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio;

»Pues notorio os será lo que se extiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los extraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y tambien de vosotros ya se entiende
Que, movidos de celo y fin cristiano,
Con gran moderacion y diciplina
Venís á derramar vuestra dotrina.

»Siendo, pues, esto así, como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica,
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica,
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques acetada.

»Que el ínclito senado, habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sábio acuerdo y parecer, movido
Por legítimas causas y razones,
Quiere acetar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

»Que si la fe inviolable y juramento,
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Cárlos sin defensa y resistencia
Por amigo y Señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos:
Mas, si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

»Pero por trato llano, sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera;
Que el estado, las armas por el suelo,
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera,
Quedando para siempre lo pasado
En perpétuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
Á su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
Á nuestra voluntad y á su malicia:
Y el bárbaro poder disminuyendo,
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza,
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió: que agradecia
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfacia
Su buena voluntad con tratamiento,
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por más confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones;
Insignias y vestidos competentes
Á nobles capitanes y varones;
Siendo de Millalauco recebido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y aparencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia,
Á la barca volvió que habia dejado;
Y con la acostumbrada diligencia,
Al tramontar del sol llegó al estado,
Do recebido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente,
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente,
Á sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades,
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí más de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable invierno resistimos:
Mas, pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento,
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercebidos,
Hombres trabajadores y valientes,
Entre los más robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos,
Yo con ellos tambien, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna;

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento
De fondo y ancho foso rodeado:
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra, entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do, si se moviesen, les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que, quebrantado el ánimo y denuedo,
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino,
Viéndose con las armas en las manos:
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Más que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo, cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia,
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia;
Antes que la alba fuese desterrando
Las noturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra, con tapiales
Y trabazon de leños y faginas,
Levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudad famosa,
Solícita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa:
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó al ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido;

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada,
Con ocho piezas gruesas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con los demas del padre renunciado.

En el silencio de la noche escura
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura,
Me sobrevino un súbito acidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano,
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible,
Del acidente súbito impedido,
Que el agudo dolor y mal sensible
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la más noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoroso
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponia,
Que luego ví en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura,
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles Furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida:

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á más de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio, si lo entiendes:

»Que viéndote á escribir yo aficionado
Y de tu inclinacion el claro indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio;
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio,
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

»Es campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras más famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena:
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban:
Pues los pintados pájaros volando,
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas,
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas:
Otras suavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
Á todo pasatiempo y ejercicio;
Quién sigue ya de aquel ya de este lado
De la casta Diana el duro oficio:
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre y con el vicio,
Gamuzas, capriolas y corcillas
Retozan por la yerba y florecillas.
Quién, el ciervo herido rastreando,
De la llanura al monte atravesaba;
Quién, el cerdoso puerco fatigando,
Los osados lebreles ayudaba:
Quién, con templados pájaros volando,
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.
Estaba medio á medio de este asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierrras empinado:
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la más alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.
Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal que no podria
Un liviano neblí subir á vuelo,
Y así, no sin temor, me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos,
Hasta los más ocultos y remotos.

Viéndome, pues, Belona allí subido,
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido
Hace que detenerme más no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

»Despues que Carlos Quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las Árticas y Antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y aseguró su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa sazon y coyuntura;

»Y movido del pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo,
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

»Viendo el hijo la próspera carrera
Del vitorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera,
Que siempre de sus obras habia dado,
En el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntando
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.
»Aquella es San Quintin que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruïna,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina.
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y diciplina
Está gran gente plática de guerra,
Á la defensa y guarda de la tierra.
»En tres partes allí, como se muestra,
El enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio, á mano diestra,
Donde está de Felipe el estandarte:
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega; y de la parte
Del burgo Julian con tres naciones,
Españoles, tudescos y valones.
»Llegamos, pues, á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada:
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada;
Que al riguroso hado incontrastable,
No hay defensa ni plaza inexpugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
Á meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante, sin torcer la via,
Cual presto rayo á San Quintin bajaron,
Donde, atizando el fuego que ya ardia,
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañas
Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido.
¡Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera explicar lo que allí vido!
Mas, aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey D. Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella vitorioso vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
Á término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que, aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y ligereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues, llegado á razon, yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá adelgazará mi pluma ruda,
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, Señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado,
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, Señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
Á las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida, contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando,
Con animoso pecho y manos prestas:
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes más dispuestas,
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa,
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetuosa,
Y los contrarios ánimos sangrientos·
Mas la gente española, más furiosa
Cuanto topaba más impedimentos,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes extrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos:
Cabezas hasta el cuello y más hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos;
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados,
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitran, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos, que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban.
La fiera rabia y gran teson no cesa;
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros muy revueltos
En fuego, sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza:
Otros de miedo por vivir ofenden,
Poniéndoles esfuerzo la esperanza:
Otros, que ya la vida no pretenden,
Procuran de su muerte la venganza,
Y que caigan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida;
Que, si halla reparo y resistencia,
Hierve y crece allí la agua detenida;
Al fin, con mayor ímpetu y potencia,
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente,
Sin bastar resistencia y fuerza alguna,
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna,
Que, ya sin poder más, forzadamente
Á su furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres dió entrada
Á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistia,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
Á la pujanza y furia que venia:
Quedó en prision con otros, y adelante
La vitoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria,
Iba siguiendo el hado y la vitoria.

Pues en esta sazon, por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la francesa gente parte,
Á puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte,
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra,
De rota á más andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado:
He *aquí* tambien por la tercer entrada,
Que Julian Romero habia asaltado,
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado,
La mano á Don Felipe dió de modo
Que vencedor en Francia entró del todo.
Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido;
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con mísera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.
Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento,
Los brazos altos y armas suspendieron,
Por no manchar con sangre el vencímiento;
Y sin hacer más golpe, arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.
Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados:
Quién, por pieas y gúmenas trepando,
Entra por las ventanas y tejados:
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto á bajo escudriñaban,
Y á tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente,
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente,
Quién entra, sale, sube, quién deciende,
Sacando uno arastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado;
Así la fiera gente vitoriosa,
Con prestas manos y con piés ligeros,
De la golosa presa codiciosa,
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de más y ménos importancia,
Sin dejar una mínima ganancia.
No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes, rompiendo sin piedad por ellas,
Á lo más defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde más resistencia se hacia.
Viéranse ya las vírgines corriendo
Por las calles, sin guarda, á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo,
Lamentando su hado y suerte dura:
Y las míseras monjas, que, rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas,
Iban acá y allá descarrïadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen,
Habia mandado á todas las naciones
Que con grande cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones:
Y amigos y conformes, evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas,
Llevadas del temor, sin tiento andaban,
Por órden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban,
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban;
Que, aunque fueron sus casas saqueadas,
Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados, obedientes
Al cristiano y expreso mandamiento,
Se mostraban en esto continentes,
Frenando áun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento,
Hizo que el daño en la ciudad creciese
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente afortunada,
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando, esforzaban más el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos, encerrados,
Ser en llamas ardientes abrasados.
Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin, sin más defensa y resistencia,
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.
El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Vi cerca una mujer que me hablaba,
Más blanco que la nieve su vestido,
Grave muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,
Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía,
Dificultosa alguna pareciere,
Creeme que no es ficcion ni fantasía;
Mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere
Allá en su excelso Trono y Gerarquía,
Al cual está sujeto lo más fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rencores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados,
Resultarán conciertos y partidos,
Por una parte y otra procurados;
En los cuales serán restituidos
Al duque de Saboya sus estados;
Con otros muchos medios provechosos,
En bien de Francia y á la España honrosos,

»Y para que más quede asegurada
La paz, con hermandad y firme asiento,
Con la prenda de Henrico más amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento:
Que el alto cielo así lo determina
Y el decreto fatal y órden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando:
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido;
Y Cárlos de sus pérfidos soldados
Á término dudoso reducido:
Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo Sumo Dios y Sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño, luego
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego.
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente,
Enviando al Peñon su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efeto deseado,
Volverá la segunda de manera,
Que el áspero Peñon será expugnado;
Y dejando segura la carrera,
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada,
Retirará la vitoriosa armada.

»Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Cárlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza,
En quienes se verá resplandeciendo
Un excelso valor, y la crianza
Del baron Dietristan, persona dina
De dar á tales príncipes dotrina.

»Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del Infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente,
Que temblarán las costas, y arribando
Á la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo:
»Donde el grande maestre y caballeros,
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros,
Ofrecerán las vidas al remedio:
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas,
Que se podrán tener por milagrosas.
»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de Santelmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto:
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto,
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.
»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Ánimos temerarios arrojados,
Cuando las esperanzas más dudosas
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas
Casos grandes, sucesos infinitos,
Dignos de ser para en eterno escritos.

»Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra
Á donde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada de Alemaña,
De damas y gran gente acompañada,
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada,
Donde con pompa y majestad extraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

»Serán, pues, los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Génova embarcados,
Arribarán, pasando á Lombardía,
Por la ribera del Danubio amena
Á su ciudad famosa de Viëna.

»Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse,
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos,
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa,
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada:
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra de ellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida,
Sobre palabra falsa y fe mentida.

»Quedarán, pues, tan arrogantes desto,
Que, la armada de gente reforzando,
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando;
Despreciando del mundo todo el resto,
Y áun el poder del cielo despreciando,
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que, cuando faltan méritos, compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano.
Así de inspiracion habrá una Liga,
Donde el Papa y Senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la Liga el floreciente
Mozo que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente.
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Más larga vida el hado que ventura.
»Mas si quieres saber de esta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa más grande y señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco más ceñido,
Verás al pié de un líbano á la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.
»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva escura:
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura,
Debajo de una tosca y hueca peña,
Una oculta morada muy pequeña.
»Allí, por ser lugar inhabitable,
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano, viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás do habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas,
Que están aún por venir, maravillosas.

»No quiero decir más en lo tocante
Á las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece;
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.
»Mas, si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada,
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.
»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvies:
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confies;
Que, aunque quiera despues contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»
¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
Á que el pronto apetito se encendiese:
Y así, sin esperar más que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Ví, si decirse puede, un paraiso.

En un asiento fértil y sabroso,
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba más hermoso,
Y el suelo de mil flores varïado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso,
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respecto escuras parecian;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian,
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanzas sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos.

En esto, con presteza y furia extraña
Arrebatado por el aire vano,
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde, si la memoria no me engaña,
Vi la mi guia á la derecha mano,
Algo medrosa y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto;

Que luego que los piés puse en el suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo,
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas;
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas de una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo, que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Y por saber más della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma, arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
Á las vecinas armas corrí presto,
Poniéndome en un punto apercebido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran número de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego tambien por una y otra parte,
Con no menores voces y denuedo,
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas, para proceder parte por parte,
Segun estoy cansado, ya no puedo
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por extenso.

CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco: la arremetida de Gracolano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados, que habian quedado en guarda de los navíos, tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
Á concetos de amor y obras de amores:
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto
Que á mil desocupados escritores,
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mí pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo:
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

*

Mas la española gente, que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante:
Que el ejército bárbaro la aqueja,
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con amenaza grande y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo más alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto,
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, al fiero asalto
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica, arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando,
Atravesó de un salto el ancho foso:
Y por la misma pica gateando
Arriba sobre el muro vitorioso,
Á pesar de las armas contrapuestas,
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan fácilmente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido,
Que temeraria y venturosamente,
Rompiendo al parecer lo más seguro,
Sube por fuerza al defendido muro;

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
Á bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo prentendia.
Los tiros, golpes, botes y estocadas,
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y ménos miedo,
De morir más adentro procuraba;
Y en el vano propósito y denuedo,
Herido ya en mil partes porfiaba;
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando,
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso que rabiando,
Á donde más le hieren, arremete:
Y el peligro y la vida despreciando,
Lo más dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna ménos esperanza,
Á los brazos cerró con un soldado,
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose, en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada,
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto,
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
La tímida paloma por el cielo,
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que, retorciendo el cuerpo y revolando,
Como redondo ovillo vino al suelo,
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente,
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado,
Quedó arrimada al foso de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido,
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató, tomando por remedio
Poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas, como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni ligereza
Á escapar de las manos de la muerte:
Que al que piensa huir con más presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al ligero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado,
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
Á un tiempo por dos partes, le tendieron:
No dió la alma tan presto que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando,
Al foso con gran ímpetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolan le habia ganado:
Con laudable vergüenza ardiendo en ira,
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado jóven, que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandeando:
Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando,
Ora de un lado y de otro, ora derecho,
Quiso tentar del enemigo el pecho,

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte,
Que el gallardo español desatinado,
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero, como animoso y reportado,
Haciendo recio pié, se tuvo fuerte,
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salio vano:

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó ligero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra.
Mas el pronto español que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella, á su despecho,
Cerró presto con él pecho con pecho;

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traia,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la via:
El bárbaro mortal, ya desangrado
Por todas, la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio,
Ya de sangre y espíritu vacio.
El valiente español, que vió tendido
Á su enemigo y la vitoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido,
Retrayéndose ufano hácia la puerta,
Donde, por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recebido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.
En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios expugnaban,
Que, á vencer ó morir determinados,
Por los fuegos y tiros se lanzaban;
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde más la cierta puntería
El encubierto blanco descubria.
Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos:
Otros, que más presumen de ligeros,
Hacen pruebas y saltos peligrosos:
Y los que les tocaba ser postreros,
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos,
El foso se cegó y allanó presto;
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes más guardadas
Á medir con nosotros las espadas;

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte, por más áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Derriban gente abajo y desbaratan:
Mas poco los demas amedrentados
La dificil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caïdos.

Unos así tras otros procediendo,
Ganosos de honra y de temor desnudos,
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y ñudoso,
Todo cubierto de luciente malla:
Como el leon de Libia vedijoso,
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda;

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le pone y vé delante,
Su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentía,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
Bastan puestas en contra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle;
Que montones de gente y armas hechos,
Rompe y derriba sin poder sufrirle;
Y áun, no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo,
Siempre más tierra y opinion ganaba.
Al fin, los duros golpes resistiendo,
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del Poniente
Habia Peteguelen arremetido,
Y, á despecho y pesar de nuestra gente,
En lo más alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada:
Tras ésta disparo luego otra pieza,
Hácia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado,
Viendo el rumor y priesa repentina,
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con coracina;
Quién se arroja al batel, y quién á nado
Piensa arribar más presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia,
Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo, con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pié tomaron,
Donde con diciplina y órden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés, cuando
Por la parte de abajo con ruïdo
Les sale un escuadron en contra, dando
Una furiosa carga y alarido.
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido,
Que de los otros quiso adelantarse,
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadía,
Siguiendo su derrota y firme intento,
Á la enemiga opuesta arremetia,
Que áun de esperar no tuvo sufrimiento:
Y á recibir á Feniston salia,
Con paso no menor y atrevimiento,
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un ligero y no pensado salto,
Con el cual descargó un baston pesado;
Mas Valenzuela, la rodela en alto,
Á dos manos el golpe ha reparado,
Dejándole atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado jóven una pieza
Fué rodando de manos aturdido;
Mas luego, aunque atronado, se endereza
Y volviendo del todo en su sentido,
Pudo al través, hurtándose de un salto,
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traia,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenia,
Metiendo con presteza el pié y el brazo,
El pecho con la espalda le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el jóven, tentando otro camino,
Arrancada la daga le responde:
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole extender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
Á lo más necesario y peligroso:
Era el estruendo tal que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte, arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la vitoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y de allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia;
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia.
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano,
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
Á pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba, y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto baluarte
Herian en los contrarios de manera
Que, aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No ménos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica, y Campo Frio,
Don Martin de Guzman, y don Hernando
Pacho, Gutierrez, Zúñiga, y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera,
Contarlas por extenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro, en paso concertado,
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
Tambien del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando, y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria,
Haciendo en todas partes riza extraña:
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudad y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy ligero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente;
Y es derecho comun y ley expresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene;
Promesas que os ensanchan la esperanza
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza,
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo, y llega el desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada
Me tiene la memoria y con cuidado
La palabra que di, bien excusada,
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia desgustada
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.
¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo lo recibiera?
¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crueldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío,
Agotando un caudal mayor que el mio?
Mas á mí me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme;
Y así os pido, Señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aún no me da lugar de disculparme;
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella y ora desta parte
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte;
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Sugun era gallardo de cerbelo.
Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Habia de más de veinte brazas de alto.
Como si en tal sazon alas tuviera
Más seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y ligera,
Que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza ligera ó suelto pardo.
Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que, aunque no le alcanzara el pensamiento,
Antes que fuese abajo le alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En más de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese
Ni solo un paso y pié decompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y más que nunca embravecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego
Y vengarse del daño recebido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la dificil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro díscurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba,
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado, vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa:
Y como el levantado halcon lozano,
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo,

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infrutuoso,
Revuelve á la otra banda, encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado,
De mucha gente y sangre perdidoso,
Se retiró siguiendo las banderas,
Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente:
Y dándoles terrible escurribanda,
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quien se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién, haciéndole plaza, dél se aleja;
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa,

De tal manera Tucapel, abriendo
De parte á parte el escuadron cristiano,
Arriba á los amigos, que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y órden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos,
De la vitoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró, pues, el reñido asalto tanto
Que el sol en lo más alto levantado,
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entretanto
Que remataba el curso acostumbrado,
Dando lugar á las noturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;
El ciego foso alrededor limpiamos,
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares más flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.
La negra noche á más andar cubriendo
La tierra que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo
Segun y en el lugar que le tocaba;
La guardia y centinelas repartiendo
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba,
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte;
Donde con el trabajo de aquel dia
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia,
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia,
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento; tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrísimo y mohoso,
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida,
Era el mantenimiento de mi vida.
Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que, cocida con yerbas, nos servia
Por la falta de sal la agua salada:
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza,
Andando, pues, así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando:
Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando,
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y batería.
No mucho despues desto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Hácia los cuerpos muertos un ruïdo;
Que cada vez al fin se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia,
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque más por cumplir lo que debia,
Me vine, agazapado en la verdura,
Hácia la parte que el rumor se oía,
Donde ví entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal sastifecho,
Con un temor, que agora aún no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios, sobre él aguijé luego:
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido,
Que soy mujer, y nunca te he ofendido:

»Si mi dolor y desventura extraña
Á lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, mísera, triste y desdichada?

»Ruégote, pues, señor, si por ventura
Ó desventura, como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un cuerpo sepultura,
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo,
Lo malo aprueba ya y se hace injusto.

»No quieras impedir obra tan pia,
Que áun en bárbara guerra se concede;
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede:
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia:
Despues furioso con rigor procede,
Que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
Que más la vida que la muerte temo:
»Que no sé mal que ya dañar me pueda,
Ni hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo cruël no me conceda
Morir mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbará, por más que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»
En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo, que en duda y confusion estaba
Áun, teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba,
Hasta que un poco más me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espía
Que á saber cómo estábamos venia.
Bien que estuve dudoso, pero luego,
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decia;
Y que el pérfido amor ingrato y ciego
En busca del marido la traiá,
El cual en la primera arremetida,
Queriendo señalarse, dió la vida.

Movido, pues, á compasion de vella,
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido, me volví con ella
Á mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.
Ella dijo: «¡Ay de mí! que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible
Y más que todo sufrimiento fuerte:
Mas, aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte;
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.
»Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del cacique Brancol desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada,
Libre un tiempo de amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna, airada
De ver mi libertad y alegre estado,
Turbó de tal manera mi alegría
Que al fin muero del mal que no temia.
»De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me excusaba:
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron,
Antes con nuevas pruebas y recuestas,
En su vana demanda más instaron;
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
Á sacar mi propósito de quicio.
»Muy presto, pues, llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío,
¡Oh si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia,
Donde el claro Gualebo, manso rio,
Despues que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itáta entrega;
»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño,
Fácilmente conmigo lo acabaron.
Luego, por órden y artificio extraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino
Y que el sol de tocarme no era dino.
»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento;
El agua clara en torno mormuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruïdo
Que alegraban la vista y el oido.

»Apenas, pues, en él me habia asentado,
Cuando un alto y solene bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron,
Con un silencio tal, que los presentes
Juzgaran ser pinturas más que gentes.

»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores;
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento,
Con un ocioso y libre pensamiento.

»Yo, que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba,
De natura las obras comtemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba,
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado, de amor, y desventura:

»Cuando un gran alboroto y vocería,
Cosa muy cierta en semejante juego,
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y mi sosiego.
Yo, queriendo entender lo que sería,
Al más cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada;

»El cual dijo: Señora, no has mirado
Cómo el robusto jóven Mareguano,
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano;
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente,
En premio y por señal del más valiente,
»Aquel gallardo mozo bien dispuesto,
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el fácil y liviano pueblo, desto
Como de novedad maravillado,
Ha levantado aquel confuso estruendo,
La fuerza del mancebo encareciendo:
»Y tambien Mareguano que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro caso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del expreso cartel se lo deniega,
Aunque el jóven con ánimo valiente
Da voces que es contento y lo consiente;
»Pero los jueces, por razon, no admiten
Del uno ni del otro el pedimiento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento:
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento,
Pareciendo primero en tu presencia,
No alcanzaren de tí franca licencia.

»En esto, á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando,
Con una humilde y baja cortesía,
Dijo: Señora, una merced te pido,
Sin haberla mis obras merecido:

»Que si soy extranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural me ofrezco
De vivir y morir en tu servicio;
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio
Quiero, si dello fueres tú servida,
Luchar con Mareguano otra caïda.

»Y otra, y otra, y aún más, si él quiere, quiero
Hasta dejarle en todo satisfecho;
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite absoluto.—

»Esto dicho, con baja reverencia
La respuesta, mirándome, esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba;
Y así le respondí.—Si yo algo puedo,
Libre y graciosamente lo concedo.—

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente,
En la cerrada plaza los metieron,
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.
»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho,
Tan estrechos, gimiendo, se tenian
Que recebir aliento áun no podian.
»Volvian á forcejar con un ruïdo
Que era de ver y oirlos cosa extraña;
Pero el mozo extranjero, ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña,
Con tal golpe que al triste Mareguano
No le quedó sentido y hueso sano.
»Luego de mucha gente acompañado
Á mi asiento los jueces le trujeron,
El cual ante mis piés arrodillado,
Que yo le diese el precio me dijeron.
No sé si fué su estrella ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y acidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí más reportada,
Al vencedor en todo dignamente,
Que estaba allí inclinado ya en mi falda,
Le puse en la cabeza la guirnalda;

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos.
Al fin se fué, llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos,
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

»Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brio,
Á la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío.
Yo que, cuando acordé, ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados,
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa,
Cebando más la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa,
Para mi mal hallaba que era bueno:
Así que, adonde quiera que pasaba,
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazon se apercebia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y más tenia
El término del curso señalado:
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado,
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

»Más de cuarenta mozos en el puesto
Á pretender el precio parecieron,
Donde, en la raya el pié cada cual puesto,
Prontos y apercebidos atendieron,
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas;

»Pero Crepino, el jóven extranjero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero,
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

»Con solene triunfo, rodeando
La llena y ancha plaza, le llevaron;
Pero despues á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo, un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto,
Le dí mi libertad y anillo junto.

»Él me dijo.—Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece;
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.—
»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije que el anillo recebia,
Y más la voluntad de tal persona.
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mí espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.
»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfaccion de mí á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le dí á entender por señas y rodeo,
Querer cumplir su ruego y mi deseo;
»Diciendo, que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido,
Al parecer, segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido:
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente, dijo.—En esto,
Y en todo me remito á tu albedrío,
Pues de tu discrecion é intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.—
»Ya que con voluntad y mandamiento
Á mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo
Hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura,
Qué cerca está del bien la desventura!
»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo;
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte,
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
»Este es, pues, el proceso, esta es la historia,
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa, la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido;

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable:
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Haznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
Á tenerle en el duelo compañia;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia;
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera;
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia tambien la guardia, no viniera
Á decirme que el tiempo era acabado:
Y espantado tambien de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando,
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando,
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta le obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento,
La llevamos á nuestro alojamiento;

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitase de la noche el negro manto.
Entretanto tambien razon sería,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él, le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolican muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante,
Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama, engrandeciéndola, levante
Mi baja voz, y en alta y sonorosa,
Dando noticia della, eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas,
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas,
Pues, mirándolo bien, solo este indicio
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia y las condena
Á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido
Á la dificil cumbre de la fama,
Judith, Camila, la fenisa Dido,
Á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hippo, Tucia, Virginia, Fulvia, Cloelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda; pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuanto por el piadoso amor merece:
Así, sobre sus obras levantada,
Entre las más famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
Á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó, pues, como dije, recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segun lo que esperaba en su ventura.
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme entre el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento,
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella, del bien incrédula, llorando,
Los brazos extendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos, que allí habia,
Hallamos el sangriento cuerpo helado,
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada,
Y junta con la suya, de abundante
Flujo de vivas lágrimas bañada,
La boca le besaba y la herida,
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya, pusilánime, de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega
Que áun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa, por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello;
Y no pudiendo más, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello:
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello;
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvario,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.
Mas, porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra,
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recebida.
Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y órden, aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.
Tambien tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos,
Con mil caballos y dos mil flecheros:
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales y las ciénagas y esteros,
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
Diciendo: «¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte:
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros, de tal suerte
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.»

El mismo aviso trujo á medio dia
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el ménos animoso osadamente
El lugar de más riesgo procuraba;
Y con presteza y órden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando la gente apercebida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando más desconfiados,
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen órden nuestra gente.

¿Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte;
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte;
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos?

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos,
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino,
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sábiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos,
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia,
Pero al fin, por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia;
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener más cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros, de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ócio, y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente,
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo libremente,
Pide que se acelere la partida,
Y el dia tanto de todos deseado
Que fué de aquel en cinco señalado.

En el alegre y esperado dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada:
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje, bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual órden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien por otra parte
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia,
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y experiencia.
Y todo puesto á punto, quiso un dia
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que empezó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado;
Delante de su escuadra, gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen órden y manera,
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros,
Gran número de tiros esparciendo.
Venia Rengo tras él con sus maceros,
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano,
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestida en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara;
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara,
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes;

Al cual, en gran tropel, acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban,
De pieles de animales rodeados:
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son más aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.
Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo decendiente,
Rigiendo los que habitan la ribera
Del gran Nibequeten, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio,
Que todos no los traiga al Biobío.
Pasó luego la muestra Mareande,
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo:
Iba con él su primo Lepomande,
Desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa, rodeados
De gente armada y pláticos soldados.
Seguia el órden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra, por extremo
Lucida entre las otras y vistosa:
Un poco atrás del cual iba Gualemo,
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de la madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
Bañándose en la mar, algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer, del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella,
Al agua se arrojó luego tras ella.
Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó, que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado,
Á la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino mónstruo sobreaguado,
Que tambien el amor ya le cegaba,
Dió recio en seco, al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.
Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola, el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo,
Contra el mozo animoso se volvía;
El cual, sazon y punto no perdiendo,
Á las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.
Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y ligereza acompañada,
Al monstro devoraz heria en la frente,
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que más de treinta piés tenia medido:

Y en memoria del hecho hazañoso,
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó y á Quilacura,
Que es un valle extendido y muy poblado
De gente rica, de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas,
De una gran braza largas y rollizas:
Y los trulos tambien, que usan espadas,
De fé mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos,
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida,
Vibrando la fornida y gruesa lanza:
Y Orompello, de edad aún no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia,
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de mozos bien dispuestos,
De grande presuncion y gallardía:
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo.
Tras él venia Puren, tambien guiando,
Con no menor donaire y contoneo,
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada.
Con desdeñoso término, delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada,
El jóven Peicaví luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue, entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
Á quien habia en el cargo sucedido;
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó en la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo, y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.
El gran Caupolican, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Más encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano,
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.
Seguian luego detrás sus plimaiquenes
Tuncos, renoguelones y pencones,
Los itátas, mauleses y cauquenes,
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes,
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos comarcanos y extranjeros.
Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada;
Tiembla en torno la tierra y se estremece,
De tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvoreda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante,
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante,
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones,
Comenzó de decir estas razones.—

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo,
Pasando la solar tórrida zona
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por más que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede;

»Ya que con tanto afan habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Innumerables gentes extranjeras,
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras,
Que, vencido esto poco, teneis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni áun es vuestro el honor que habeis ganado;
Que, la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
Á todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

*

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo
Si, volviéndose á vos las armas sueltas,
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es más dar la vida que quitalla.

»Poned á todo en la razon la mira,
Por quien las armas siempre habeis tomado,
Que, pasando los términos la ira,
Pierde fuerza el derecho ya violado:
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasiado,
El rigor excesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

»No sé ni tengo más acerca desto
Que decir ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
¡Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y movamos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna!»

Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobío;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado.

Mas, segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente:
Mas yo me esforzaré, si puedo, tanto
Que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba: cortan las manos por justicia á Galbarino, indio valeroso.

Pérfido amor tirano, ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
Que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va en que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga
Que, porque nadie quiere celebrarte,
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,
Habiendo tantos célebres varones,
Venir á mendigar á mi pobreza,
Tan falta de concetos y razónes;
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones,
Me cargas por un sueño, quizá vano,
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo bárbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino:
Donde siento fraguada una contienda,
Que al ingenio más raro y peregrino,
En tal revolucion embarazado,
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido
Dentro en el campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido,
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la más corta senda, sin rodeo,
Pienso seguir el comenzado oficio,
Desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo, que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera
Que gran espacio en breve se alejaba
Del Talcaguano término y ribera;
Mas, cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera,
En cómodo lugar y llano asiento,
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados:
«¡Arma! arma! enfrena! enfrena! aína! aína!»
Luego de açá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y diciplina,
Corren á sus banderas y pendones,
Formando las hileras y escuadrones.
Nuestros descubridores, que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra,
Cerca del alto monte Andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra,
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: «¡Espera! espera! tente! tente!
Veremos quién es hoy aquí valiente.»
Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron,
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho,
Sin punto reparar, los embistieron,
Haciéndoles tomar presto la vuelta,
Sin órden y camino, á rienda suelta.
Aunque á veces en partes recogidos,
Haciendo cuerpo y rostro, revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero, de la gran furia compelidos,
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvoreda envueltos,
Iban en el alcance y seguimiento.
Los nuestros á calcaño y freno sueltos,
Á la sazon con más temor que tiento,
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.
Pero por más que allí los aguijaban
Con voces, cuerpo, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Haciéndoles bajar de los arzones.
Al fin, necesitados peleaban
Cual los heridos osos y leones,
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.
Como el airado viento repentino,
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino,
Todo lo coge, lleva, y va esparciendo.
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento;
Con tal facilidad, arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia,
Iban los españoles fatigados,
Sin poderse poner en resistencia.
Algunos, del honor avergonzados,
Vuelven haciendo rostro y aparencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con más presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando,
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos, sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que, arrebatada de ligero viento,
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruïdo
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada,
En la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte,
Hecho un hermoso choque, repararon.
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropiados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia!
Las memorables cosas señaladas
Y los crudos efetos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas;
Que, aunque ingenio mayor no bastaria
Á poderlas llevar continuädas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y, el cuento entre la tierra y pié afirmando,
Recibe en el cruël hierro fornido
El cuerpo de Hernan Perez atrevido.
Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abriö por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.
Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino,
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo, al tiempo que convino
Le dió lado, y la maza revolviendo,
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.
A Cáceres, que un poco atrás venia,
De otro golpe tambien le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentía
La adarga embraza y de la espada afierra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pié con tal denuedo
Que á los más atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon más de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habia llegado,
Vinieron á romper por aquel lado.
Tan recio se embistió que, aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando más de diez el suelo duro:
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente, mal seguro,
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés, y Aranda,
Sin mirar al peligro y riesgo extraño,
Sustentan todo el peso de su banda.
Tambien hacen efeto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.
Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente
Y seguir la carrera comenzada.
Tras estos, otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas, sin ganar un paso de camino,
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y más priesa
La primera derrota proseguian:
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En órden de batalla y buen concierto.
Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí, más reportados,
El ímpetu y la furia detuvieron
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pié de un cerro á la derecha mano,
Cerca de una laguna y gran pantano;
Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pié de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada:
Y al cieno retirados, nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.
Jamás los alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente;
Ni mano á mano dando, recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro, que vinieron
Á estar así en el cieno estrechamente
Que echar atrás un paso no podian,
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién, el húmido cieno á la cintura,
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién, por mostrar mayor desenvoltura,
Queriéndose mover más se atascaba;
Quién, probando las fuerzas y ventura,
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse;
Ya ganaban aquestos la laguna,
Y la sangre de todos derramada
Tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebea,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue y quien desea
Más vuestra muerte que su propia vida.
No quiero ya descanso hasta que vea
La nacion española destruïda;
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y, la sangrienta maza floreando,
La gente de poco ánimo amedrenta.
No fué bien conocido en la voz cuando,
Haciendo de sus fieros poca cuenta,
Algunos españoles más cercanos
Aguijaron sobre él con prestas manos.
Mas á Juan yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;
Y contra el jóven Zúñiga endereza
El tercero, con saña y furia tanta
Que, como clavo en húmido terreno,
Le sume hasta los pechos en el cieno.
Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro, á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.
Cual el cerdoso jabalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de este y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata;

El bárbaro esforzado, de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano,
Cubriendo el sol, sin número salian
Y como tempestad sobre él llovian.
Ya el esparcido ejército obediente,
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente,
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido,
Á causa que la ciénaga era honda
Y llena de espesura á la redonda.
Viendo el fruto dudoso y daño cierto,
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en órden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto,
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,
Diciéndoles: «Amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infrutuoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio más costoso:
Conviene que de aquí nos retiremos,
Antes que en este sitio cenagoso,
Del enemigo puestos en aprieto,
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego, la voz de Rengo obedecida,
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y más tejida
Al son del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo:
Rengo, todo sangriento y enlodado,
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado,
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.

Nuestro campo por órden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido,
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traïdo
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada,
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco tambien saltó apartada,
Sin torcer ceja ni arrugar la frente;
Y con desden y menosprecio dello,
Alargó la cabeza y tendió el cuello;

Diciendo así. «Segad esa garganta,
Siempre sedienta de la sangre vuestra;
Que no temo la muerte ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra:
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien las espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
Que, si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero,
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre más rabioso y obstinado,
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes,

Estando pertinaz desta manera,
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera
Que vé la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada;

Y en él los piés y brazos añudados,
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le heria:
Al fin junto á nosotros á bocados,
Sin poderse valer, se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido,
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto, dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar, á mi pesar, la vida,
Aunque por modo vil se me conceda;
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con ódio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento,
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galbarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido
Que la fuerza y la voz se me ha acabado;
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galbarino donde estaba el senado araucano: hace en el consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: píntase la cueva del hechicero Fiton y las cosas que en ella habia.

Jamás debe, Señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que despues nos abrasemos,
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos:
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aún más sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que, mientras que la incierta vida dura,
Nunca hay cosa que dure en un estado.
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es órden y costumbre
Por donde ha de pasar el más dichoso;
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre,
Y así, por no ser largo y enojoso,
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galbarino:
El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.
Era al tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.
Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál, por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente;
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.
En esta confusion y diferencia
Galbarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia,
Le fué graciosamente concedida:
Donde con la debida reverencia,
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre, y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella.

«Si solíades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las extrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas;
¿Cómo agora en las propias posesiones
Unas bastardas gentes extranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?
»Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por más afrenta
Me envian lleno de injurias al senado
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos de uno en uno.
»Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros agüelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos,
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.
»¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida,
Arribando á la cumbre porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio?

»Pues unos extranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia:
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.
»Volved, volved en vos, no deis oido
Á sus embustes, tratos y marañas;
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasion, que aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan extrañas,
Es el oro goloso, que se encierra
En las fértiles venas de esta tierra.
»Y es un color, es aparencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el extender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demas es fingimiento,
Pues los vemos que son más que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.
»Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte;
Á dura adversidad corazon duro;
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita áun lo imposible.»

No pudo decir más de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza áun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando áun á los más endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas, como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida,
En siéndole la sangre restañada:
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los más entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron:
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí excluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los más maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato, pues, tratando
De dar no una batalla, sino ciento,
Del órden, la manera, dónde y cuándo,
Con varios pareceres y un intento;
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercebidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en órden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,
Y del campo despues toda la resta,
Con tal velocidad que á medio dia
Subimos la temida y agria cuesta,
De blancos huesos de cristianos llena
Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle, pues, bajamos
Que el mar le bate al lado del poniente
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente;
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
Á requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen,
Y pasasen despues algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerías,
Al salir tardo de la escasa luna,
Á tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercebido sordamente,
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura,
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.
Viniendo, pues, á dar al Chaillacano,
Que es donde nuestros campo se alojaba,
Ví en una loma, al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un indio laso, flaco y tan anciano,
Que apenas en los piés se sustentaba,
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raices de árboles formado.
Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué, por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta ligereza
Sintiendo los lebreles por la via
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.
Yo, sin más atencion ni advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo,
Á más correr salí en su seguimiento,
Pensando, aunque volaba, de alcanzallo;
Mas el viejo, dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir más adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco más estrecho,
Que le ciñen dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y más derecho,
En una selva de árboles copados
Ví una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocio.

Ocurrió luego á la memoria mia
Que la razon en sueños me dijera
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo con grandísima alegría
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso, siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados;
Mas tomando otra senda, que atraviesa,
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino,
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá fuera de tino
De una espesura en otra andaba á tiento.
Vista, pues, mi torpeza y desatino,
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca mormuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba
Ví una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla,

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que, si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscar el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel extraño y agradable viejo,
Más alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo;
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano,
Con un suspiro y tierno sentimiento,
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento:
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una tosca y pedregosa fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente.—

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

»Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por extraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafio,
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

»Viéndome, pues con vida y deshonrado
(Que mil veces quisiera antes ser muerto)
De cobrar el honor desesperado
Me vine, como ves, á este desierto,
Donde más de veinte años he morado,
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

»Así que, tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento,
Y pues que la fortuna te ha atraido
Á mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que, aunque intratable y áspero, es mi tio,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

»Al pié de una asperísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida extraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales:
Y en el escuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales
Á que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente, y lo futuro.

»En la furia de sol y luz serena
De noturnas tinieblas cubre el suelo,
Y, sin fuerza de vientos, llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por su fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdece,
Y entiende la virtud de cada una,
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y órden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
Á su voz eficaz sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

»Los otros poderosos elementos
Á las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamentos
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.

»No sé, pues, cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino;
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino.
Mas, para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda,
Á paso apresurado caminamos
Por una estrecha é intricada senda,
La cual seguida un trecho, nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y más adentro una pequeña puerta
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos,
Do una perpetua luz en medio ardia:
Y á cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por órden, en que habia
Multitud de redomas sobre-escritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos,
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso chersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una arpía,
La hiel de la biforme anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta
Que da la muerte en dulce sueño envuelta:

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura;
Carne de niña por nacer, sacada
No por donde la llama la natura;
Y la espina tambien descoyuntada
De la sierpe cerastas; y la dura
Lengua de la hemorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere:
Vello de cuantos mónstruos prodigiosos
La supérflua natura ha producido;
Escupidos de sierpes venenosos;
Las dos alas del jáculo temido;
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.
Estaba en un gran vaso trasparente
El corazon del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix, que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado:
El unto de la scítala serpiente,
Y el pescado echineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene;
No faltaban cabezas de escorpiones
Y mortíferas sierpes enconadas;
Alacranes, y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas:
Buches de los hambrientos tiburones;
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta, que á un rincon estaba,
Ví salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba,
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta,
Que apenas le alcanzara una ballesta,

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que, siendo tan mozo, has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado:
Mas, porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero, por esta vez, hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo, mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar, le respondia,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley, á tí sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el órden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro,
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo;
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta;

»Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que, en las Indias regiones extendido,
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha rompido,
Tras su deseo corriendo, que le llama
Á celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra;

»Que, estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado,
Viendo cuanto en la Europa sucedia;
Donde le fué asimismo revelado
Que en tu escondida cueva entenderia
Extraños casos, dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese más su historia:

»Y que noticia le darias de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

*

Holgó el mago de oir cuán extendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida,
Todo de arriba abajo me miraba:
Al fin, con voz pujante y expedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera.—

«Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es ménos alargar á uno la vida
Contra el fuerte estatuto de los hados;
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento,
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica extraña y ornamento,
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no exceda.

Tenia el suelo por órden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color entrepuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes:
El cielo alto, diáfano, estrellado
De innumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre colúmnas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas
Que un sordo bien pensara que hablaban:
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el extremo y excelencia
De armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia,
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.

Despues de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando,
Comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los más desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos, que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados,
Los ha puesto su próspera fortuna
En el más alto cuerno de la luna:

»Y esta bola que ves y compostura,
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado.
Mas no habrá en larga edad cosa futura
Ni oculto disponer de inmóvil hado
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.
»Mas, pues tus aparencias codiciosas
Son de escrebir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante:
»Que, pues en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es más que en otra parte frecuentada,
Solo te falta una naval batalla,
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tambien como de tierra;
»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa:
Y el gran Mediterráneo mar seguro
Quedará por la gente vitoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto, á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que, si atento con ánimo estuvieres,
Verás aquí presente lo futuro:
Todo punto por punto lo que vieres,
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás, como digo, ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia, por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado,
Tan grande como el nuestro, y tan patente
Como en redondo espejo relevado,
Llegando junto el rostro, claramente
Vemos dentro un anchísimo palacio,
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar Ausonio,
Donde se difinió la gran porfia
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lépanto y Favonio,
Junto á las Curchulares hácia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del Papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que, en órden de batalla aparejadas,
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni más que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla extraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España.»
Y luego con airado y fiero gesto,
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «¡Orco amarillo, Can cerbero,
Oh gran Pluton, retor del bajo infierno,
Oh cansado Caron, viejo barquero;
Y vos, laguna Estigia y lago Averno;
Oh Demogórgon, tú que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito, y Flegetonte!

»¡Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aún temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras, Gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura, esta naval pelea!

»¡Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta;
Nos muestra lo que pido aquí visible!
¡Hola! ¿á quién digo? ¿qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.»

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando,
Las cuerdas y anchas velas se estiraron;
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demas causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia:
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia,
Verlos en su vigor y años lozanos,
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto, con rumor de varios sones,
Acercándose siempre, caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban:
Las ordenadas bandas y escuadrones,
Esgrimiendo las armas, se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grande cosa cante,
Que es cierto menester aliento nuevo,
Lengua más expedida y voz pujante.
Así, medroso desto, no me atrevo
Á proseguir, Señor, más adelante.
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochalí.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz', de vos favorecida,
Cante la universal y gran jornada
En las ausónias olas difinida;
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme ¡oh sacras musas! vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento,
Con estilo y lenguaje conveniente
Á mi arrojado y grande atrevimiento
Para decir extensa y claramente
Deste naval conflito el rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo de este golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas;
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios, instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?
Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, transilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Numidas, sarracenos, africanos,
Genízaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, behelerveyes y bajanes.
Vi allí tambien de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemaña,
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza extraña,
Con animosa muestra y lozanía;
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.
Así las dos armadas, pues, venian,
En tal manera y órden navegando
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurria,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda aparencia y bizarría,
Un riquísimo fuerte peto armado,
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte,
Hijo de la fortuna y del Dios Marte.
Yo codicioso de saber quién era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademan y compostura,
En la fuerte celada en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro, el campo en sangre tinto,
DON JUAN, HIJO DE CÉSAR CÁRLOS QUINTO;
El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto,
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y experiencia,
De mucha expedicion y suficiencia.
Don Juan á la sazon los exhortaba
Á la batalla y trance peligroso,
Con ánimo y valor que aseguraba
Por cierta la vitoria y fin dudoso:
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un bélico furor y fuego ardiente,

Diciendo: «¡Oh valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inexpugnable!
Llegada es la ocasion, este es el dia
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos;
»Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino es trayendo al enemigo á muerte.
»Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Más del poco de mar que en medio veo.
»Vamos, pues, á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos,
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo desta guerra
Por todos los confines de la tierra.

»Mirad por ese mar alegremente,
Cuánta gloria os está ya aparejada;
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
Á nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Les podamos quitar y poner leyes.

»Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano,
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano:
¿Qué peligro ¡oh varones! temeremos
Militando debajo de tal mano?
¿Y quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

»Solo os ruego que, en Cristo confiando,
Que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por Él, mostrando
Que llamarse su mílite merece;
Con próposito firme protestando
De vencer ó morir; que si parece
La vitoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es ménos buena.

»Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la vitoria asegurada:
Así que, ya del cielo prometido,
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos más helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos, los diestros brazos levantados,
La vitoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso jóven, pues, loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando,
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando,
Cual luciente cometa arrebatada
Cuando veloz, rompiendo el aire espeso,
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que, brevemente habiendo puesto
En órden las galeras y la gente,
Á la suya Real se acosta presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto,
Con el concierto y órden conveniente,
Zafa la artillería, y alistada,
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterrano
Hará perpétua y célebre memoria:
Y Agustin Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra,
Con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Cárlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
Las del Papa y Venecia á los costados,
Así continuäban su camino,
Cargando con igual compás y extremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos en las fronteras,
Que á manera de luna iban cerradas:
Seguian luego detrás treinta galeras
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.

Por el órden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento,
Ganándole la mar, se aventajaba:
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y excelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro
Va Siroco, virey de Alejandría,
Con Mehemet bey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia:
Ochali, renegado, iba al siniestro
Con Carabe y su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada,
Alí, gran general de aquella armada;

El cual, reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente capitan y osado,
De la alta popa en la Real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo
Hizo esta breve plática, diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones.
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta,
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta.
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruïdo
Con que se acerca la enemiga armada;
Que sabed que ese ejército movido
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al Gran Señor la monarquía,

»Que esas gentes sin órden que allí vienen
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

»Que ese su capitan envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, diciplina ni experiencia:
Y así presuntuoso y atrevido,
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae toda esta gente condenada
Á la furia y rigor de vuestra espada.

»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la vitoria deste dia;
Que lo más desa armada temerosa
Es de la veneciana Señoría,
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada más al regalo y policía,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo soez y bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles
Ni contrarios ejércitos ligados
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?
»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con más creciente
Teñido en roja sangre el color cano.
Abrid, pues, y romped por esa gente,
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»
Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio más dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario:
Y más cuando un genízaro forzado,
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Despues de haberse bien certificado,
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero, mostrando esfuerzo y pecho fuerte,
El secreto dolor disimulaba,
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte,
Segun órden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron,
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos;
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos;
El rumor de las armas estupendo;
Las varias voces, gritos y apellidos;
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efeto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada
Que, envuelta en humo y fuego, parecia
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga Real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida,
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida
Le sale á recebir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las Reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero, de no menor furia llevadas,
Al socorro sobre ellas acudieron
De la derecha y de la izquierda mano
La general del Papa y veneciano;

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo Quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio,
Tras el cual al socorro arremetia
Por el camino y paso más vacio
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso,
Y del humo la negra nube espesa,
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino,
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentía.
Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á bordarse,
Cerrándose tan juntas que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse:
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.
Así la airada gente deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban.
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban:
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recebir la gente muerta.
Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego;
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego;
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacia.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caia en el mar de su furor llevado:
Quién con bestial designio temerario,
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase viendo
El fin del mundo y la total ruïna;
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
Con faz turbada de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondia
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso,
De Tesifon y Aleto acompañado,
Discurre el fiero Marte sanguinoso.
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego afierra
Del pedazo del remo ó de la entena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batayolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo, en la agua fria peleaban,
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre resorbiendo,
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles, tablas y gúmenas asiendo,
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles, hacer más daño no pudiendo,
Á los ménos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando,
Contentos con morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran, y resina, y pez ardiendo:
La presta llama con la brea revuelta,
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas,
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse,
Del crudo hierro y llamas perseguidos:
Otros, que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse,
Á cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos, ya con la muerte porfiando.
Su opinion aún muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian:
Y en las huidoras olas estribando,
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.
Crece el furor y el áspero ruïdo
Del contino batir apresurado:
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa,
Las herradas galeras bate apriesa.
En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecia,
Más encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envia,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.
Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro más le necesita:
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce y solicita,
Á la diestra, siniestra, á popa, á proa,
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Pliego don Fernando,
Diligente, solícito y cuidoso
Acude á todas partes, remediando
Lo de ménos remedio y más dudoso.
Así, pues, del cristiano y turco bando,
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa
Que el fin y dia postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria,
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercebido,
Visto el trabado juego cual andaba
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo, se arrojaba
En medio de la priesa y gran ruïdo,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo más revuelto y peligroso.

Viendo, pues, de enemigos rodeada
La galera Real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
Á embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioso, sin parar, corriendo
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve, socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente,
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Alí bajá, no menos diligente,
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles con tino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la Real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
Á puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia extraña,
Gritando: «¡Cierra! cierra! España! España!»

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza.
Carga socorro de uno y otro bando;
Fatígales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos,
Que á la batida proa recudian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero, de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban, al parecer, convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba más que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Más que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
De más de la pesada y gran caida,
Que resistir no pudo el peto fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida;
Al fin el jóven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Argel, cosario experto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto,
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, Señor, sobrepujando
Á las fuerzas el número excesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De baptizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos, se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados
Y la sed de venganza de manera
Que, embistiendo á los turcos por los lados,
Entran haciendo riza carnicera:
Así que, vitoriosos, y vengados,
Recobraron su honor y la galera,
Hallando solò vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.
Marco Antonio Colona, despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero, contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recebida en Famagusta.
La capitana de Sicilia en tanto
Tambien Portau bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra;
Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona,
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No, pues, con ménos ánimo y pujanza
El sábio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar al duro hado,
Ó, por mejor decir, órden divina;
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué acertado en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitan así caïdo,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido,
Antes con más furor y encendimiento,
Á la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro:
Tambien Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La experta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y más habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la vitoria declarado,
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia,
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.
En esto con gran ímpetu y ruïdo,
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahométíco oprimido,
Fué la turca Real del todo entrada,
Do, el estandarte bárbaro abatido,
La Cruz del Redentor fué enarbolada,
Con un triunfo solemne y grande gloria
Cantando abiertamente la vitoria.
Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros turcos ya turbados,
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
Á su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.
Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho
De la vitoria sanginosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por más piadoso.

El astuto Ochali, viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente,
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Cárlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga, dándole caza, en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazan y el de Oria á sotavento,
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar, segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa,
En tierra con gran ímpetu embestia:
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfia
Salta la gente al mar embravecido,
Huyendo del peligro más temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál, sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar allí lo aprende:
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende,
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que, del temor mismo esforzados,
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
Á más correr huyendo se escaparon:
Deshechos, pues, del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,
Rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruïdo;
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura, cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, iré dejando
Todo aquello, aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde, llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion, nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos;
Lo cual considerado, nos partimos,
Desmintiendo los pasos peligrosos
En su demanda, entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba,
De cultivadas lomas rodeado;
Y en la más llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado,
La gente se alojó por escuadrones
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir..... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarles un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así dificilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los más famosos hombres de la tierra.
Dejen de encarecer los escritores
Á los que el arte militar hallaron,
Ni más celebren ya á los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron;
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El órden de la guerra y diciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
Representar en órden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y muralla,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla,
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni víolencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la experiencia;
Pues por maña jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias,

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes;
Tanto, que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño,
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitan aposentado:
Y á su presencia el bárbaro llegando,
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente.—

«¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido:
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla:

»Que siendo de personas informado
Que eres mancebo noble, floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitan y cabeza desta gente,
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin excepcion de condicion alguna
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así, por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano,
Do con firmeza de ambas partes llana,
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho,
Remitirá á las armas el derecho:

»Con pacto y condicion que, si vencieres,
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia:
Y cuando tú por él vencido fueres,
Libre te dejará en tu preeminencia;
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

»Mira que solo en que esta voz se extienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano
Persona por persona y mano á mano.
»Esto es á lo que vengo, y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrio,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafio,
Que, aunque el peligro es grande y conocido,
De tu altiveza y ánimo confio
Que al fin satisfarás con osadía
Á tu estimado honor y al que me envía.»
Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio, que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»
Con esto, sin pasar más adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este tiento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida, pues, la noche, los soldados
En órden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados,
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados,
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
Á tomar lengua y descubrir camino.
Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á sola una;
Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado,
En tres distintas partes dividido,
El ejército bárbaro ordenado:
Cada escuadron de gente muy fornido
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual órden, como cuento,
Cercando nuestro estrecho alojamiento.
La gente de caballo aparejada,
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase, anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminada,
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolican, que gorbernando
Iba aquel escuadron algo delante,
El paso hasta su gente retirando,
Hizo calar las picas á un instante;
Donde, los piés y brazos afirmando,
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro extraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros, vueltas las plantas hácia el cielo,
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar más recio las rodillas,
Aunque más se mostraron esforzados,
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron.
Que todos sin errar fueron derechos;
Cuáles, de banda á banda atravesaron;
Cuáles, atropellaron con los pechos;
Todos en un instante se mezclaron,
Viniendo á las espadas más estrechos
Con tal priesa y rumor que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y echa á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada,
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el más vecino;
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino:
Y al yanacona Tambo así arrebata
Que, como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los más cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.
Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos, descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando,
Á su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.
Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero y crudo;
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo:
Así, pues, anduvieron una pieza;
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortes y Juan Jufré con riesgo extraño
Sustentan todo el peso de su banda:
Tambien hacen efeto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo
Resisten el furor del indio bando,
Con Diego Cano, Perez, y Ronquillo:
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de en medio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida,
Acude á socorrer con furia horrenda:
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos:
Lanzas, gorguces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos;
Vienen en un momento á las espadas,
Y aún otros más cólericos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan Ynarauna tal herida
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De más de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba:
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento,
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en más ira y más furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece;
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece:
Lo más dudoso y de más riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece,
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y más copioso,
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso, aunque ordenado, presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso,
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra, pues, venia
El mozo Galbarin sargenteando,
Que sus troncados brazos descubria,
Las llagas aún sangrientas amostrando.
De un canto al otro apriesa discurria,
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «¡Oh valentísimos soldados
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano!
Estad de la vitoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

»Y esta postrer batalla fenecida,
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos excesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos:

»Que si en esta batalla sois vencidos,
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos,
Inhábiles del uso de la guerra;
Pues con las brutas bestias siempre uncidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios más serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpétuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura:
Considerad, soldados, pues, la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo:

»Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere,
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere:
Tambien piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere,
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por juëz el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el órden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza,
Derribando las picas, bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que más de un tiro de arco se extendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia,
Donde con muestra y término inhumano,
Y el gran furor que cada cual traia,
Se embisten los airados escuadrones
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las extendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron:
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia extraña,
Todos en un teson igual poniendo
La extrema industria, la pujanza y maña:
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda
Y el batir sin cesar siempre más fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado,
Discurre todo el campo y le rodea,
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea, pues, asimesmo procurando
Fenecer la cuestion le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos lo desviaba:
Que el italiano mozo, peleando
En el otro escuadron, distante andaba,
Haciendo por su extraña fuerza cosas
Que, aunque lícitas, eran lastimosas.
Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguan una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena,
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.
Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo,
Vió cubierta de muertos la ancha tierra:
Y al ginovés gallardo conociendo,
Como cebado tígre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.
Fué de la maza el ginovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Gomita sangre, la color mudada,
Y vió, dando de manos por el suelo,
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego,
Con más furor y ménos bien guiado,
Que, á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado:
El ginovés desatinado y ciego
Fué un poco de través, mas recobrado
Se puso en pié con priesa no pensada,
Levantando á dos manos la ancha espada.
Y con la extrema rabia y fuerza rara
Sobre el jóven la cala de manera
Que, si el ferrado leño no cruzara,
De arriba abajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida
Que privara al mancebo de la vida.
Viéndose el araucano, pues, sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela,
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y, como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.
Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con ligereza y diestro brio,
Hurtando el cuerpo así que el italiano
Con la espada azotó el aire vacio:
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
Que entrando recio al tiempo del desvio,
Fué el ginovés tan presto que no pudo
Sino cubrirse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada,
Que defender no pudo la cabeza:
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto,
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo ginovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro jóven excedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno el pié del otro rebatia,
Intricando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitan prudente
Con igual diciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillan, y don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida:
El factor Vega, y contador Segarra,
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

*

Pasáranlo, pues, mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía,
Con valeroso esfuerzo combatiendo,
No fueran los contrarios reprimiendo.
Tambien acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivél y Altamirano,
Villarroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano.
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion sino la mano,
Que no puede escrebir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.
Sonaba á la sazon un gran ruïdo
En el otro escuadron de mediodia,
Y era, que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentía,
Se habia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado,
Andaba muy herido y acosado.
Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando;
Pero la turba acá y allá ligera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palos y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto,
Sin valerles defensa ni armadura:
Á quien acierta golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura:
Y el de ménos efeto y más incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura;
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible:
Y por más que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que áun apenas asi se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla,
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte por la orilla
De la alta loma Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza,
Por donde quiera que iba, larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada;
Y en esto de repente al otro lado,
La cerviz yerta y frente levantada,
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama;

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin recelo
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traia,
Viéndole así tratar, sin poner duda,
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo,
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo,
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte,
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafío.»

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy, como piensas, tan cansado.»
En esto más ligero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Sería bajeza
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.»
No se dijeron más; y por la via
Los dos competidores araucanos,
Haciéndose amistad y compañía,
Iban como si fueran dos hermanos;
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos,
Abriendo el escuadron gallardamente,
Llegaron á juntarse con su gente.
En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa,
Con tal furia y rigor que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa,
Por fuerza arrebatados de los vientos,
Hieren los duros y ásperos acentos.
Era el rumor del uno y otro bando,
Y de golpes la furia apresurada,
Como ventosa y negra nube, cuando,
De vulturno ó del céfiro arrojada,
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y más furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
Á pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Hácia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la vitoria y vencimiento:
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada:

Que el último escuadron, donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza,
Metido en el contrario peleaba
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza:
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto;
Ni está libre de mar tempestuoso
Quien surto no se ve dentro del puerto:
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto;
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aquí la historia
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos
Y habiendo ya cantado la vitoria,
De los contrarios hados rebatidos,
Quedaron vencedores los vencidos:

Que, como os dije, el escuadron postrero,
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre más entero,
Al bárbaro enemigo retraia;
Que, aunque el fuerte Lincoya el delantero
Á la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadía,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la vitoria apriesa,
Que aún no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido:
El gran estrago y mortandad no cesa,
Suena el destrozo y áspero ruïdo,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intricadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo,
Atajados los pasos y huida,
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas;

Como los nuestros, hasta allí cristianos,
Que, los términos lícitos pasando,
Con crueles armas y actos inhumanos
Iban la gran vitoria deslustrando;
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
Á reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra;
La sangre, que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la sierra,
Las lástimas, las voces y gemidos,
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron
Su mayor escuadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo, dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando las banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que, desbaratada ya su gente
Y puesta en rota y mísera huida,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida,
Dando más furia á la ferrada maza,
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroso
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infrutuoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso,
Volviendo el rostro atrás de cuando en cuando,
Tomó á la mano diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda,
Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor á algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
En escuadron formado y recogido,
Vuelven el rostro y pechos esforzados
Á la corriente de los duros hados.
Yo, que de aquella parte discurriendo
Á vueltas del rumor tambien andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos, acudiendo
Hácia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.
Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad, que todo es nada;»
Mas ellos, el peligro ponderando,
Dificultaban la dudosa entrada.
Yo, pues, á la sazon á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon, que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse;
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la vitoria atribuïda.»

Oyendo, pues, mi nombre conocido
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido,
No pudiendo del trance ya excusarme,
Por lo espeso del bosque y más temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon, y Coronado;

Los cuales, de vivir desesperados,
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron.
En esto, ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo
Á término dudoso el vencimiento,
El ménos animoso acometiendo
El más dificultoso impedimento.
¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida!

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan;
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos
Que vinieron algunos de impacientes
Á los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora,
Remató la contienda y gran jornada;
Que la gente araucana en poca de hora
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demas con pasos ordenados,
Como ya dije, atrás se retiraron;
De manera que ya nuestros soldados,
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los más dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituïdos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando,
De la cruda sentencia condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando,
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aún no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que, porque fuese ejemplo y escarmiento,
Le cortaron las manos por justicia;
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte,
Habló, mirando á todos, desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia;
Que, aunqne los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, más no vencidos,
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza:
Que si la odiosa vida dilatamos,
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que, cuando el justo fin no consigamos.
Tenemos en la espada confianza,
Que os quitará, en nosotros convertida,
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues, ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero, si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba,
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo, que estaba á par dél, considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
Á ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solemnidad y desatino,
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado;
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros,
Del cierto asalto la señal tocando,
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que ligeros,
Por los más grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido
De su ligera priesa y diligencia,
Á nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y aparencia,
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nacion, invicta gente,
Donde el extremo de virtud se encierra,
Sabed que soy cacique, y decendiente
Del tronco más antiguo desta tierra:
No tengo padre, hermano, ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra;
Y pues se acaba en mí la decendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir si Galbarino,
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino,
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?
»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por más partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado, aunque adverso, tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte;
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»
Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique, arrepentido,
Al cuello el corredizo lazo echado,
Quedó de una alta rama suspendido:
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
Aún á la misma muerte no rendido,
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.
Habida la vitoria, como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando el infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desman ni impedimento
Á la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa-fuerte,
Y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa rodeaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con ménos daño y más seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla, sin sangre, á la obediencia.
Una mañana al comenzar del dia,
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra;
Dejando un trecho atrás la compañía,
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida,
Diciendo: «¿Dónde vais? que no hay salida.»
Volví el rostro y las riendas hácia el lado
Donde la extraña voz habia salido,
Y ví á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado,
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté ligeramente,
Saludándole alegre y cortesmente.
Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero, aunque más razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

»Que es órden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo:
Y aunque vuestra ventura agora crezca,
No durará gran tiempo; porque os digo
Que, como á los demas, el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada:
Y porque á mí decir más no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que tambien desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.»

Yo, de le ver así maravillado,
Y más de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado,
Le quise hacer un rato compañía:
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña extraña,
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido,
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruïdo
Se abrió una estrecha puerta y boca escura,
Por do tras él entré, erizado el pelo,
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso y verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista,
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista,
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.
Abriéronse en llegando el mago á punto,
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso;
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.
No produce natura tantas flores
Cuando más rica primavera envia,
Ni tantas variedades de colores
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.
De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza.
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba,
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mesmo á señalarme,
El mundo me mostró, como si fuera
En su forma rëal y verdadera.

Pero para decir por órden cuanto
Ví dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, Señor, os ruego que entretanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto más breve y ménos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa, y nos enfada;
Que el manjar más sabroso y sazonado
Os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero, aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido;
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El extraño camino considere
Y que más que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así, á nuestro propósito volviendo,
Os dije como el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las más menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste
Verás del universo la gran traza:
Lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
Y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
Rios, montes, lagunas, mares, tierras,
Famosas por natura y por las guerras.

»Mira al principio de Asia á Calcedonia;
Junto al Bósforo en frente de la Tracia,
Á Lidia, Caria, Licia, y Licaonia,
Á Panfilia, Bitinia y á Galacia;
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia, y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

»Mira la Siria, ves allá la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazareth dichosa en Palestina,
Do á María Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruïna
De la ciudad por Tito desolada,
Do el Autor de la vida, escarnecido,
A vergonzosa muerte fué traido.
»Mira el tendido mar Mediterràno
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano,
Que abrió Moisen sus aguas con la vara.
Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano;
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás hácia la banda descubierta
Las dos Arabias, Feliz y Desierta.
»Mira á Persia, y Carmania, que confina
Con Susiäna, al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y excelente:
Drangiana, y Gredosía, que camina
Hasta el mar de India y ferias del Oriente,
Y adelante, siguiendo aquella via,
Verás la calurosa Aracosía.
»Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India, al levante prolongada;
Ves el Catai y su ciudad de Canta,
Que sobre el Indo mar está fundada:
La China, y el Maluco, y toda cuanta
Mar se extiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa, antiguamente
Término y fin postrero del Oriente.

»Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
Hácia la Trapisonda dilatados,
Y otros reinos pequeños comarcanos,
Tributarios de Persia y aliados:
Los Iberos, que llaman Georgianos,
Y los pobres Circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angosta
Toma del mar Mayor toda la costa.

»Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Cáucaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el reino de Colcos, tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

»Mira la grande Armenia, memorable
Por su ciudad de Tauris señalada;
Y al sur la religiosa y venerable
Soltania, sin respeto arruïnada
Por la tártara furia irreparable
Del grande Taborlan, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo,
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

»Mira á Tigris y Eufrátes, que poniendo
Punto á Mesopotamia, en compañía
Hasta el golfo de Persia van corriendo,
Dejando á un lado á Egipto y á Suría:
Ves la Partia y la Media, que torciendo
Su corva costa abraza al mediodía;
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se extiende al subsolano.

»Mira la Asiria y su ciudad famosa
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semiramís, madre de Nino:
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.
»Mira en Africa al sur los extendidos
Reinos del Preste Juan, donde parece
Que entre los más insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece:
Tiene en veinte y dos grados su postura,
Al antártico polo por la altura.
»Ves á Gógia y sus montes levantados,
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos y leones,
Tigres, panteras, grifos y dragones.
»Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el Monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna,
Que, aunque tuercen y apartan sus corrientes,
Se vienen á juntar á una laguna
Tan grande que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas,

»A Gógia y Beguemeros al oriente,
Y á Dambaya al poniente; del cual lado
Hay islas donde habita mucha gente,
Y todo el ancho círculo es poblado.
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y despues más grande y reforzado
Parte á Gógia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

Hasta un angosto paso peñascoso,
Que le va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las cataratas embocando:
Despues, más ancho, grave y espacioso,
Llega á Meroé, gran isla, costeando,
Que contiene tres reinos eminentes,
En leyes y costumbres diferentes.

»Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
Y el palacio Real de Dultibea,
Las torres, los jardines y heredades
Que su espacioso círculo rodea.
Las Pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué más que el edificio la locura.

»Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos,
Donde habita la bruta y negra gente.
Mira los trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambra en su corriente;
Mandingos, monicongos, y los feos
Zapes, biafras, gelofos y guineos.

»Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por do se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto, si mirares,
Verás aún las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.
»Mira á Sicilia fértil y abundosa,
Á Cerdeña y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo hácia el poniente.
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma, que gran tiempo altivamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion despues hollada.
»Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodia,
Á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y Señoría:
Padua, Mantua, Cremona, y á Placencia;
Milan, la tierra y parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia,
Cárlos prendió á Francisco, rey de Francia.
»Ve á Alejandría, y por Liguria entrando,
Á la soberbia Génova y Saona;
Y el Piamonte y Saboya atravesando,
Á Leon, á Tolosa y á Bayona;
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Poitiers, Orleans, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Holanda,
Ingalaterra, Escocia, Hibernia, Irlanda;

»Á Dinamarca, Dacia y á Noruega
Hácia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia, que al confin de Gócia llega,
Que está en torno del mar fortificada,
De donde á la Zelandia se navega;
Y mira allá á Grolandia, desviada
Del solar curso y la zodiaca via,
Do hay seis meses de noche y seis de dia.

»Mira al norte á Moscovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado,
Y de las fuentes del Tanais tendida
Llega al monte Hiperbóreo y mar helado;
Confina con Sarmacia y Tartaría,
Y corre por el austro hasta Rusía.

»Mira á Livonia, Prusia, Lituania,
Samogicia, Podolia y á Rusía,
Á Polonia, Silesia y á Germania,
Á Moravia, Bohemia, Austria y Hungría,
Á Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Bulgaría, Esclavonía,
Á Macedonía, Grecia, la Morea,
Á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

»Mira al poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que depende y procede la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Ves á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla
Solar antes fundado que la villa.

»Ves á Búrgos, Logroño y á Pamplona;
Y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
Á Leon y á Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra y Salamanca, que se muestra
Felice en todas ciencias, do solia
Enseñarse tambien nigromancía.

»Mira á Valladolid, que en llama ardiente
Se irá como la fénix renovando,
Y á Medina del Campo casi en frente,
Que las ferias la van más ilustrando.
Mira á Segovia y su famosa puente;
Y el bosque y la Fonfria atravesando,
Al Pardo, y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

»Mira aquel sitio inculto montuoso
Al pié del alto puerto algo apartado,
Que, aunque le ves desierto y pedregoso,
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el rey don Felipe vitorioso,
Habiendo al Franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

»Será un famoso templo incomparable,
De suntuosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable,
De inmensa majestad y gran belleza,
Obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

»Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada;
Y á Toledo fundada en sitio fuerte
Sobre el dorado Tajo levantada.
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

«Mira á Sevilla; ves la realeza
De templos, edificios y moradas,
El concurso de gente, y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas,
Que de oro, plata, perlas y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancía;
Con gente, municion y artillería.

»Mira á Cadiz donde Hércules famoso,
Sobre sus hados prósperos corriendo,
Fijó las dos columnas vitorioso,
Nihil ultra en el mármol escribiendo;
Más Fernando Católico glorioso,
Los mojonados términos rompiendo,
Del ancho y Nuevo-Mundo abrió la via,
porque en un mundo solo no cabia.

»Mira por el océano bajando
Entre el húmido noto y el poniente
Las Islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente,
Que falta de agua, la natura obrando,
Las aves, animales y la gente
Beben la que de un árbol se destila
En una bien labrada y ancha pila.

»Ves á la banda diestra las Terceras;
Que están de portugueses ocupadas;
Y corriendo al sudueste, las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas extranjeras,
Entre las cuales son más señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaíca.
»Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente, la Florida,
La tierra inútil y torcida costa
Hasta la Nueva-España proseguida,
Donde Cortés, con no pequeña costa,
Y gran trabajo y riesgo de la vida,
Sin término ensanchó por su persona
Los límites de España y la corona.
»Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa
Por la raiz medicinal que tiene;
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el indio nombre antiguo aún hoy retiene.
Ves al sur la poblada y montuosa
Tierra, que en punta á prolongarse viene,
Que los dos anchos mares por los lados
La van adelgazando los costados.
«A Panamá y al Nombre de Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
Á dos contrarios mares, que con ira
Rompen la tierra y anegar pretenden.
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se extienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el Lago y ciudad de Venezuela.

»A Bogotá y Cartáma, que confina
Con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito que vecina
Está á la equinoccial línea templada.
Mira allá á Puerto Viejo, do la mina
De ricas esmeraldas fué hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del austro y del volturno y mediodia,
»Ves Guayaquil, que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y Cordillera
De do nacen y bajan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de suelo
Donde jamás cayó lluvia del cielo.
»Mira los grandes montes y altas sierras
Bajo la Zona Tórrida nevadas,
Los mojos, bracamoros y las tierras
De incultos chachapoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas;
Y la ciudad insigne de Los Reyes,
Silla de las audiencias y vireyes:
»Y Guánuco, Guamanga, y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
Asiento de los Ingas y Orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
Del austral Capricornio las regiones
De varias gentes bárbaras extrañas,
Los rios, lagunas, valles y montañas.

»Mira allá á Chuquiabo, que metido
Está á un lado la tierra al sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada;
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina.
»Ves la villa de Plata, la postrera
Por el levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta cordillera,
Calcháqui, Pilcomayo y Tucomano:
Los juries, los diaguitas y ribera
De los comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto
»Ves, volviendo á la costa, los collados
Que corren por la banda de Atacama,
Y la desierta costa y despoblados,
Do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Ves los copayapós, indios granados
Que de grandes flecheros tienen fama:
Conquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
De Maule, y el de Itáta, y Biobío.
»Ves la ciudad de Penco y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial, y hácia el levante
La Villa-rica, y el volcan fogoso;
Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante
Las islas y archipiélago famoso;
Y siguiendo la costa al sur derecho
Chiloé, Coronados, y el estrecho,

»Por donde Magallanes con su gente
Al mar del Sur salió desembocando;
Y tomando la vuelta del poniente
Al Maluco guió noruesteando.
Ves las islas de Acaca y Zabú en frente,
Y á Matan, do murió al fin peleando;
Brunci, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.
»Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de extranjeros piés jamás pisadas;
Las cuales estarán siempre encubiertas,
Y de aquellos celajes ocupadas,
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque más sus secretos se engrandezcan.
»Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender, si tiempo hubiera,
De los celestes cuerpos la excelencia,
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros é influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.
»Mas, aunque quiera yo de parte mia
Dejarte más contento y sastifecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así, haciéndome el mago compañía,
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, do encontré luego mi gente
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo, procurando
Reducir á la paz los enemigos;
Unas veces por bien, acariciando,
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar corredurías
Por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre más endurecidos;
Vista, pues, la importancia de aquel puesto,
Por estar en la tierra más metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y berza estaban,
Don Miguel de Velasco y Avendaño,
Con los que más á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañía,
Tomámos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
Á la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno en uno
Con palabras de amor los obligamos
No solo á dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Así que, alegres, sin rumor de guerra,
Con pan, frutas, semillas y ganados,
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos indios y alterados;
Y al descubrir de la purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente, que venia
Á asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido;
Pero, al romper del alba, alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruïdo,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando vi de través salir corriendo
Una mujer, al parecer turbada;
Yo tras ella los prestos piés batiendo,
Luego de mi caballo fué alcanzada.
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Puren: pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagaje: retíranse alegres, aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir más recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta,
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga:
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga; y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere;

Que yo, de acuchillado en esto, siento
Que es de temer en parte la ventura;
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura:
Y porque viene bien á nuestro cuento,
Á la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé, como os dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era mochacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos extremados,
Nariz perfeta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando más su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo, queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con más seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia;
La cual dando un sospiro, que á terneza
Al más rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon en tal manera.—

»No sé si ya me queje desdichada,
Ó agradezca á los hados y á mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recebir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que áun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

«Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura;
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera.
»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.
»Mas presto el envidioso amor tirano,
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho más amigo que pariente,
Á quien la voluntad tenia rendida,
No habiendo entre los dos cosa partida.
»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba;
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego, el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»Ó fué el trato que tuvo allí conmigo,
Ó, por mejor decir, mi desventura,
Que esta sería más cierto, como digo,
Que no la mal juzgadá hermosura,
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.
»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia.
Mas ¡ ay! que, en lo que yo padezco, veo
Lo que el mísero entonces padecia:
Que á término he llegado al pié del palo
Que aún no puedo decir mal de lo malo.
»Hallábale mil veces sospirando
En mí los engañados ojos puestos;
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos.
Yo, la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos,
Que es lo que más refrena la osadía,
Sus erradas quimeras deshacia.
»Estando sola en mi aposento un dia,
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando —«¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda
Que á la del fuerte amor resistir pueda.

»Tú, señora, sabrás que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida,
Porque, siéndolo tú, no sé yo cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

«Viéndole, al parecer, determinado
Á cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél, sin mostrar algun recato
Diciéndole de lejos: ¡Oh malvado,
Incestuoso, desleäl, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada,
Y ley de parentesco conservada!....»

»Iba estas y otras cosas yo diciendo
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba,
Que en cerrado tropel arremetiendo,
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
Á la debida y justa resistencia,

«Diciendo: ¡Oh fiera tígre endurecida,
Inhumana y cruel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes que hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos;
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
Á lo menos será más pïadosa:

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atrevesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó, ya la color y voz turbada
Diciendo: «¡Glaura! Glaura! últimamente
Recibe allá mi espíritu, cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado!»

»Llegó mi padre en esto al gran ruïdo,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido;
Y vista mi fortuna y mal andanza,
Por el postigo de una falsa puerta
Salí, á mí parecer, más que ellos muerta.

»Acá y allá turbada, al fin por una
Montaña comencé luego á emboscarme,
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme.
Así que, ya sin tino y senda alguna,
Procuraba ¡cuitada! de alejarme;
Que con el gran temor me parecia
Que, yendo á más correr, no me movia.

»Mas como suele acontecer contino
Que, huyendo el peligro y mal presente,
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente,
Así á mí ¡desdichada! pues me avino
Que, por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba, pues, siempre mísera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, y acá y allá volviendo
Á cada paso los atentos ojos,
Cuando por unos árboles saliendo
Ví dos negros cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
Á la mísera presa arremetieron.
»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida;
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas
Que á lástima y piedad movia las plantas.
»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolan á mis clamores,
Que visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia,
Diciendo: «Perros, bárbaros, traidores,
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no la vida dejareis con ella.»
»Fueron sobre él los dos encontinente;
Mas él, flechando el arco que traia,
Al más adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondia;
Hízose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envia
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazon halló el camino,

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolan, valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole en los brazos hácia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo;
»Y sacando una daga acicalada,
Qüeriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta;
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolan de aquella afrenta,
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.
»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones,
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recebido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.
»Y temiendo que gente acudiria,
Por el espeso bosque nos metimos,
Donde, sin rastro ni señal de via,
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del dia,
Á la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
¡Aguarda! aguarda! ten! gritando fuerte;
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho más mi deshonra que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese,
Mientras que él con morir los detuviese.
»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió, poniéndome delante
La horrenda muerte y la estimada vida:
Así, cobarde, tímida, inconstante,
Á los primeros ímpetus rendida,
Me entré, viéndolos cerca, á toda priesa
Por lo más agrio de la selva espesa;
»Y en lo hueco de un tronco, que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que áun apenas de miedo resollaba;
De donde escuché luego un gran ruïdo,
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente,
Como que combatiesen fuertemente.
»Fué poco á poco, al parecer, cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada:
Mas cuando no vi rastro ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí; pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano,
Llamando al sordo Cielo injusto y crudo:
Preguntaba: ¿Do está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo.
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo,
En mis entrañas siempre más furioso,
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia:
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme,
Mas por torpeza y gran maldad tenia
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta,
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Hácia el campo español he dado vuelta,
De noche y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cauten pasada,
Tambien que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Me dispuse á venir cubiertamente,
Pensando que entre tantos, disfrazada,
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvia.

»¿Qué remedio me queda ya captiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena,
Que, para que mayor pena reciba,
Aun la muerte no viene, porque es buena?
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena;
Bien que el estado en que me toma es fuerte,
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella jóven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada,
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada,
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio,
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré que sé la tierra,
Que pensar resistir es desvarío
Á la gente que cala de la sierra:
Bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo, que al mancebo el rostro revolvia
Á agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia,
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?
¿Eres mi dulce esposo? ¡Ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo;
¿Qué es esto, estoy soñando ó estoy despierta?
¡Ay! que tan grande bien no es cosa cierta.»

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento,
Por ser revuelto el tiempo y limitado,
Díje: «Amigos, adios; y lo que puedo,
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo, que salió ligero.
Pero, aunque más los indios me den priesa,
Quiero, Señor, que aquí sepais primero
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Despues de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
Á la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,
Pensando que alas le prestara el miedo;
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco, estuvo quedo:
Llegando, pues, á tiro, diestramente
Hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
Arrancando una daga, desenvuelto
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanta el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
Á que dejase un solo paso el llano;
Que, saltando de aquella y desta parte,
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya sería
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin, la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba;
Vuelto hácia mí me dijo: «¿Qué te importa
Que sea mi vida larga ó que sea corta?

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana,
Pia por la intencion, pero entendida,
Puede decirse impía é inhumana;
Que á quien ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana:
Así que, en no matarme, como digo,
Cruel misericordia usas conmigo.

»Mas, porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recebido,
Me pongo en tu poder, y así me entrego
Á mi fortuna mísera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban.
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban
Que el bagaje, la chusma y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Puren derecho
Hácia la entrada y paso del estado;
Despues va en forma oblica largo trecho
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aún más angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos, unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando.
No basta de la pasta el temple fino,
Grebas, petos, celadas abollando
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros, cual rana ó sapo, aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas, otros derrengados,
Arrastrando procuran acogerse
Á algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda;

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion por órden puesta,
Tenia á nuestros soldados, como digo,
De ventaja las piedras y la cuesta,
Donde puedo afirmar como testigo
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruïnar el suelo,
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo,
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo, acá y allá perdidas,
Los reparos, defensas y guaridas;

Así los españoles constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos,
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa,
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
Á la vitoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada,
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando.
Ya por la áspera cuesta derrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando,
Con un furor terrible y tan extraño,
Que muertos aún hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entretanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube ligeramente á la alta cumbre;
Quién de petaca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre;
Del alto y bajo, de uno y otro lado,
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas en verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia;
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados,
Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida
Que, ganada la cumbre de la sierra,
La vitoria era nuestra conocida;
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.
Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos echamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada:
Saltamos á pié todos al momento;
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento,
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento,
Al lado que los indios más cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero;

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras, que os prometo
Que aunque llevó de golpe mucha gente,
Hizo el súbito miedo más efeto:
Y así, remolinando torpemente,
Les pareció segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra,
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que, deseosos de áspera venganza,
El daño y miedo en ellos aumentaron
Tanto que, ya perdida la esperanza,
Á retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta,
Cargado de fardel ó saco, guia;
Cuál por lo más espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia:
Cuál con hambre y codicia deshonesta,
Por solo llevar más se detenia,
Costando á más de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La vitoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores;
Al rumor de las cuales caminando,
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al Real todos heridos,
Donde fuimos con salvas recebidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso, consolados
Con el sabroso robo, del suceso,
Y adonde estaba el general llegados,
Que, sabido el desórden y el exceso
Que rindió la vitoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
Á consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente;
Donde, despues de haber allí tratado
De lo más importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
Á que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita,
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo nuestra patria vemos,
Y como á más parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han extendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Casio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece
Esta araucana gente que, con tanta
Muestra de su valor y ánimo, ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta;
Y en el firme propósito parece
Que ni rigor de hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna:

Que, habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano.—

«Conviene ¡oh gran senado religioso
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infrutuoso,
Que al descanso nos llaman, abrasemos,
Que, habiendo de morir, todo nos sobra,
Y todo con vencer despues se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene;
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aún su lugar no tiene:
Ni es razon que soldado alguno atienda
Á más de aquello que á vencer conviene;
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay más honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo;
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto,
Enarcando las cejas, se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo, no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese.
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura,
Su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron
En jurar el decreto perezosos,
Que aún más de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos.
Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demas caciques orgullosos,.
Talcaguan, Lemolemo y Orompello;
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos, pues, en esto, y decretado,
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Despues del alboroto sosegado
Y aquel árduo negocio difinido,
Puesto en pié levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo
Por parecerme justo; y así quiero
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demas, al brazo me refiero,
Que, si un mes en su fuerza lo sostengo,
Pienso escoger despues á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar órden excluido;
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder, pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo tambien determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafío
Que Rengo y yo tenemos aplazado;
Asimismo el que tuve con su tio,
Que quiso más morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero, sin esperar á más rodeo,
Cumplir la obligacion y mi deseo;
»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo, de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca:
»Que ya Peteguelen, viejo imprudente,
Con aparencia de ánimo engañosa,
Á morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte más piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa;
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.
»Tambien Rengo, de industria, cauteloso,
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le excuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo echando fuego,
Sin guardar atencion se hizo adelante,
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego;
Las armas lo dirán, y no razones
Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolican, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino:
Y con severa muestra y grave gesto,
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfia
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfias:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías:
Algunos, que ganar no deseaban,
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano;
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado.
Era tal el aprieto que no habia
Árbol, pared, ventana ni tejado,
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruïdo;
Por otra, pues, no ménos orgulloso,
Al mismo tiempo aparecer se vido
El fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos dobles relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta al empeine de los piés armados:
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, Señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo.
Despues que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio,
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de más de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera
Que, aunque fueron pesados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera,
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente.
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efeto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Más del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término, rabioso,
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto,
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso extremo descargó en vacío:
Fué el golpe, aunque furioso, tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno, yo creyera
Que con él el combate feneciera.

Mas, aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo;
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve áun más pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas, y reparos;
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La más reñida y singular batalla,
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso
Que el más templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso.
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería
Que un ejército grande parecia.
Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
Batiéndole de suerte la celada
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada,
Hirió tan presto á Rengo al desviarse
Que no tuvo lugar de repararse.
Cayó el pesado golpe en descubierto,
Cargando á Rengo tanto la cabeza
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas, del peligro y del dolor despierto,
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.
Mas, viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra,
Poniendo mano á la fornida espada.
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en el quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado,
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera;
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira,
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira,
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la extrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual, arrojando el roto escudo,
Valerse de los brazos le convino.
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De más agilidad y fortaleza.
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando,
Andaban en furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recebir pueden aliento:
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando,
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

Era, cierto, espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso
Los rostros, y los ojos encendidos:
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir, y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña,
Cargando recio deste y de aquel lado.
Rengo con gran destreza y cauta maña,
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo, pues, al contrario algo metido,
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel, á tiempo recogido,
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

En esto, pues, creyendo fácilmente
De aquella suerte rematar la guerra,
Rengo, que era destrísimo y valiente,
Hizo pié con gran fuerza y cobró tierra:
Donde á un tiempo estribando reciamente,
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto,
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto,
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos
Más fuertes que al principio y más furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era más cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida,
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que, aunque de gruesos cercos guarnecida,
Entró como si fuera blanda suela.
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela
Y un doble zaragüel de ñudo grueso,
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que, el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte Rengo, que baja, guarda, guarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano más gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con más deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA DE LA TERCERA PARTE.

Al Rey nuestro Señor.

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á V. M., ésta necesitada acude al amparo que há menester: suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos por ella; que, con merced tan grande, de más de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se la atreva.

Guarde nuestro Señor la católica persona de V. M., etc.

DON ALONSO DE ERCILLA.

PARTE TERCERA.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desafio es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho,
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó, para que así la corrigiese
Que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento
Que en ocasion y á tiempo nos airemos,
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos;
Pues, dejados llevar del movimiento,
El ser y la razon de hombres perdemos;
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea
Ímpetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
Parece, como parte conveniente,
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y, en la causa comun puesta la mira,
Puede contra el campion el combatiente
Usar della en el tiempo necesario
Como contra legítimo adversario.

6 Mas si es el combatir por gallardía,
Ó por jactancia vana ó alabanza,
Ó por mostrar la fuerza y valentía,
Ó por rencor, por ódio ó por venganza;
Si es por declaracion de la porfia,
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recebido.

7 Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que, peleando
Por solo presuncion y orgullo vano,
Como fieras se están despedazando;
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca della
Cuanto lejos de justa su querella.

8 Digo que los combates, aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos;
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos;
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.

9 Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberle tanto tiempo así dejado.
Pero á la historia y narracion volviendo,
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada,
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual, viéndose junto y que no pudo
Huir del grave golpe la caida,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada, aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié dificilmente se detuvo,
Que, del recio dolor desvanecido,
Fuera de acuerdo vacilando anduvo;
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo,
De manera cerró con Tucapelo
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que, de la gran pujanza que habia puesto,
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrarse presto,
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos:

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo, la persona recogida,
La suya á tiempo y la destreza emplea.
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pié trocado
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar que ambos de lado,
Sin poderlo excusar, á su despecho,
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego,
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos acezos presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vagarosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones, de valor iguales,
En la creciente furia declinando,
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando,
Sin poderse vencer, quedaron tales
Que ya en parte ninguna se movian,
Y más muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber más porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría,
Y aunque esto es hoy de muchos disputado,
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco aliento y corazon latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo
Como juëz de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo,
Apriesa en la estacada plaza entraba,
El cual, sin detenerse un punto, viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
Á doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente más preciada,
Fué con honra solemne y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituida.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del caso Tucapel sentido,
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido,
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase más de lo pasado,
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones;

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los casos y trances peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Convenidos así los dos famosos,
Porque más los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente,
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento:
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Despues del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos
Con más pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á más andar nos recogimos
Que estaba del lugar larga distancia:
Y aunque poco despues, Señor, tuvimos
Otros muchos reencuentros de importancia,
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré, por no cansaros, al atajo.

Y, pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que, aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitualla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitan allí á Reinoso.

Que las demas ciudades, trabajadas
De las pasadas guerras, nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas
Todos sin gobernarse gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto,
Por falta de gobierno habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que, aunque de buen principio y fundamento,
Mudó despues el nombre y el asiento.

30 Dejando, pues, en guarda de la tierra
Los más diestros y pláticos soldados,
En órden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra,
De la hambre y las armas fatigados,
Á la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

31 Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas,
Y el exceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demas por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

32 No habiamos aún los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre mísera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya, con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

33 Luego, pues, hasta treinta apercebidos
De los que más en órden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos,
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos,
Sin parar ni dormir noche ni dia,
Al presidio español y compañía;

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por extraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relacion entera,
El cual pasa, Señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolican iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba,
En secretos concilios discurriendo,
Del capitan ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo;

No con tan suelta voz y atrevimiento
Que el más libre y osado no temiese,
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima excediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento,
Que no se vió jamás quien se atreviese
Á reprobar el órden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo, al fin, como prudente,
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente,
Viéndole ya en estado miserable,
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La más ardiente devocion resfria,

Quiso, dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas, al fin, resuelto en una,
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y órden que convino,
De municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza
Á que el miedo el peligro examinase,
Y algun suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó, que de la gente se aprestase,
Al tiempo y hora de silencio mudo,
El más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte por el lado
De la posta de Ongolmo al medio dia;
Que de cierto espion era avisado
Como la gente que en defensa habia,
Demas de estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada:

Que el capitan ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atrás determinado
Hasta dejar la tierra reducida:
Y en las nuevas conquistas ocupado,
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asaltos fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia:
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir, de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto;

El cual en puridad bien instruido
En lo que el arduo caso requeria,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido,
Se entró por la cristiana rancheria
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio;

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion, lo que pasaba,
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento,
En la figura rústica, notaba
La gente, armas, el órden, sitio y traza,
Lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

46 Por esta parte, oyendo y preguntando
Á las personas ménos recatadas,
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas:
Y aquí y allí los ánimos tentando
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

47 Tentando, pues, los vados y el camino
Por donde el trato fuese más cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance, vino
Á dar consigo en peligroso puerto;
Que, engañado de un bárbaro ladino,
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida;

48 Y con dobles y equívocas razones,
Que Pran á su propósito traia,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecia,
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tiranía;
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

49 Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido,
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

50 Diciéndole: «Si sientes, oh soldado,
La pérdida de Arauco lamentable
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado,
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvacion de tanta gente.

51 »Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasion tan oportuna
El estado comun de tu fortuna;

52 »Y que á tí, como causa, se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

53 »Pues á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde travestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo, cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo;

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte á medio dia
Con furia grande y número de gente;
Por haberle avisado cierta espía,
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados,
De la molesta noche trabajados:

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta,
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual, de salto fácilmente muerta,
Y la plaza despues desmantelada,
En la region antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura;
Adonde, de su ejército apartado,
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
De más del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recebido.

58 »Mira, pues, lo que desto te parece,
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
No seas ingrato al cielo, que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa:
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa;
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

59 Dió fin con esto á su razon, atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
Á las ofertas y razon propuesta
Dió sin más detenerse esta respuesta.—

60 «¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría
De ver que esté en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia?
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarqnía
Podrán tanto conmigo en este hecho
Cuanto el comun y general provecho:

61 «Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

«Vuelve á Caupolican, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que, cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta:
Y mañana, sin duda, por la parte
De la inculta marina más desierta
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañía,
Adonde nos aguardan arribemos;
Que mañana de espacio á medio dia
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás más satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.»

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino,
Hablando al capitan secretamente,
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican cautelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La más fea maldad y condenada,
Que más ofende á la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada,
Quiere mal al traidor y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
En estado seguro permanece,
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece;
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y el que con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria, como digo,
Poniéndole con ódio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sábio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho;
El cual, con la gran priesa que llevaba,
En poco espacio atravesó gran trecho:
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traicion le dió noticia

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

7 »Mas negando la deuda y fe debida
Á mi tierra y nacion, por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desviando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que, si me acuerdo, en el pasado canto
Lo tengo largamente referido.
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los brazos amorosos le echó al cuello,
Dándole encarecidas gracias dello;

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Sería remunerado largamente.

Quedaron, pues, de acuerdo que otro dia,
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitan se viese;
Que de la vista y habla entenderia
Lo que más al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo, pues, así; pero antes desto,
Á la salida de un espeso valle
Halló al amigo en centinela puesto,
Esperándole ya para guialle;
Donde Caupolican con ledo gesto,
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente,
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitan! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
Á quien la redencion del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido;
Bien sé que solo con honrado celo
De virtud propia y de valor movido,
Aspiras á arribar do ningun hombre
Tendrá puesto adelante más su nombre:

»Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestra guia,
Sobre el fuerte español á medio dia:

»Para lo cual ha sido mi venida,
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde, siendo tu boca la medida,
Quiero del justo premio asegurarte,
Y ver si, á tí esta empresa cometida,
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando, como cabeza y dueño, en todo
El órden, la instruccion, la traza y modo;

15 »Que, demas de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que éste será escogido á tu albedrío:
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el órden que convenga
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta,
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada;
Y antes que sea de alguno descubierta
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete ¡oh varon! y determina,
Como de tí se espera, brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente:
Y porque puedas ver la diciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz, que atento estaba
Á cuanto el general le prometia,
No la oferta ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que, algun tanto tímido, dudaba
Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

19 Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Y un dragon escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió á Caupolicano.—

«¡Oh gran Apó! no pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado,
Á tus piés y obediencia soy venido,
Á servirte y morir determinado;
Que todo lo que aquí me has ofrecido
Y lo que puede más ser deseado
No me provoca tanto ni me instiga
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza,
En tu prudencia y gran valor fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada;
Y porque no nos dañe la tardanza
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna, que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra;

23 »Que nuestros enemigos sin recelo,
Á las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados:
Y desnudos y echados por el suelo,
En vino y dulce sueño sepultados,
Pasan la ardiente siesta en gran reposo
Hasta que el sol declina caluroso.

»Y si estás, como dices, prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza;
Que el tiempo es malo de cobrar, perdido,
Mayormente si daña la tardanza;
Y pues no te detiene cosa alguna
No detengas tus hados y fortuna;

»Que á darte la vitoria yo me obligo,
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo
Y ella misma es el premio verdadero:
Basta lo que en servirte yo consigo;
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

»Mañana disfrazado, al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada,
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada;
Y en el presidio y franca plaza entrando.
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion, y al parecer sin dueño.

27 »Esta noche, callada y quietamente,
Desviada á la diestra del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente
Una milla del fuerte y más vecino:
Y cuando asome el sol por el oriente,
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y órden mia.

»Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron, constituido
Para tan alto y señalado hecho;
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía,
Extenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro.
Diciéndole razones, que moviera
No un corazon movible, pero un muro;
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montuoso
Vió el araucano ejército emboscado,
De brava gente y número copioso:
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso;
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

*

31 Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda tropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante;
Y así, encubriendo la intencion dañada,
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el órden, armas y la gente;

Y despues de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado,
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reinoso,
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvistes á mi canto atento,
Por la montaña y costa montuosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro y plaza requiriendo,
Señalando á la gente sus lugares;
Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muertes señalado.

Jamás se vió en los términos australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada:
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente,
Con iguales designios y esperanza,
Aunque con hado y suerte diferente,
Veis aquí á Pran, que solo, y á la usanza
De los mitayos indios, diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo,
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba,
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aún no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado;
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida
Habia el murado sitio descubierto,
Sin ser de nadie vista ni sentida:
Y con paso callado y gran concierto.
Doméstica, ordenada y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando,
Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegría,
Diciendo que sin duda nuestra gente
Ya, segun su costumbre, dormiria:
Luego, disimulada y quietamente,
Sin más se detener, de compañía
Entraron en el fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos, sin dormir, dormidos.
Con aviso y cuidado, descuidados,
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria, al parecer revuelto.
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego
Y poca guardia que en el fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traia,
Sin detenerse un solo punto, luego
Por una corta senda que él sabia,
Haciendo de sus piés y aliento prueba,
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
Cuando Andresillo en tono levantado
Dijo: « ¡Oh fuertes soldados en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado,
Tomad las vencedoras armas presto
Y romped el silencio ya excusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo! »

Marinero jamás tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta
Cuando los gritos del piloto siente
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros, que ligeramente,
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salia
Con arcabuz, con lanza ó con espada:
Fué en un punto la gruesa artillería
Á las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil, de mil maneras
Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargado
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendado
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callado,
Que la gente extramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente,
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Más presta que el oido y más ligera.

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido:
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruïdo,
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto;

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
Á treinta y ménos pasos se pusieron,
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas,
Con más cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y ódio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente:
El ánimo, ahora humano, ahora robusto,
Me suspende y me tiene diferente;
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago;

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido,
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido:
Así, dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos al fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta D. Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido.

Excelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia, ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y más gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y excelencia,
Sino en saber usar de la vitoria,
Ilustrándola más con la clemencia:
El vencedor es digno de memoria
Que en la ira se hace resistencia;
Y es mayor la vitoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así, no es el vencer tan gloriöso
Del capitan cruël inexorable,
Que cuanto fuere ménos sanguinoso,
Tanto será mayor y más loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia, es disculpable:
Mas pasado, despues á sangre fria,
Es venganza, crueldad y tiranía.
La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juïcio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruido
El esperado fruto desta tierra;
Pues con modo inhumano han excedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crueldades inormes nunca vistas.
Y aunque ésta en mi opinion dellas es una,
La voz comun en contra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence:
Mas, dejada esta plática importuna,
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y excesivo modo,
En parte justo, y lastimoso en todo.
Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida:
Llevado, pues, del hado y dura suerte,
Con presto paso y con fatal corrida,
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

7 ¡Dios sempiterno, qué fracaso extraño,
Qué riza, qué destrozo y batería
Hubo en la triste gente, que al engaño
Ciega, pensando de engañar, venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artillería,
El ñublado de tiros turbulento
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con gran estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela y máquinas avienta;
Con más estruendo y con mayor ruïna,
La fuerza de la pólvora violenta
Voló, y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército araucano,
No habiendo un solo tiro ni arma alguna
Que errase el golpe ni cayese en vano:
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así, aunque yo apresure más la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aún no eran bien los tiros disparados
Cuando, por verse fuera en campo raso,
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso:
Y en los segundos indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso,
Hacen riza y mayor carnicería
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
Abre sangrienta y ancha la salida;
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida:
No hay ánimo ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida;
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos;
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos:
Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos,
Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo:
Luchando con la muerte los caidos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto.
Al embaucado Pran, que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera,
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que, aunque escaparse el mísero pudiera,
En medio de las armas desarmado
Á morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,
Á los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los piés huyendo:
Los nuestros, del alcance deseosos,
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los ménos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban
La ganada opinion más que la vida,
Volviendo el pecho y armas, refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida;
Y aunque con grande esfuerzo peleaban,
Era presto la guerra difinida,
Que la furiosa muerte allí su espada
Traia de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando
Se forman por mil partes los ñublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueste frígido soplando
Los impele y arroja amontonados
Hasta buscar del ábrego el reparo,
Dejando el cielo raso y aire claro;

19 Así la gente atónita y turbada,
En partes dividida se esparcia,
Y á las veces juntándose, esforzada,
Haciendo cuerpo y rostro, revolvia:
Pero de la violencia arrebatada,
Dejó el campo y banderas aquel dia,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos, pues, del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y seguimiento,
Los presos y despojos repartidos,
Volvimos al dejado alojamiento,
Donde trece caciques elegidos,
Para ejemplar castigo y escarmiento,
Á la boca de un grueso tiro atados,
Fueron, dándole fuego, justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos,
Si, en el monton y número de gente,
Algunos de los indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente;
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera,
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, Señor, que no venia
Capitan ni cacique señalado,
Visto que el general usado habia
De fraude y trato, entrellos reprobado;
Diciendo ser vileza y cobardía
Tomar al enemigo descuidado,
Y vitoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego ni otra cosa
Quiso en ello venir ni dar ayuda;
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gentes sin armas y desnuda;
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolican desta jornada
Roto, deshecho y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre deramada
Y poca de su parte la venganza:
El cual, viendo la turba amedrentada
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente,
Dando licencia á la cansada gente.

Quísose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envejecida:
Así la gente en partes derramaba,
Con órden que estuviese apercebida
En cualquiera ocasion y movimiento,
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
Gente de confianza y valentía,
Ora en el monte inculto, ora en poblado,
Desmintiendo los rastros parecia;
Y en lugares ocultos alojado,
Jamás gran tiempo en uno residia;
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andábamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diésemos salto y trasnochadas;
Y en los más apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra;

Diciendo que de grado volveria
Á sus yermas estancias y heredades:
Pero que el general los compelia
Usando de inhumanas crueldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados,
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano y sierra,
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás á corromper bastó á ninguno:
Andábamos atónitos y á tiento,
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la costa un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañía
Una escuadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta ranchería
De domésticos indios ausentados,
Que, por ser grande el bosque y la distancia,
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una mujer herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble traje y parecer vestida:
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura,
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traido
Á lugar tan extraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido
Y de inhumana crueldad usado:
Ella, con rostro y ánimo caido
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dejo y desvarío
Que el humano contento trae consigo,
Aun no es cumplido un mes que el padre mio,
Usando de privado amor conmigo,
Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal, y de tantas partes, que yo creo
Que en él hallara término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,
Que della por extremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado;
Donde cerca de mí, que le seguia,
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera ménos crudo y más derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.
»Cayó muerto, quedando yo con vida,
Vida más enojosa que la muerte,
Mas viéndome un soldado así afligida,
En parte condolido de mi suerte,
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
Que mi espíritu suelto le siguiese
Y un bien tras tanto mal me sucediese.
»Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruïdo;
Pero luego un cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,
»Donde espero morir cada momento;
Mas ya, como esperado bien, se tarda:
Que es costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda;
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Mi la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo:
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejo por flojo brazo comenzado.»

Así la triste jóven luego, luego,
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condecendiera;
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Más cruel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida:

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente
Que era el morir remedio condenado,
Y para el muerto esposo impertinente;
Con el zumo de yerbas aplicado,
Medicina ordinaria desta gente,
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando, pues, un prático ladino
Para que poco á poco la llevase,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurase,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartase
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia,
Iba con los soldados platicando
De la fe de las indias y constancia
De muchas, aunque bárbaras, loando
El firme amor y gran perseverancia;
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fe con más rigor á su marido.

Mas un soldado jóven, que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
Á Dido por tan casta y recogida;
Pues en la Eneida de Maron veria
Que, del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo,
Rompió la fe y promesa á su Siquéo.

Visto, pues, el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
Á la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
Él y todos los más que me escuchaban,
Que en la misma opinion tambien estaban;

Les dije que, queriendo el Mantuano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octaviano
Se preciaba de ser su decendiente,
Con Dido usó de término inhumano,
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase.
Yo, pensando tambien con divertirme
Que la cuerda el trabajo algo aflojase,
Recorriendo de nuevo la memoria
Les comencé á decir así la historia.—

Cuento una vida casta, una fe pura
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada conyuntura,
Por raro ejemplo y ocasion traida:
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto ni contento
Sin dejar de picar siempre al caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme ni excusallo,
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido,
Á puros brazos del trabajo abierto,
Á término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad, sin fatigarme,
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado
El rumor de las armas inquiëto,
Siempre en un mismo ser continuado;
Sin mudar son ni variar sujeto;
Por espaciar el ánimo cansado
Y ser el tiempo cómodo y quiëto,
Hago esta digresion, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente,
Que destruye una honra, es bien oida;
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida;
La verdad, que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituida,
¿Por qué no debe ser, siendo cantada,
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demas de ser cual veis, importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado.
Preste, pues, atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado;
Que el mal ofende, áun dicho en pasatiempo;
Y para decir bien siempre es buen tiempo

Cartago antes que Roma fué fundada
Setenta años contados comunmente,
Por la famosa Dido, venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontífice, asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siquéo ya nombrado,
Á quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sábio en sus ritos, y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia allegado
Fué causa de su muerte miserable,
Que en fin, lo que codicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.
Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon, y el otro Dido,
Á quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual, aunque duró los dias primeros,
De codicia el hermano corrompido,
Por haber los tesoros del cuñado
Le dió la muerte envuelta en un bocado,
Sintió, pues, la mujer su muerte tanto
Que, no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo en larga vena;
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral ceremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntuosa.
Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento;
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu, hacia
Á las frias cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay! que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento:
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor más que ella fuerte.»

Aunque el ódio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso,
Soltaba, con un bajo son gimiendo,
La reprimida rabia y voz diciendo:—

«¿Traidor, dime, qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
Á maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable,
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu piedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

«Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recebias,
Miraras al nefario sacrificio
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué acidente,
Que nunca nadie es malo de repente,

»Si de tu inorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?
Que siempre es tarde ya cuando se llora.

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia que no viste
Que matabas á Dido con Siquéo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que, siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas, pues que huyo;
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo:
Si, habiéndole tú muerto, estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo;
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona ligera y fácilmente.

6Y

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último, mi suerte,
Porque padezca más, me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene;
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey y recatado
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida,
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del inorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa,
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente,

Haciéndole entender que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada,
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro:

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente,
En arribando al puerto se embarcase,
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase;
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso
Rey de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba,
Alegre más que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia,
Que, mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidosa Dido
Á su gente llamó que se aprestase,
Y con alarde y público ruïdo
Los empacados muebles embarcase,
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase,
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

72 Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas;
Estas fueron en público traidas
Donde, á vista de todos embarcadas,
Daban muestras que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa, con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo, se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada;
Mas ya que el mar las costas encubria
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía,
Al borde de su nave congregada,
Hizo en torno allegar la demas gente,
Que á la vista tambien fuese presente;

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siquéo.

76 Por donde ella tambien, no asegurada
De sus secretos, fraudes y traiciones,
Queria dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones:
Y al mar dudoso y vientos entregada,
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria,
Lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento;
Todas consigo las habia traido,
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar do pereciesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres de la arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados:
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados,
Se miraban, teniendo por extraña
De la animosa reina la hazaña;

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo,
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos, no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
Á que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

10 Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada,
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente,
Les dijo, prosiguiendo, lo siguiente:—
«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y como la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva:
Podreis volver, si ya no es desvarío,
Á dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
Á tierra y á region no conocida.
»Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que, viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.
»Y pues es de temer la tiranía
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del caro reino y patria mia
Á buscar nuevas tierras me ha sacado;
Quien quisiere seguir mi compañía,
No se verá de mí desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve:
Así que, pues sois sábios, cada uno
Elija de dos males el más leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
Á quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

»Las muertes figurad y crueldades
Que en vosotros habrán de ejecutarse:
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse;
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron:
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguir hasta el fin en su viäje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela, á la flota detenida,
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recebida,
Como allí su designio declarase,
Llevó del cipriote pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo,

81 Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente,
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será, segun me siento,
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue D. Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por qué se mató. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio más seguida,
De donde es el volver dificil cosa;
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y más agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero, de la codicia pervertido,
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fue avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado:
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado;
Que no hay maldad más falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtuosa.
Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo diferente,
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente:
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.
Torció el curso á la diestra bordeando,
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando,
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando,
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada,
Por el fatal decreto allí guiada;
Donde viendo el capaz y fértil suelo,
De frutíferas plantas adornado,
Y el aire claro, y el sereno cielo,
Clemente al parecer y muy templado:
Perdido del hermano ya el recelo,
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento,
Haciendo en él su habitacion y asiento;

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos, que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria:
Los moradores, viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos,
Hicieron sus asientos y partidos.
Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que, desollado,
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado,
Tanto trecho tomó que, á la prudencia
De la reina sagaz y aviso extraño
Le quisieron poner nombre de engaño.
Pero recompensó la demasía,
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traía
Los ocultos tesoros escapados:
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque, cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion, no la siguiese.
Corregidas las faltas y defectos
Al órden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traidos maestros y arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
Á la labor de la ciudad famosa.

*

Fué la ciudad por órden fabricada,
Mostrándose los hados muy propicios,
En breve ennoblecida y ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó, criando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y en paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento
Y los términos cortos dilataba:
Así que el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á vecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aún no habia
La invencion del papel despues hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel *carta* llamada,
Del cual nombre aún usamos hoy en dia,
Así aquella ciudad edificada
En el lugar por una piel medido,
De *carta* la llamó *Cartago* Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar al pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al paragon con ella:
Así que, por milagro de natura,
Como cosa no vista iban á vella;
Que no sé en las idólatras del suelo
Á quien mayores partes diese el cielo.
Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron:
Pero todas perfetas tantas cosas
Como en Dido, en ninguna se juntaron;
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sábia, sagaz, constante y prudentísima.
Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
Á la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores;
Pidiéndole que, en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento,
Como de tan gran rey despreciadora,
Sobre ella con ejército vendria
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha, pues, la embajada en el senado;
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente;
Causóles turbacion, considerado
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio dificil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que, habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que, sin algun detenimiento,
Veinte de tu consejo más instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropia á nuestra edad y profesiones,
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones
Á corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan
Y con causas legítimas se excusan,

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condecendiendo al impío ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado jóven rey tendremos
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es, en suma, lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos;
Y á nuestra abandonada cabecera,
Al tiempo incierto de morir, tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

«Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta,
De modo que la paz y amor conserves
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
Á la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
Á todos los trató y miró de guisa
Tan agradable blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara,
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros, esforzados,
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion, por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruïnada?

«Es á todos comun, á todos llano,
Que debe, como miembro y parte unida,
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano,
De justa deuda natural debida,
Á posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»¡Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastara á ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia!
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas, y la voz alzada,
Le dicen: «Todos juntos como estamos
Tus urgentes razones aprobamos.

»Justamente, señora, sentenciaste,
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envia
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos,
Con útiles y honrosas condiciones
Y un infinito número de dones.

»Advierte que, si acaso no acetares
El santo conyugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento;
Así que en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida:

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con más razon y fuerza más urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

»Cuando á seguir estés determinada
El caso infrutuoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada,
Debajo de promesa y de protesto
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que, por más que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera,
Antes que Yarbas más nos necesite:
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto;

»Que es mostrar liviandad, y demas deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto expreso
Á la primera persuasion me muevo;
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo;
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.
»Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Áun quiere calumniar lo que es honesto;
Y, como instituidores de las leyes,
Tienen más ojos sobre sí los reyes.
»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega.
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega:
Tomar, pues, ménos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega;
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»
Cerróse aquí la reina, y fué forzado,
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento,
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilataba,
Dando gratos oidos á su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmudable.
Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia,
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la inmola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes.—
«¡Oh fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes!
Hoy la fortuna y áspero destino,
Por el último fin de sus contrastes,
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra cara y amable compañía.
»Si apartarme de amigos tan leäles
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así, por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio:

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
Á quebrantar la fe me necesita;
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo,
Faltando la ocasion, cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio extraño,
Es más fácil, más breve y ménos fuerte,
Y en fin, particular y poco el daño;
Pues, sin peligro vuestro, desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con más pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago,
Pues muero por mi pueblo y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza;
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza;
Que, si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere vivir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuanto quiere.

»Adios, adios amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho.»
Y no les dijo más con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho:
Así, llamando el nombre de Siquéo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado,
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado,
Mientras las cosas prósperas duraron,
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sábios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falsó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada,
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El extraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos, acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés ligero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me profiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está un sitio muy fuerte por natura
De ciénagas y fosos rodeado,
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que vuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando á vuestra gente en salvamento;
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde á cumplir del todo yo me obligo.
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente experta y número bastante,
Para toda sospecha apercebida,
Llevando al indio amigo por delante,
Salió á la prima noche en gran secreto,
Con paso largo y caminar quiëto.

Por una senda angosta é intricada,
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando;
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora, reparando
Junto á un arroyo y pedregosa fuente,
Volvió el indio diciendo á nuestra gente.—

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible,
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolican contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia,
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y rancheria,
Que está en medio de un bosque y arboleda;
Y antes que aclare el ya vecino dia
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido,
Poniéndome á peligro manifiesto:
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar priesa y llegar presto,
Que es irrecuperable y peligrosa
La pérdida del tiempo en toda cosa:

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montuoso:
Mirad que os daña ya la detenida,
Seguid hoy vuestro hado venturoso,
Que ménos de una milla de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
Á sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino,
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrio,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío:
La plaza en rededor fortificada
Con un despeñadero sobre un rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente;
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas, viendo el paso en torno embarazado
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida:
Y alzándole á dos manos empinado,
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada;

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante, acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo, penetrando
Los músculos y carne descubierta:
En esto el paso el indio retirando,
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo
Que entrasen en la estancia asegurados,
Que eran pobres soldados que, huyendo,
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así, con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
Á la ocupada puerta habia salido,
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que, rendidas las armas, se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron,
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitan disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado:

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje;
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse gran espacio y tiempo en esto,
Tomando de los otros más lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo, que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada,
Se arrojó una mujer, huyendo apriesa
Por lo más agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intricado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta, no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste Palla, descubriendo
Al marido, que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra,
Antes de furia y viva rabia llena,
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena
Que así ligó tu afeminada diestra,
Más clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

» ¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones más extrañas?
¿Eres tú el capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter el ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

» ¡ Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia mujer del gran Caupolicano!
Y agora, miserable y desdichada,
Todo en un punto me ha salido vano,
Viéndote prisionero en un desierto,
Pudiendo haber honradamente muerto.

»¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas difíciles dudosas
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas vitorias gloriosas
De esos atados brazos adquiridas?
¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto?
»Díme, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriösa?
Miraras á esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa;
Que yo, apenas la nueva me viniera,
Cuando muriendo alegre te siguiera.
»Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
Con que el lícito amor me habia ligado;
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cria, críale tú, que ese membrudo
Cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»
Diciendo esto, colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante.
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
Á que la madre ya cruel volviese,
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzarón
Á dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron,
Recobrando al pasar la fida guia,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza embanderada,
Con gran aplauso y alardosa entrada.
Hízose con los indios diligencia
Porque con más certeza se supiese
Si era Caupolican, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era más que un incógnito soldado,
De baja estofa y sueldo moderado;
Aunque algunos despues más animados,
Cuando en particular los apretaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retractaban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.
Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podia,
Dejando aquel remedio infrutuoso
Quiso tentar el último que habia,
Y así, llamando al capitan Reinoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.

¡Oh vida miserable y trabajosa
Á tantas desventuras sometida!
¡Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguna sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido,
Á quien la vida larga ha deslustrado;
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que, en Farsalia derrocado,
Perdió, por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitan y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual, reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba;
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente,
Que, venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:—

« Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y capitan indino,
No tuve el brazo así desfallecido
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada;

»Mas, juzgándote digno y de quien puedo
Recebir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida;
Y en mí por experiencias he probado
Cuán mal le está el vivir al desdichado.

»Yo soy Caupolican, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo,
De vitorias y triunfos rodeado,
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona más es más clemente
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente:
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente;
Y si en darme la muerte estás ya puesto
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que, aunque muera aquí á tus manos,
Ha de faltar cabeza en el estado,
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería,
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte,
Frena el ímpetu y cólera dañosa,
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa;
La paz comun destruyes con mi muerte,
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á más, á mayor gloria atiende,
No quieras en poca agua así anegarte,
Que lo que la fortuna aquí pretende
Solo es que quieras della aprovecharte;
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder, ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera ¡oh capitan! satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y más en este tiempo que la mia
La paz universal perturbaria.

»Y pues por la experiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto:
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas, te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
Á dar al rey Felipe la obediencia.

»Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado,
Podré tambien morir si no cumpliere;
Escoge lo que más te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio más, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por más que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando, aunque vencido y preso, en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo escribo,
Con más rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento,
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso baptizar y ser cristiano:
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice dia,
Que con solemnidad le baptizaron,
Y, en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron,
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente, le sacaron
Á padecer la muerte consentida,
Con esperanza ya de mejor vida,

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando,
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aún dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento;
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo
Á un lado y otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo, donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta muerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande, si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo tan señalado
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al más culpado;
Que al fin todo se paga con la vida;
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que, usada á nuestras míseras gargantas,
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron despues con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
Á que al dolor intenso se rindiese;
Que con sereno término y semblante,
Sin que lábio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados,
Por órden y despacio le tiraban;
Y, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban;
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia,
Forzando el curso le traia derecho;
Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por ménos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, Señor, no estuve yo presente,
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que, si yo á la sazon allí estuviera,
La cruda ejecucion se suspendiera.
Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aún puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.
La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteracion y movimiento:
Luego la turba, incrédula y dudosa,
Con nueva turbacion y desatiento,
Corre con priesa y corazon incierto
Á ver si era verdad que fuese muerto.
Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba,
Si ya no le tocaba con la mano,
Y, áun tocado, despues le parecia
Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente,
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente;
Antes de aquella injuria provocada
Á la cruël satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobio recebido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra,
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén, Cayocupil y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro más grande,
Que cada cual con hervoroso afecto
Prentende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sábio, conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo,
Les hizo mensajeros diligentes
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron:
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sábio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos á la ligera sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que, con industria y artificio,
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado,
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido;
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el ódio antiguo y competencia,
Variär los designios y opiniones,
Sin manera ó señal de convenencia,
Fundando cada cual su desvarío
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, Señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero
Y volver el designio á nuestro polo:
Que, aunque á deciros mucho me profiero,
El sujeto que tomo basta solo
Á levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas, si daisme licencia, yo querria,
Para que más á tiempo esto refiera,
Alcanzar, si pudiese, á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos, de manera
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcan vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí, volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra, al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero
Término de Valdivia y fin postrero:

Donde tambien llegué, que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las más ciudades convocadas
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así, el tumulto bélico creciendo,
En sordo son confuso ribombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba:
Que arrebatado del ligero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oido:
Los cuales, con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.
Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que, rasgando el cielo,
Baja tronando envuelto en llama ardiente;
Ni terremoto, cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.
Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas:
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas:
Quién que á las nobles dueñas deshonraban
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades,
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desórden, crece el desconcierto
Con cada cosa, que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa.
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta;
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio;

El cual, viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones,
Les comenzó á decir estas razones.—

«Excusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.
»¿A qué fosado muro ó antepecho,
Á qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podeis retirar en este estrecho,
Que baste sola una hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitan, ni diciplina:
»Que estos barbudos crueles y terribles,
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.
»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza,
Y prevenir con tiempo al mal futuro;
Que, mostrando doméstica llaneza,
Les podeis prometer paso seguro,
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga;

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña:
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada,
De gente pobre y mísera habitada.

»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos,
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará de este distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.

»Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aún no pueden romper los animales,
Y las aves alígeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

»Llevados por aquí, sin duda creo
Que, viendo el alto monte peligroso,
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable:

»Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles en don una miseria
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

»Quizá, viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio, cuando
Se levantó un rumor entre la gente
El parecer á voces aprobando,
Sin mostrarse ninguno diferente.
Y así, la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efeto, retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido;
Y puesto el pié en la raya señalada,
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sáleles al paso Tunconabala; persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos donde pasaron terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
Que éste no le inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay órden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo más fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades,
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados;
Y por vias estériles remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.
Dije que don García habia arribado
Con prática y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales.—
«Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares, ni contrarios vientos
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas ni elementos,
Que, rompiendo por todo, habeis llegado
Al término del orbe limitado;
»Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El difícil camino y paso abierto
Á solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que, siendo de tan grande empresa autores,
Habeis de ser sin límite señores;

»Y la parlera fama discurriendo
Hasta el extremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo,
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;
Pues, en dos largos mundos no cabiendo,
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazon tan oportuna
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna
Ni gastar más el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
De esas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego, pues, de tropel toda la gente
Á la plática apenas detenida,
Pisó la nueva tierra libremente,
Jamás del extranjero pié batida;
Y con órden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados;
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al más gigante
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol hácia el poniente
Al mundo cuatro vueltas habia dado,
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando, al bajar de un áspero collado,
Vimos salir diez indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa,
Desnudos, en monton, trotando apriesa,
Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello,
Brutos campestres, rústicos salvajes,
De fieras cataduras y visajes.
Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia.
Este, pues, como dije allá primero,
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.
Fuimos luego sobre ellos, recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos, nuestros pasos atajando,
Venian á más andar la cuesta arriba;
Y al pié de un alta peña reparando,
Por do un quebrado arroyo se derriba,
Todos nos aguardaron sin recelo,
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces y en extraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Do la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raices mantenido!

»¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia,
Que la empresa es dificil y terrible;
Y vais sin duda todos engañados,
Á miserable muerte condenados;

»Que, cuando no encontreis gente de guerra
Que os ponga en el pasaje impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra y otras ciento:
Tanto, que la aspereza de la tierra,
Por la falta de yerba y nutrimento
Y contagion del aire, no consiente
En su esterilidad cosa viviente.

»Y aunque me veis en bruto transformado
Á la silvestre vida reducido,
Sabed que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que tambien las armas he vestido;
Así que, por la ley que he profesado,
Viendo que va este ejército perdido,
La lástima me mueve á aconsejaros
Que, sin pasar de aquí, querais tornaros:

»Que estas yermas campañas y espesuras,
Hasta el frígido sur continuadas,
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas:
Mirad destos salvajes las figuras,
De quien son, como fieras, habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente,
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto, de un fardel de ovas marinas,
Á la manera de una red tegidas,
Sacó diversas frutas montesinas,
Duras, verdes, agrestes, desabridas;
Carne seca de fieras salvaginas,
Y otras silvestres rústicas comidas;
Langosta al sol curada, y lagartijas,
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la extrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable,
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable,
Tierra yerma, desierta y despoblada,
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si, prosiguiendo,
La tierra era adelante montuosa;
Respondiónos el viejo sonriendo,
Ser más áspera, dura y más fragosa,
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura,
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
Á volvernos atrás no era bastante.
Con un afecto tierno y amoroso,
Mostrando en lo exterior triste semblante,
Puesto un rato á pensar, afirmó cierto
Haber cerca otro paso más abierto.

Que por la banda diestra del poniente,
Dejando el monte del siniestro lado,
Habia un rastro, cursado antiguamente,
De la nacida yerba ya borrado,
Por do podia pasar salva la gente,
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa;
Y el donoso presente recebido,
Tambien la recompensa fué donosa,
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores,
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,
Por ser joyas entre ellos estimadas,
Y la guia solícita venida,
Con todas las más cosas aprestadas,
Pusimos en efeto la partida,
Siguiéndonos los indios dos jornadas,
Dando vuelta despues por otra senda,
Dejándonos el indio en encomienda.

El cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado y poblaciones.
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosa relaciones,
Diciendo: «Cuando Febo volteando
Seis veces alumbrare estas regiones,
Os prometo, so pena de la vida,
Henchir del apetito la medida.»

No sabré encarecer nuestra altiveza,
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante,
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos,
Máquinas levantadas y quimeras.
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la cuarta, al tramontar del dia,
Se nos huyó la mentirosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta,
Los ánimos turbó más esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados:
Mas, aunque sin camino y en desierta
Tierra, del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante, descubriendo
Siempre más arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Do el caballo hostigado y receloso
Afirmase seguro el pié medroso.
Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura;
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura,
Como en este camino defendido,
De zarzas, breñas y árboles tegido.
Tambien el cielo en contra conjurado,
La escasa y turbia luz nos encubria,
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia;
Y de granizo y tempestad cargado,
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra,
Que el trabajo y peligro de la tierra.
Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados,
Otros, «¡Ayuda! ¡ayuda!» voceaban,
En húmidos pantanos atascados:
Otros iban trepando, otros rodaban,
Los piés, manos y rostro desollados,
Oyendo aquí y allí voces en vano,
Sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destrozados los piés, rotos los brazos:
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demas del trabajo incomportable,
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento,
Y el bien dudoso y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todo el brio.

Pero luego tambien, considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon, los miembros reforzando,
Cualquier dificultad menospreciaba:
Y los fuertes opuestos contrastando,
Todo lo por venir facilitaba;
Que el valor más se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues, nuestro ejército rompiendo,
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destegiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intricadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando;
La espesa y congelada niebla opuesta,
El grueso vapor húmido exhalando,
Así se adelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á yerro el impedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Do poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pié del monte y áspera ladera
Un extendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago, poblado
De innumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:
Marinero jamás desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto,
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues, en un tiempo arrodillados,
Llenos de nuevo gozo y de ternura,
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura;
Y de tantas fatigas olvidados,
Siguiendo el buen suceso y la ventura,
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo y alentado,
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, á la bajada
De la ribera, en partes montuosa,
Hallamos la frutilla coronada
Que produce la murta virtuosa;
Y aunque agreste, montés, no sazonada,
Fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egito
No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles granadas
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas,
Suelta la gente por el ancho llano,
Dejaba los murtales más copados
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna,
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una;
Quién huye al repartir la compañía,
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada,
De las rapaces uñas escapada.

*

Como el monton de las gallinas, cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado;
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él, puesta en huida,
Es de las otras luego perseguida;
Así aquel que arrebata buena parte,
De este y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer más escondido:
Ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido;
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Extenderse á los prójimos podia.
Estando con sabor de esta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corva góndola ligera,
De doce largos remos impelida,
Que, zabordando recio en la ribera,
La chusma diestra y gente apercebida
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.
Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado:
Así para sazon más conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entretanto repararme
Y os dé ménos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje; y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale D. Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase D. Alonso de Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábulas la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas,
El que ménos las cuenta es más prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas,
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por más que afirmen que es subida al cielo.
Estaba retirada en esta parte,
De todas nuestras tierras excluida,
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aún nunca habian hallado aquí acogida;
Pero, dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
Á la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena;

Donde un gracioso mozo bien dispuesto,
Con hasta quince en número venia,
Crespo de pelo negro y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término modesto,
Junta nuestra esparcida compañía,
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua extraña lo siguiente.—
«Hombres ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas;
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan extrañas
Á nuestros pobres y últimos rincones,
Libres de confusion y alteraciones?
»Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region más espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y aviamiento
Con mano larga y voluntad graciosa
Hallareis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.
»Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os daremos
Si os aplace y agrada más la sierra,
Allá seguramente os llevaremos;
Si quereis amistad, si quereis guerra,
Todo con ley igual os lo ofrecemos:
Escoged lo mejor, que á eleccion mia,
La paz y la amistad escogeria.»

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El expedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida;
La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
Á las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia
Señal de ser el clima y tierra fria.
Las gracias le rendimos de la oferta
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo tambien la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba;
Pero al fin, nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitualla
Debajo de promesa de pagalla.
Luego con voz y priesa diligente,
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía,
Sin de nadie acetar solo un cabello,
Ni áun querer recebir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y tambien esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera,
Segun nuestra costumbre, en ordenanza:
Y andado una gran legua, en la primera
Tierra que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua, en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.
No estaba nuestro campo aún asentado,
Ni puestas en lugar las demas cosas,
Cuando de aquella parte y de este lado,
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida,
Sin rescate, sin cuenta ni medida.
La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente de estas tierras
Daban bien á entender que la codicia
Aún no habia penetrado aquellas sierras;
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado
Ni la ley natural inficionado.
Pero luego nosotros, destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo,
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;
Y la antigua costumbre corrompiendo,
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la codicia su estandarte
Con más seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
La nueva por las islas extendida,
Llegaron dos caciques juntamente
Á dar el parabien de la venida,
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas,
Cazadas en la sierra á puras uñas.
Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así no conocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos:
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y más los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.
Llevábamos el rumbo al sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho,
Por los grados la tierra demarcando:
Pero cuanto ganábamos de trecho,
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.
Salian muchos caciques al camino
Á vernos como á cosa milagrosa;
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nácar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcaj, quién la bocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo, que fuí siempre amigo é inclinado
Á inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana,
Al parecer de tierra y gente llana.

Ví los indios, y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres:
Noté de ellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas, paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando,
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viäje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba,
Hallamos por remate y fin prostero
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente;
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
Á comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás, visto el terrible
Trabajo intolerable y excesivo,
Tenian, segun razon, por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso,
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía
Un jóven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué excesiva en algunos la alegría,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido invierno á los australes
Comenzaba á enviar recias señales.

Mas yo, que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar, hechos pedazos
Á puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura.
Áspera al caminar y pedregosa,
Á trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa
Y que pasar de allí sería locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á travesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,
Que era poner el pié más adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corrí una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante,
Y en el tronco, que vi de más grandeza,
Escribí con cuchillo en la corteza.—

«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado,
Con solos diez pasó el desaguadero;
El año de cincuenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos, por Hebrero,
Á las dos de la tarde, el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañía.»

Llegado, pues, al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba,
El indio amigo prático guiando,
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinion estuvo fijo,
Y por una encubierta selva espesa
Nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo;
Que aunque lo fueron mucho los trabajos,
Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafio
Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado,
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso
Fué forzosa ocasion de mi destierro,
Teniéndome despues gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro
Mas aunque así agraviado, no por eso,
Armado de paciencia y duro hierro,
Falté en alguna accion y correría,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que, aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas, despues del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo, temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla,
Aceleré mi súbita partida;
Que el agravio, más fresco cada dia,
Me estimulaba siempre y me roia:

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reino ingrato,
Que tanto afan y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato,
Con el austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada,
Más que Neron y Herodes inclemente,
Pasó tantos amigos por la espada
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon ni causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque más de dos mil millas habia
De camino, por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via,
Á más larga carrera acotumbrado:
Y á Panamá llegué, do el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra-firme detenido
Por una enfermedad larga y extraña,
Mas, luego que me vi convalecido,
Toçando en las Terceras, vine á España,
Donde no mucho tiempo detenido,
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,
Á Silesia y Moravia hasta Posonia,
Ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones,
Viendo cosas y casos peregrinos,
Diferentes y extrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamás del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa,
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije diputada,
Estaban diferentes y encontrados:
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y cómo al fin quedaron conformados;
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.....
¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra
Y abrasarse en furor toda la tierra?
Veo toda la España alborotada,
Envuelta entre sus armas vitoriosas,
Y la inquïeta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas:
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, petrechos, armas, municiones.
Para decir tan grande movimiento
Y el estrépito bélico y ruïdo
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, Señor, favorecido;
Mas, ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada:
Y entretanto, Señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquiëto,
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey D. Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar más sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano
Á las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano,
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
Á los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo derivada
Y en el linaje humano transferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida:
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida:
Por ella á veces Dios al mundo aflige,
Le castiga, le emienda y le corrige:

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina:
La guerra es de derecho de las gentes;
El órden militar y diciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
Ó cuando por venganza ó furor ciego
Ó fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare;
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno Testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella
Y autoridad del rey defensor della.

Entonces como un ángel sin pecado,
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado
Y en su enemigo ejecutar la ira:
Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge y le retira,
Demas de que en peligro pone el hecho,
Peca y ofende al público derecho.

*

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente:
Que el que es señor y dueño de la vida,
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones
Por la causa comun, sin cargo alguno,
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno;
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
Á pié, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafio,
La autoridad del príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada república está puesta;
Mas si por caso propio ó albedrío
Se denuncia el combate y se protesta,
Ó sea provocador ó provocado,
Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
Favorecer jamás ni dar licencia
Á condenadas armas, que se mueven
Por ódio, por venganza, ó competencia:
Ni decidan las causas, ni se prueben,
Remitiendo á las fuerzas la sentencia;
Pues por razon oculta á veces veo
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso,
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma Providencia ordena:
Que el suceso, ora triste, ora dichoso,
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamás la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
Ó si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al rey, que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la república
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,
Debe mucho mirar lo que pretende,
Y antes que dé al furor la rienda larga,
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que, de precisa obligacion forzado,
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado:
No fundado el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado,
Pues se extiende su cetro y monarquía
Hasta donde remata el sol su via;

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe y inficiona,
Llamado del derecho y la justicia,
Contra el rebelde reino va en persona:
Y á despecho y pesar de la malicia,
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
Á la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando,
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando;
Y con prudencia y ánimo sufrido,
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará despues con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Strozi su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga,
Que, si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga:
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga;
Cruel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente,
Si conviene el rigor y es importante;
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser cruel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente
Y se puede llamar participante;
Y el que á los malos públicos perdona
La república estraga y inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable,
Que el perdonar vitoria es gloriösa,
Y en el más poderoso más loable;
Pero la paz comun tan provechosa,
No puede sin justicia ser durable;
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga,
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga,
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el ódio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al príncipe odioso y desamado;
Oficio es propio y propio de los reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomara
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad y emienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que, siendo leve el mal, poca la llaga,
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanara sin tocar la mano;
Que no es buena la cura y experiencia,
Si es más recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo:
Virtud es castigar cuando es forzoso
Y necesario el público castigo:
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber emienda.

Voime de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga,
En lugar de aliviarme recibiendo
En mis cansados hombros mayor carga:
Así, de aquí adelante resumiendo
Lo que ménos importa y más me carga,
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto ¡oh lusitanos! que engañados
Contraponeis el obstinado pecho,
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
¿Qué no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Hacienda, libertades y exenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones;
Y casi murmurado, ha detenido
Las armas convenciéndoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¿Qué ciega pretension? ¿qué embaucamiento?
¿Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento
Y tiene vuestra mente trastornada,
Que una unida nacion por sacramento
Y con la cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas,
Dé en sus propias entrañas las heridas;

Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones extranjeras
Que derraman la sangre de inocentes,
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada?

A vos ¡eterno Padre soberano!
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido,
Para que al portugués y al castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto ni otro gusto.
Y pues vos conoceis los corazones
Y el justo celo con que el mio se mueve,
Y en los buenos propósitos y acciones
El principio teneis y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
Á emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.
Queriendo Sebastian, rey lusitano,
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término africano,
Y oprimir el pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.
Mas el rey don Felipe, que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan ligero,
Al errado designio contravino
Con consejo de padre verdadero:
Y pensando apartarle del camino,
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuasion del grave tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes
Que pudieran volver atrás un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrío
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa;

Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba:
Y tras la libre voluntad corriendo,
Su muerte y perdicion apresuraba;
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable
Aunque tenga la voz más expedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida:
La ruïna de un reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida;
Todo por voluntad de un mozo ardiente,
Movido sin razon por acidente?

Otro refiera el acïago dia
Que á los más tristes en miseria excede,
Que, aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via,
Si el alto cielo aliento me concede,
Que ya de aquesta parte tambien siento
Armarse un gran ñublado turbulento.

Despues que el mozo rey voluntarioso,
Al africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando:
Y la fortuna de un yaiven furioso
Derrocó cuatro reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del poniente,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique, el hermano del agüelo,
Cardenal y presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Más que para este mundo, para el cielo,
Ofreciéndole el reino la fortuna,
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,
Como sobrino y sucesor, queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la transversal propincua via
Á los reinos y títulos tenia,

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones,
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
Duquesa de Braganza, pretendia
Por hija del infante don Duarte
Que de derecho el reino le venia:
Y tambien don Antonio de otra parte
Á la corona y cetro se oponia;
Mas, aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo excluido:
Y que, hecho el exámen, cada uno
Á tan árduo negocio conveniente,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente:
Porque en tiempo quiëto y oportuno,
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el reino á la razon no se allanase,
Sus armas y poder justificase.
Todos los cuales claramente viendo
Que el transversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo más cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de ménos edad el más anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia;
Don Antonio excluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Decendientes del tronco en igual grado,
Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
Él varon, ella hembra, él rey temido,
Mayor de edad y de mayor nacido;

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho,
Y otras muchas razones que juntaron,
Con recto, justo, igual y sano pecho,
Sin discrepar, conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el reino por la ley le adjudicaron,
Con tierras, mares, títulos y estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del ódio y la malicia
De la plebeya gente libertada;
Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades;

Y con piadoso celo, deseando
El bien del reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad, sin corregirse,
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristóbal de Mora, en quien habia
Tantas y tales partes conocido
Cuales el gran negocio requeria,
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer tambien la misma confianza:

Y enterarse del celo y sano intento,
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado;
No traido por término violento
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura,
Por ley, razon, por fuero y por natura.

Así que, esto por él reconocido,
Como de rey tan justo se esperaba,
Mirase el gran peligro en que metido
El patrio reino y cristiandad estaba:
Y tuviese por bien fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por sucesor derecha y justamente:

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos extraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños;
Haciendo que en la forma que solia,
Para despues de sus felices años,
El reino le jurase segun fuero
Por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta
Que, por más que le fué representada
La justicia del rey tan manifiesta,
Procuraba con causas excusarse,
Sin querella aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento
De negocio tan árduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante,
Don Felipe envió con nuevo asiento
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna
Á don Pedro Giron, duque de Osuna,

Y al docto Guardiola juntamente,
Porque con más instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente,
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuán conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia
Que el rey se declarase por decreto
Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega pasion no perturbase
El sosiego y quietud de los estados,
Antes que el ódio oculto reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su real consejo habia
Últimamente á don Enrique envia,

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, estudio y diciplina,
Era de grande prueba y experiencia,
De claro juicio y singular dotrina:
El otro de no ménos suficiencia,
Famoso en letras, el doctor Molina,
Ambos varones raros, escogidos,
En gran figura y opinion tenidos;

Para que Enrique, dellos informados,
Y de todas las dudas satisfecho,
Á las córtes que ya se habian juntado
Informasen tambien de su derecho;
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la expresa ley derechamente
El reino á su sobrino le venia;
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
Á fin que aquellos súbditos y estados
Fuesen con más ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso,
Del Autor de la vida estatuido:
Por donde al sucesor le fué forzoso,
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas y el poder con la justicia:

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas y partidos:
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta,
Al derecho y razon cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del portugués y castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz enemicicia,
Liberal y magnánima largueza
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que felices harán los escritores.

Canten de hoy más los que tuvieren vena,
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les da materia llena
Y un campo abierto, fértil y espacioso;
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale más que el trabajo infrutuoso;
Trabajo infrutuoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Hácia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
¡Climas pasé, mudé constelaciones,
Golfos innavegables navegando,
Extendiendo, Señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida Zona!

¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros?
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra,
Cuando el reino por rey vino á pediros:
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Perú me llevó por más serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado,
Y el reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo, por no cansaros y ser mios,
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos, despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que áun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin, por acidente
Del mozo capitan acelerado,
Fuí sacado á la plaza injustamente
Á ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente,
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy más viva,
Desmaya la esperanza quebrantada,
Viéndome prohejar siempre agua arriba:
Y al cabo de tan larga y gran jornada
Hallo que mi cansado barco arriba
De la adversa fortuna contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido:
Y aunque más inste la desdicha mia,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas;

Que el disfavor cobarde, que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que páre aquí la pluma.
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande innumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave,
Y el temido y dudoso paradero
El más sábio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo, quiero
Acabar de vivir antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y destraida.

Que, aunque esto haya tardado de mi parte,
Y á reducirme á lo postrero aguarde.
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverme á Dios jamás es tarde;
Que nunca su clemencia usó de arte,
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida más florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido,
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razon que llore y que no cante.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE DE LA ARAUCANA.

ILUSTRACION PRIMERA

FAMILIA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Un documento existe en el Archivo de Indias, concerniente al alarde ó revista que al año de 1493 pasó en Bermeo, antes de darse á la vela para las costas andaluzas, la escuadra del general Iñigo de Artieda, compuesta de cinco buques, y cuya capitana media mil y doscientas toneladas. Como sétima persona de las que se presentaron al alarde, allí figura Martin Ruiz de Ercilla, vecino de Bermeo, escribano mayor de la armada. Llevando á su esposa, ó residiendo ésta ya en Sevilla, no admite dificultad alguna que allí diese á luz á su hijo Fortun García al siguiente año. Ello es que Rodrigo Caro, investigador veraz y sesudo, no vacila en contar al jurisconsulto Fortun García de Ercilla entre los claros varones sevillanos. De valor carece la opinion de Estéban de Garivay en contra, siendo punto de los escritores vascongados hacer naturales de alguna de las tres provincias hermanas á todos los hombres famosos que tienen allí sus solares. D. Nicolás Antonio afirma que el 14 de Agosto de 1500 fué la entrada de Fortun en el colegio de

Bolonia. *Sutil cántabro ó sutil español* le denominaron por lo sobresaliente en el estudio de ambos derechos: mil doscientas tesis sostuvo en varias ciudades de Italia, sin excluir á Roma: no quiso admitir una cátedra en la célebre universidad de Pisa; pero se inclinaba á fijar su residencia en la capital del mundo cristiano, dando á los deseos de Leon X gratos oidos. Al cabo halagóle más el llamamiento del emperador Cárlos, y á los veintiocho años volvió á España: dos más adelante subia al primer grado de la magistratura. Su última tarea literaria fué un dictámen sobre el famoso desafío entre el emperador y el rey de Francia. Naturalmente sería en contra, al modo de la consulta del Consejo en que aparece su firma; bien que tambien está allí la del arzobispo de Santiago, á la sazon gobernador de corporacion tan respetable, y sin embargo al emperador escribió de su puño.—*Estos señores aconsejan como letrados; V. M. obre como caballero.* Fortun García de Ercilla estaba designado para dirigir la educacion del príncipe de Astúrias don Felipe, cuando á la edad de cuarenta años le sorprendió la muerte en Dueñas, donde el Consejo real se habia retirado á consecuencia de afligir la peste á Valladolid por entónces. Depositado fué su cadáver en el convento de San Agustin hasta la traslacion al de benedictinos de Valvanera, donde construyó una decente capilla para su enterramiento y el de su mujer y su prole.

Con Doña Leonor de Zúñiga se habia casado Fortun García de Ercilla á poco de su vuelta á España; hija mayor y heredera de D. Alonso de Zúñiga era aquella señora y de Doña Catalina Zamudio: por consiguiente su padre procedia del mismo tronco genealógico y muy ilustre de las ramas de Béjar, de Miranda y de Nieva. Hijos fueron de este feliz matrimonio.—

D. Francisco de Ercilla, finado en Madrid el año de 1545 á 14 de Julio sin tomar estado.

D. Juan de Zúñiga, de gran religion y severidad, prior del hospital real de Villafranca de Montes de Oca, despue

abad de Heroracles, cerca de Valladolid, limosnero mayor de la reina Doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, maestro de las infantas Doña Isabel y Doña Catalina, hijas de la difunta Doña Isabel de la Paz, y del infante D. Fernando, hijo de la dicha Doña Ana. Su muerte fué en Almaraz á 28 de Agosto de 1580, llegando allí enfermo desde Badajoz, donde acudia á la conquista de Portugal el monarca.

Doña María de Ercilla y Castilla, mujer de D. Francisco Arista y Zúñiga, su primo hermano, señor de las Cuevas y Azofra, Alensanco, Montalvo y Castañares: despues de 1589 y ántes de 1594 debió ser su fallecimiento; sin duda fué madre de dos hermanas monjas, á quienes su tio D. Alonso dejó mandas.

Doña María Magdalena de Stúñiga, segunda mujer de don Fadrique de Portugal, caballerizo mayor de la emperatriz Doña María, y despues de la reina Doña Isabel de la Paz, y finada á los pocos años de su boda.

Doña María de Castilla, dama de la emperatriz citada, de esta vida pasó á la eterna el año de 1555 en Viena.

D. Alonso de Ercilla fué el último de la prole. En la parroquia de San Nicolás de Madrid recibió las aguas del bautismo.

ILUSTRACION II.

GLOSA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

No puede ménos de ofrecer interés sumo cualquier produccion del autor de *La Araucana*. Mosquera de Figueroa imprimió el año de 1596 su *Comentario de disciplina militar*, y allí dijo que nuestro D. Alonso se ocupaba en escribir las victorias de D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz por entónces. Ercilla habia muerto dos años ántes: si la noticia de Mosquera de Figueroa tuvo carácter de cierta, del proyectado poema no se conoce nada. Muy otra puntualidad autoriza la noticia siguiente, dada por el insigne Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Don Alonso de Ercilla
Tan ricas Indias en su ingenio tiene
Que desde Chile viene
Á enriquecer las musas de Castilla,
Pues del opueste polo
Trajo el oro en la frente como Apolo;
Porque despues del grave Garcilaso

ILUSTRACION III.

PRINCIPALES AUTORES CONSULTADOS.

Estéban Garivay figura á la cabeza de todos: en el tomo tercero de sus *Genealogías*, que vió manuscritas Vargas Ponce, el título 8.° del libro 23 lo dedica á los *Caballeros Ercillas*, comprendiendo cincuenta y seis páginas en fólio, y allí trae muy preciosas noticias de D. Alonso, con quien tuvo íntimo trato, y de su esposa, á la cual celebra por su religion y virtudes, añadiendo no haber conocido señora más amiga de la lectura de la historia. Solo llegan las noticias de Garivay hasta la publicacion de la tercera parte de *La Araucana*. A la conclusion se expresa del siguiente modo:—«Esta es la suma muy sumada de las peregrinaciones de este »muy noble y generoso caballero, el cual por tierra y por »mar y Juan Sebastian de Elcano, natural de Guetaria, por »mar, son los dcs hombres nacidos de Adan hasta hoy que »más hayan andado y navegado en ambos orbes.» De Garivay fué Ercilla compadre, pues le sacó de pila un hijo.

Cristóbal Mosquera de Figueroa escribió en 1585 *El Elogio*, del cual apénas se saca sustancia. Todo se límita á revestir con frases huecas y pomposas y con erudicion mal sazonada é inoportuna las noticias que en *La Araucana* se

hallan del autor ilustre, expresadas con naturalidad atractiva. Cual á fuerza de mazo se ven metidos en *El Elogio* los nombres de Guillelmo Rodelecio, de Pitágoras, de Platon, de San Jerónimo, de Tito Livio, de Apolonio, de Alejandro de Macedonia, de Vopelio, de Quinto Curcio, de Dion, de Clitarco, de Homero, de Ulises, de Nestor, de Marte, de Venus, de Plinio, de Julio César, de Teodosio, de Pericles, de Alcibiades, de Aristóteles, de Aurelio Prudencio, de Quintiliano y de Palas. No anduvo acertado por cierto D. Francisco Cerdá y Rico al decir en la edicion de Sancha lo siguiente respecto de Mosquera de Figueroa. — «Su puntualidad »y elegancia en recoger y ponderar las acciones de Ercilla »condenan al parecer de superfluo cualquier trabajo nuevo »que se emplee en este mismo asunto, sujetándolo al fasti»dioso de la repeticion.» Mucho mejor se conoce á Ercilla por *La Araucana* que por *El Elogio.*

Pedro de Oña publicó el año de 1596 en Lima la primera parte del *Arauco domado.* Natural era de los Infantes de Engol, en Chile, y pertenecia al colegio mayor de San Felipe y San Márcos de la capital del Perú por entónces. Su padre Gregorio de Oña murió en las guerras chilenas, no estando ya D. Alonso de Ercilla en aquel territorio, pues al tiempo de la publicacion del *Arauco domado*, su autor no tenia más que cinco lustros. Mucho distaba de buen poeta, cuando no supo expresar mejor su idea y sentimiento sobre omitir las alabanzas de su padre que de este prosáico modo,

Y perderás por ser mi padre amado
Lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Ni tuvo inspiracion más feliz al significar el desinterés de su mismo padre, criado y muerto en guerras, con la siguiente vulgar frase,

Dejando á los que somos de tu casta
No más que el bien de serlo, y este basta.

De tiempo anterior tenia escrito y áun impreso el poema, dilatando el sacarlo al público hasta que D. García Hurtado de Mendoza dejara el vireinato, porque no engendrara alguna sospecha la publicacion de sus loores á presencia suya en dañados pechos. No obstante la licencia para la impresion aparece firmada el 11 de Enero de 1596 por el prócer panegirizado, y á su primogénito está dirigida la dedicatoria. Oña reveló de esta suerte el principal motivo que le puso la pluma en la mano:

Otra razon tambien me hizo fuerza,
Que, si faltaran todas, esta sobra,
Para poner las manos en la obra,
Por más que de mi estudio el paso tuerza;
Es con que más el ánimo se esfuerza
Y aquel perdido anhélito recobra,
Ver que tan buen autor apasionado
Os haya de propósito callado.
Pensó, callando así, dejar cerrada
De vuestra gloria y méritos la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasion descerrajada;
Sin vos quedó su historia deslustrada
Y en opinion quizá de no tan cierta;
Mas tal es su rencor que da por bueno
El daño propio á costa del ajeno.
¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Despues de la riquísima Araucana?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana
Por mucho que de música supiera,
Con mano que no fuese más que humana,
Si no le removiera el pecho tanto
El ver que sois la pausa de su canto?
Pues este ha sido casi todo el punto
De donde le tomé para cantaros,

Doliéndome que en cánticos tan raros
Faltase tan subido contrapunto;
Mas bien será que cese lo que apunto
Y que de vuestros hechos más que claros
Á resonar comience alguna parte,
Que para lo demás ninguno es parte.

Ya en el prólogo habia dicho Pedro de Oña. — «Y el di»vertirme del intento principal como es tratar las cosas de »Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salír dél »mucho despues en Lima sucedidas, cual es la rebelion de »Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte »Achines, cáusalo el ser mi blanco escrebir las hazañas del »marqués de Cañete, y cómo no ocupan éstas el menor lugar »entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, sopena «de huir el cuerpo á mi pretension.» Así de los diez y nueve cantos de la primera parte de su poema, doce dedicó á los sucesos de Arauco, y siete á los indicados lances.

En todos los que menciona relativos á la lucha contra los araucanos, la verdad le obliga á dar á D. Alonso de Ercilla un lugar eminente. Así escribe de este modo al hablar de la defensa del fuerte de Penco:

Envueltos de coraje en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Ahumada,
Y Don Alonso haciendo por la espada
Aún más de lo que dijo con la pluma.

Cuando á aquel fuerte arriban los socorros enviados por tierra desde Lima, D. García Hurtado de Mendoza hace muestra de su gente, y describiéndola Pedro de Oña, le ocurre la siguiente octava:

Al celebrado Zúñiga de Ercilla,
Eterna y dulce voz del araucano,

Por cuya fértil pluma y fértil mano
Castálido licuor Apolo estila;
Gozo de ver aquí, la mar tranquila,
Airoso, vistosísimo, galano,
Con plumas, martinetes, con airones,
Trencilla, banda, cintas y listones.

A Galvarino pinta Oña en la batalla junto al Biobío atropellándolo todo y casi venciendo la adversa fortuna, y de pronto se expresa con estas palabras textuales:

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de La Araucana,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el indio los talones,
Y dánle tan terribles encontrones,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas en el suelo
Y las curtidas plantas en el cielo.

Ni por casualidad brota un destello de poesia de la vulgar pluma de Pedro de Oña: su obra debió ser despreciada, pues jamás se publicó la segunda parte. Al frente puso su retrato, grabado en madera; y su edad se ve inscrita sobre la orla.

D. Diego de Santistéban Osorio dió á luz en Barcelona el año de 1598 la *Cuarta y Quinta parte de La Araucana*, dedicándoselas al conde de Lemos. Natural era de Leon, y áun de muy juveniles años. Desde luego mueve á simpatía del todo quien, despues de alabar en el prólogo á D. Alonso de Ercilla, se explica de esta suerte. — «Y si el haberme yo »atrevido con tan pocas partes de ingenio á proseguir y »llegar al fin lo que él dejó conmenzado fuere tenido á »demasiada osadía, suplico al que me leyere que no lo eche »á esta parte, ni entienda que por modo de competencia lo

»hice: que yo me conozco y sé á cuánto puede llegar el poco »caudal de un ingenio tan pobre como el mio; y ponga los »ojos en la voluntád que tengo de servir á todos con mis »trabajos, que, tomando esto en cuenta, podrá servir lo »uno de desculparme y lo otro de perdonar las faltas en que, »como mozo, puedo haber caido.» Lo propio dijo en verso al contar al autor de *La Araucana* entre los doscientos españoles que avanzaron contra los enemigos, ya regidos por nuevo jefe. En corrobacion se copian estas octavas, no despreciables:

De algunos que salieron hago suma,
Que hicieron su memoria celebrada;
Don Alonso de Ercilla, cuya pluma
Fué igual siempre á los hechos de su espada;
¿Qué envidia puede haber que la consuma,
Estando más que todas levantada,
Que su elegancia, rica y fértil vena
Da para decir de él materia llena?
Y si á algunos parece atrevimiento
Que su historia inmortal haya tomado,
Prosiguiendo adelante y con el cuento,
Que indeciso quedaba y destroncado;
Respondo que no fué mi pensamiento
Usurparle la fama que ha ganado,
Sino acabar el punto de su historia,
Siendo suyo el laurel, suya la gloria.
Esta fué la ocasion que me ha movido,
Y si alguno pensó que por mostrarme,
Que no lo entienda le suplico y pido,
Que es engañarse á sí y á mí agraviarme;
Nadie que fuere sábio y entendido
Piense de mí que pudo eso arrojarme;
Que yo sé bien mi poca suficiencia
Y por mis pocos años la experiencia.

En el primer encuentro presenta á D. Alonso de Ercilla, señalándose contra Hircato, Millauco y Millolco. Durante el asalto á la Imperial por los araucanos, le celebra dos veces; la primera á causa de una salida vigorosa; la segunda con motivo de forzarlos á la retirada, y de este modo:

Don Alonso de Ercilla, vuelto un Marte,
Los enemigos hierros desbarata,
Y arbolando por alto su estandarte,
Atropella, destroza, rompe y mata;
Y hecho un Santiago, con la cruz se parte
Adonde de la guerra más se trata,
Haciendo retirar los enemigos.
Que de su grande esfuerzo eran testigos.

Con razon sobrada pone Vargas Ponce á tal octava la »siguiente nota, llena de donaire. — «Esta conversion de »Marte en Santiago sería lo más grande y provechoso para sí »que hubiera podido ejecutar Ercilla. Convengamos que tan »disparatado es, hablando á lo gentil, hacerlo Marte, como »impía y sacrílega, hablando á lo cristiano, la segunda meta»mórfosis.» Luego Santistéban Osorio dedica no menos de quince octavas del canto IV de la quinta parte á la descripcion de la victoria alcanzada por D. Alonso de Ercilla sobre treinta puelches á la cabeza de veinte españoles. Todo el canto VII es referente al avance de Ercilla por la sierra de Andalican y á su encuentro sucesivo con Glaura y Guarponda. Característica es la siguiente octava.

Y dando un ay del afligido pecho,
Le dijo ¡oh Don Alonso, á Dios pluguiera
Que, cuando á Glaura viste en tanto estrecho,
En tan buena ocasion ella muriera!
Bien conocido estás por lo que has hecho,
Que ya tu fama corre muy ligera;
¡Dichoso el hombre y bienaventurado
Que en la lengua del vulgo es alabado!

En seguida le cuenta Glaura cómo vino tristemente á quedar viuda: su consuelo procura Ercilla y á un yanacona ordena que la acompañe hasta su campo. Tras de vencer y ahuyentar á cincuenta y dos andalicanos con veinte españoles, Ercilla se adelanta de su gente en la persecucion y halla de pronto á Guarponda, araucana de alto linaje, con la cual se muestra humano, segun genial costumbre.

Antes de que le refiera sus dolores, se divierte Santistéban Osorio en cantar la conquista de Oran por el cardenal Jimenez de Cisneros. En el canto X pone la historia de los amores de Guarponda con el español D. Juan de Zaragoza, y la vuelta de Ercilla con sus veinte jinetes á la hueste de los españoles.

Otra vez se distrae del asunto muy á la larga, dedicando á la conquista del Perú no ménos de cinco cantos, desde el descubrimiento hasta la ida de Pedro Gasca á sosegar la tierra, turbada por Gonzalo Pizarro y sus rebeldes secuaces. Por último describe en el canto XX la sangrienta batalla, ganada por los españoles, en términos de creer ya domados á los araucanos. De allí se copian estas dos octavas:

Don Alonso de Ercilla y Elicura
Estaban diestramente combatiendo
Con fuerza igual y con igual ventura,
Un golpe dando y otro recibiendo;
El araucano quiso hacer segura
La victoria y el gran cuchillo horrendo
Levanta en lo alto y carga en la celada,
Que le pudo valer ser bien templada.

Aqueste golpe le costó la vida,
Que Don Alonso un poco atormentado,
Estando ya la cólera encendida,
Sobre el indio el cuchillo ha derribado;
Hízole en el cerebro una herida,
Y al segundo, que vuelve más pesado,
Al valiente enemigo dió la muerte,
Que fué tan desdichado como fuerte.

A golpe de ojo, tan inferior aparece D. Diego de Santistéban Osorio en estro y gusto á D. Alonso de Ercilla como superior á Pedro de Oña. No tengo noticia de que se hayan impreso juntas más que una vez las cinco partes de *La Araucana*, cuya edicion es de Madrid del año de 1733 y en fólio.

Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid y conocido por sus varias obras en verso y prosa, especialmente su traduccion del *Pastor Fido*, tambien fué autor de los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, libro impreso en Madrid el año de 1613 y dedicado al Duque de Lerma. No es sino un conjunto de hiperbólicas lisonjas. Desde el prólogo le pone muy por encima de todos sus progenitores, como heróico en armas, ínclito en obras, insigne en valor, adornado de prudencia, lleno de veneracion, espejo de perfeccion en la juventud, oráculo de sentencias en la ancianidad, cuyas palabras fueron documentos, cuyas acciones fueron virtudes, decoro de su patria, admiracion de las ajenas y gloria del siglo que mereció verle, oirle y tratarle. Despues de extenderse á la larga con igual tono en el trascurso de su vida de setenta y cuatro años, no vacila en escribir las siguientes palabras.— «Único en la paz y en la guerra, dió felicísimo fin á las cosas »de mayor importancia, disponiendo las de aquella con nota»ble suavidad y las de esta con prudentísimo discurso. Faltó »en sus postreros dias capitan que se pudiese comparar con »él; tales fueron sus calidades, y tales su experiencia y »valor.»— Merecido correctivo puso Vargas Ponce á tan exa»geradas alabanzas en esta conceptuosa nota.—«Despues de »contar la violencia y cautelas con que desposeyó en La Sere»na y Santiago á los generales Francisco de Aguirre y Fran»cisco Villagran, ambos personas de cuenta y no vulgares »servicios, y esto sin ninguna forma de proceso, dice: *El »capitan de su guardia pidió por ellos y sirvió su favor de »que los fuese acompañando, con órden de que no volviese »á Chile. Dejo aparte algunas cabezas que hizo cortar en »aquel reino.* Tristes apartes son estos en un historiador que

»tenga entrañas de hombre; demuestran empero que un ge»neral de veintidos años no estaba maduro para mando tan »absoluto como le confió su padre, ni para tejer á sus accio»nes una Ciropedia.» Pronto habrá que aludir de nuevo á este panegirista exagerado.

D. Francisco Manuel compuso la *Carta de guia de casados* y los *Avisos para Palacio*, opúsculos bien traducidos á nuestra lengua. En el segundo, y bajo el epígrafe de *Galantería*, se lee entre otras cosas.— «No implica esta obligacion »de la dignidad mostrar semblante afable á sus vasallos, »cuando le hablaren, así para que le amen como para que no »los pertube la autorídad real. Tan austero fué en ella el »prudente Felipe II, que hablándole algunas veces D. Alonso »de Ercilla y Zúñiga, siendo muy discreto hidalgo, que »compuso el poema de *La Araucana*, se perdió siempre, sin »acertar con lo que le queria decir, hasta que, conociendo el »rey por la noticia que tenia de él que su turbacion nacia del »respeto con que ponia los ojos en la Majestad, le dijo un »dia: D. Alonso, habladme por escrito. Así lo ejecutó y el rey »le despachó y hizo merced.» — Cuanto se ha dicho y demostrado acerca de varon tan ilustre quita de raiz todo asomo de verosimilitud á especie semejante.

ILUSTRACION IV.

SOBRE LA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA ERCILLA Y PINEDA.

Como base de la ilustracion de este punto interesante se hace indispensable recordar aquellos sabidos versos de los cantos XXXVI y XXXVII de *La Araucana.*

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafío
Donde mostrase cada cual su brio.
Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la severidad del juez fué tanta
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.
....

Ni digo cómo al fin, por acidente
Del mozo capitan acelerado,
Fuí sacado á la plaza injustamente
Á ser públicamente degollado,
Ni la larga prision impertinente,
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte
De comportar más graves que la muerte.

Varias son las relaciones, que existen de tan grave suceso: por órden cronológico se citarán las tres principales. D. Manuel José Quintana fué el primero que dió á conocer algunos trozos de la *Historia manuscrita de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile desde 1536 hasta 1575 por el capitan Alonso Góngora Marmolejo.* En el capítulo 29 se encuentra este pasaje á la letra.—

«D. García, estando en este tiempo en la ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas, y en correr sortijas y otras maneras de regocijo, quiso un dia salir de máscara disfrazado á correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenia en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y más cerca de su persona D. Alonso de Ercilla, el que hizo *El Araucana*, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba. Un otro caballero llamado D. Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos: D. Alonso que le vido venir á entrar entre ellos revolvió hácia él echando mano á la espada: D. Juan hizo lo mismo. D. García, que vido aquella desenvoltura tomó una maza, que llevaba colgando de la silla, y arremetiendo el caballo hácia D. Alonso, como contra hombre que lo habia revuelto todo, le dió un grande golpe de maza en el hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron á la iglesia de nuestra Señora, y se metieron dentro: luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca: y para el efecto se trujo un repostero y una escalera para ponellas las cabezas en lo alto de la horca; y él se fué á su po-

sada y mandó cerrar las puertas, dejando comision á don Luis de Toledo que los castigase. Mas en aquella hora muchas damas, que en la ciudad habia, queriendo estorbar el castigo, ó que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa, y se lo pidieron por merced. Condescendiendo á su ruego, los mandó desterrar de todo el reino.»

En el libro, titulado *Hechos de D. García Hurtado de Mondoza, cuarto marqués de Cañete*, el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa cuenta el caso de este modo.—

«Con la entrada del verano se dispuso la partida de la Imperial. Súpose tres dias antes la coronacion del rey D. Felipe II por renunciacion del glorioso Cárlos, su padre, vencedor hasta de sí propio. Mandó D. García se solenizase este aviso con fiestas grandiosas. Hubo entre otros regocijos estafermo, á que salieron muchos armados. Sobre quién habia herido en mejor lugar, hubo diferencia entre D. Juan de Pineda y D. Alonso de Ercilla, pasando tan adelante que pusieron mano á las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de á pié, que, sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha para causar motin, y que ya los dos fingidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse de órden del general, que, para infundir terror entre los demas, los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficacísima para asegurar la milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha informacion y hallado que habia sido caso improviso el de los dos, se revocó la sentencia. El conveniente rigor, con que D. Alonso fué tratado, causó el silencio en que procuró sepultar las ínclitas hazañas de D. García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato á muchos favores, que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo; como si se pudieran

ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros. Tanto pudo la pasion que quedó casi como apócrifa en la opinion de las gentes la historia, que llegara á lo sumo de verdadera, escribiéndose como se debia. Fué en boca de todos inculpable, apacible y humano sumamente el sujeto de quien escribo; y así pensó en vano deslustrar sus resplandores quien de propósito calló sus alabanzas. Dícese asimismo se hallaba indignado D. Alonso con Ortigosa, secretario del general, porque le parecia anteponia flojamente su persona en las ocasiones. Notóle por eso de insuficiente para el cargo que ejercia, llegando esta murmuracion hasta los oidos del mismo secretario, que, con entenderlo todo, nunca le hizo mal oficio. Parecia al quejoso era injusta la continua comunicacion (á quien él llamaba privanza), que tenia este criado con su señor en razon de papeles, y pretendió fenecerla con menoscabar su calidad. Era Francisco de Ortigosa hidalgo de solar conocido, criado antiguo de la casa de Cañete, virtuoso, sin interés, verdadero y de bastante suficiencia; así daban todos nombre de malignidad á cualquier nota que se le quisiese poner. Erraba pues Ercilla no advirtiendo que, cuando el superior hace ministro principal á alguno de sus familiares, sin ignorar quién sea, aunque fuese de baja condicion y de poca suficiencia, conviene no poner la mira en la persona, sino en la autoridad que tiene cerca del príncipe y honrarle en su virtud. Porque el que se burla de lo que es débil en él, pone sobre sí todo lo que la fortuna le dió de gallardo; así es mejor granjearle por amigo que consumirse en juzgar si merece ó no el grado en que se halla.»

Crónica moralizada de la Orden de San Agustin en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta Monarquía, se titula una obra de fray Antonio de la Calancha, con varias aprobaciones de fecha del año de 1633 en Lima, é impresa en de 1638 en Barcelona. Este religioso era natural de la ciudad de La Plata: su mismo hábito vistieron el sevillano D. Juan

de Pineda y el vizcaino D. Diego de Arana, muy camarada suyo: y al escribir sus vidas, naturalmente hubo de hacer larga mencion del lance, de cuyo esclarecimiento se trata ahora. Allí esta la relacion de esta suerte.—

«Se ordenaron unas cañas, jugándolas los caballeros que ya dije, y en ellas se trabaron D. Juan de Pineda y D. Alonso de Arcila, compitiendo de mayoría y presumiendo D. Juan de Pineda de más nobleza; entraron de por medio pacificadores; sosegóse la pendencia, aunque no quedaron amigos los corazones. Otro dia fué el gobernador á la iglesia, acompañado de toda la caballería y soldadesca; y como los ánimos destos dos estaban alterados, sobre hacerse cortesía en materia de asientos (que siempre hay poco en condiciones altivas) se adelantó en palabras D. Juan de Pineda, y queriendo sustentarlas con la espada, se alborotó de manera la nobleza y la milicia que, apoyando sus amigos á Pineda, y sus envidiosos y comensales á D. Alonso de Arcila, se acometian unos á otros, como pudieran infieles á católicos. La voz de la justicia no apagaba el fuego, la presencia del gobernador no negoció respeto, ni los eclasiásticos, ponderando la presencia del Santísimo Sacramento, mitigaban la pendencia. D. Juan de Pineda, como si la iglesia fuese campaña y los que hacian lado á D. Alonso fuesen indios araucanos, aumentaba el furor y pretendia las muertes; temióse mayor mal que cuchilladas, porque principios menores fueron en este reino alborotos comunes; hubo heridos y muchos agraviados. Prendieron á D. Juan de Pineda y á D. Alonso de Arcila, y dándoles por horas los términos legales, los sentenció el gobernador y su consejo á cortar la cabeza. No valieron ruegos ni se admitieron favores, borrando aquel desacato tan valerosos hechos en la guerra y tan excelentes méritos en la conquista..... Amaneció y resolvió el gobernador que les cortasen las cabezas; convocóse todo el ejército á pedir que no los justiciasen, siendo las palabras de ruego y el sonsonete de ellas de amenaza. Supo D. García Hurtado que habria repentino motin si llegaba la sentencia á ejecucion, por ser

ambos caballeros amados por valientes y bien quistos por liberales. Trocó la sentencia de muerte en destiero del reino, y sacóles de la cárcel para un navío..... Viendo D. Diego de Arana que su amigo D. Juan de Pineda se vido por un desacato sentenciado á muerte, que se ejecutara aquel dia á no inquietarse el campo real, y que por gran favor, ruegos del ejército y milagro de San Agustin, se habia conmutado la pena en destierro, conoció los vuelcos de la fortuna, los engaños de la vanidad y los seguros de la virtud..... D. Alonso de Arcila se fué á España, donde imprimió su *Araucana*, y no pudo el enojo negarle en su libro la justicia; alabó á don Juan mucho, aunque habló dél muy poco.»

Sabiéndose que el último dia de Febrero de 1558 pasó Ercilla á la isla de Chiloe; constando que D. García Hurtado de Mendoza fundó el 27 de Marzo la ciudad de Osorno, y que pasó en Valdivia la Pascua de Flores, no pudieron ser las justas de la Imperial sino en el mes de Abril ó quizá en el de Mayo. Desde luego salta á los ojos como simplemente absurdo que se celebraran para solemnizar la cesion que hizo Carlos V en su hijo Felipe II de la corona de España; acto consumado en 1556 á 16 de Enero y de importancia suma, para que no llegase á noticia de un hijo del virey del Perú hasta despues de transcurridos más de dos años. Por el istmo de Panamá iban las noticias de Europa, y mucho más conforme á la verdad parece que las de la batalla y victoria de San Quintin regocijaran á los de Chile, con el doble motivo de recordarles su simultánea gloria en el fuerte de Penco. Desde el 10 de Agosto de 1557 hasta Abril ó Mayo del siguiente año sí se concibe que tardara en llegar la fausta nueva á paises tan remotos.

Aunque varian las versiones, todas están contestes en presentar como agresor á D. Juan de Pineda: por la de Suarez de Figueroa se infiere que á la precipitacion del caudillo pudo muy bien contribuir la influencia de Ortigosa, su secretario: por la de Góngora Marmolejo y la del Padre Calancha resulta demostrada la veracidad de Ercilla al

afirmar lo extremadísimo del trance, así como tambien que la sentencia no se llevó á cabo por interponerse con voces de ruego y en ademan de motin la tropa. Si efectivamente se cerró el jefe dentro de su casa, para no dar oidos á recomendaciones, y si fueron escaladas sus ventanas, operacion más propia semeja de soldados tumultuados que de señoras suplicantes. No estaba en el carácter de nuestro D. Alonso lo de sufrir dos golpes de maza de ningun hombre, ni tampoco es presumible que á tamaño desman se propasara D. García Hurtado de Mendoza. Solo el Padre Calancha menciona la reproduccion de la riña, con la circunstancia agravante de ocurrir en el templo: de ser positiva, no la desaprovechara Suarez de Figueroa para justificar á su héroe de la nota de precipitado, y dar color de celo religioso á su conducta.

Unos cuantos versos de la descripcion de la batalla de Millarapué bastarian á patentizar el espíritu de justicia del célebre autor de *La Araucana*, sin que sobre su ánimo pesaran desagradables memorias. Sus palabras son estas con alusion á lo más récio de la jornada terrible.—

«Don García de Mendoza no paraba,
Antes, como animoso y diligente,
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitan prudente
Con igual diciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillan y Don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, Don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida:
El factor Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si Don Felipe, Don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y Don Juan de Pineda en compañía,
Con valeroso esfuerzo combatiendo,
No fueran los contrarios reprimiendo.»

Áun cuando la sentencia aparece conmutada en destierro inmediato, ni Ercilla ni Pineda salieron de Chile hasta el año siguiente, cuando ya se creia á los araucanos bajo el yugo de los españoles, pues consta que Pineda tomó el hábito de San Agustin el 27 de Marzo de 1759 en Lima, á muy pocos dias de su llegada. En América se encontraba este esclarecido hijo de Sevilla desde los tiempos de Francisco Pizarro, y á Valdivia y á Villagran tuvo por jefe. Por el año de 1606 murió como ejemplar religioso, y ya muy anciano.

ILUSTRACION V.

EXTRACTO DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS Á LA COMISION LLEVADA POR ERCILLA Á ZARAGOZA.

Al márgen del final párrafo de la vida del autor de *La Araucana* por Vargas Ponce se lee lo siguiente de su puño. «Puesta ya en limpio esta vida hemos adquirido noticia segura de que las hay concernientes á Ercilla en el Real archivo de Simancas: esperamos obtenerlas y se intercalarán oportunamente.» Como es notorio que Vargas Ponce jamás cita á bulto, y como tambien consta á cuantos se dedican á cultivar la historia el inteligente y eficaz y fecundo celo del Señor D. Manuel García Gonzalez, jefe de aquel archivo, ya hace muchos años, á la menor insinuacion de uno de los individuos de la Academia Española, competentemente autorizado, se apresuró á remitir copia de los documentos que tan provechosos han sido para la relacion exacta de un punto importante é ignorado hasta ahora; y siendo de interés sumo varios pormenores omitidos antes ó solo apuntados, se pone aquí una reseña de todos, no sin copiar algunos pasajes.

Ante todo existe una carta escrita por el duque de Brunsvich desde Barcelona el 14 de Octubre de 1578 en castellano muy

chapurrado. Allí dice á Felipe II que por mandato de su madre y señora la duquesa de Lorena viene juntamente con su esposa á besarle las manos; que habiéndose embarcado en Génova acababa de llegar á Barcelona en salvamento, é ignorando donde se podria holgar de ver al soberano, con toda humildad le suplicaba que expresara su buena voluntad sobre el asunto y le mandara aposentar conforme á la confianza que tenia de su Real persona; y concluia por decir que la duquesa besaba las manos á S. M. mil veces, y que por sí deseaba que nuestro Señor guardara, mantuviera y aumentara su persona y reinos.

Felipe II escribió de resultas al conde de Sástago las dos siguientes cartas, una con fecha del 23 y otra del 26 de Octubre.

«Egregio conde pariente, nuestro lugarteniente y capitan general: Por carta del Prior D. Hernando de Toledo, mi visorey de Cataluria, y del duque Erico de Bransuich, he sabido cómo era llegado á Barcelona y en su compañía madama Dorotea, su mujer, hija de la duquesa de Lorena, mi prima, con fin de venir á esta corte; y porque, teniendo yo la intencion que sabeis de ir á ese reino lo más presto que se pudiere, me ha parecido que los dichos duque y duquesa me debrian esperar en esa ciudad, se lo envio á decir con un caballero, que los va á visitar de mi parte, y creo holgarán dello, pues les viene tan á cuenta: y sobre este presupuesto sería necesario que les hagais prevenir de una buena casa, donde puedan ser aposentados conforme á la calidad de sus personas y á la cuenta y estima en que yo los tengo, que es la que podeis considerar, y que, demás desto, envieis un comisario á la raya de Cataluria que los venga hospedando y haciendo proveer de los mantenimientos y cosas necesarias hasta llegar á esa ciudad, donde terneis cuidado de les hacer el acogimiento y tratamiento que es razon; que hasta allí el Prior D. Hernando proveerá lo que conviene, como yo se lo escribo y envio á mandar con este correo, y que os avise del dia en que hubieren de partir de

Barcelona, para que por vuestra parte se haga lo que aquí os ordeno; y si acaso se hubiesen dado tanta prisa que estuviesen ya en camino, y por ventura llegasen á esa ciudad antes que el dicho caballero, conviene que los entretengais como de vuestro por el buen modo que lo sabreis hacer, como será decirles que deben esperar ahí la visita y el recaudo que los envio. Y como demas desto queremos que ni paguen derechos de lo que traen, ni que se les dé cerca desto ningun género de desabrimiento, será necesario que, comunicándolo con el vicecanciller, á quien escribo sobre ello la carta que irá con esta, se dé la traza y órden que convenga para que así se haga; y avisaréisme de lo que en todo hubiere, porque holgaré de entenderlo.»

«Egregio conde pariente, nuestro lugarteniente y capitan general: D. Alonso de Ercila, gentil-hombre de nuestra casa, que esta lleva, es el caballero que os escribí habia de enviar á visitar al duque y duquesa de Bransuich. Si no hubieren llegado á esa ciudad, advertiréisle de lo que os pareciere que debe llevar entendido, y señaladamente de la casa donde han de parar, para que él se lo pueda decir; porque, como os escribí y lo dirá D. Alonso, se han de detener ahí algunos dias; y holgaré yo mucho que sean en todo tan acariciados y bien tratados como es razon.»

Fechadas en Madrid están las dos cartas, como las dos siguientes de 26 de Octubre y de que fué portador Ercilla, una del rey para el duque y otra de la reina para la duquesa.—

«Illmo. duque, nuestro muy caro y muy amado primo: He holgado tanto de entender por vuestra carta de 14 del presente que vos y la duquesa mi sobrina hubiésedes llegado á Barcelona con salud, que, no me contentando de significároslo por carta, envio con esta á D. Alonso de Ercilla, gentilhombre de mi casa, para que os lo represente y visite de mi parte y de la reina. Ruégoos mucho le deis entera fee y creencia en todo lo que dijere, y nos envieis con él las buenas nuevas que deseamos tener de vuestra salud y camino, que

plegue á Dios sea todo muy próspero, y que os tenga, Illmo. duque, nuestro muy caro y muy amado primo, en su continua proteccion.»

«Illma. duquesa, mi muy cara y muy amada prima: Habiendo entendido la llegada del duque y vuestra con salud á Barcelona, y enviando el rey mi señor á D. Alonso de Arcila, gentil-hombre de su casa, para daros á entender lo mucho que S. M. é yo hemos holgado dello, le he mandado que os visite de mi parte y diga lo que dél entendereis. Ruégoos mucho le creais en lo que os dijere, y me aviseis con él cómo os habeis hallado despues que os desembarcastes y de lo que más ocurriere de vuestro contentamiento, por que lo recibiré yo de entender que lo tengais en todo, y que os lo dé nuestro Señor y os tenga, Illma. Duquesa, mi muy cara y muy amada prima, en su continua guarda.»

PASAJES DE CARTAS DEL CONDE DE SÁSTAGO AL REY Y AL SECRETARIO ZAYAS.

Al rey, de 6 de Noviembre.—«S. C. R. M.: Con D. Alonso de Ercilla recibí la de V. M. y á tiempo que, por haber el duque de Bransuich sentídose indispuesto, como lo salió de Bujaraloz, se habia quedado en Fuentes..... Siguiendo el órden què V. M. le daba, quiso pasar allá y ver antes la casa que para aposento de los duques estaba prevenida..... le dije que tenia aparejada la mia..... Vió el aposento D. Alonso, y satisfecho dél pasó á Fuentes, al cual no tuve que advertir, porque él es tan entendido y tiene tan buen modo que quedé yo muy confiado traeria al duque á lo que V. M. le mandaba proponer, como lo hizo; y no solo lo trajo á que se detuviese, pero le quitó la mohina con que le halló; y por haber deliberado el duque de no venir á mi casa, por haberse de detener y así quererla por sí y á solas, se vino D. Alonso á persuadírmelo y que yo viniese en ello..... Como yo no pretendo ni atiendo á otro que servir á V. M. en todo lo que hago,

sin llevar cuenta con las niñerias desta tierra, le dije fuese de la manera que el duque quisiese y le diese gusto, y así en poco rato se le paró casa de todas las cosas necesarias, y una de las mejores deste lugar, que la escogió D. Alonso...... (Tras de referir que envió coches al duque y que el dia anterior se le hizo buen recibimiento en Zaragoza, se expresa de esta suerte)..... Quedó muy contento, y asegurándole yo mucho de la venida de V. M. porque me lo preguntó muchas veces. Hoy he vuelto á visitarle y le he hallado mohino, por haberle dicho ciertos mercaderes italianos que tenian carta desa corte, en que decian no habia ruido de la venida de V. M.; procuré de deshacerlo, y él lo siente de manera que fué bien necesario que D. Alonso de Ercilla (con quien se quedó, habiéndole yo dejado) pusiese su industria y buen modo para sosegarle; y así habremos de andar con él desta manera.....»

A Zayas, de 8 de Noviembre.—Con referencia al envio del capitan de su guarda á Fuentes, para enterarse de la salud del duque, se expresa en la siguiente forma.—«Este mismo dia á la tarde llegó D. Alonso de Ercilla, de cuya llegada y trato yo he rescibido mucho contento, porque es muy discreto y tiene muy buen modo en lo que trata; trájele á mi casa..... Se fué á Fuentes, y dicho al duque cómo yo le aguardaba en mi casa y cómo la tenia aparejada, dice que le halló embarazado de lo que habia prometido al prior D. Hernando de venir á la del Justicia, que ha puesto en esto la negociacion que acostumbra en todas las cosas de aire, y que el duque habia de apearse en su casa, pues se lo habia prometido, y despues pasar á la mia. Yo no he llevado cuenta con ello, sino con hacer lo que tenia obligacion, sin otra negociacion más de lo que me obligaba lo que S. M. me tenia mandado, como lo tengo escrito, pues la autoridad de mi oficio, y hacer lo que S. M. mandaba, bastaba para que nadie se atravesase en ello; y no ha sido solo en esto en lo que lo ha hecho, que es gran cansancio haber de sufrir tanta ignorancia. Pero, atendiendo á la sustancia de las cosas y á que en

este particular no hubiese cosa que pudiese dar disgusto al duque, habiendo acordado ó por esto ó por estar con más libertad, habiéndose de tratar de venir á casa de aposento, en que estuviese solo: y vuelto aquí D. Alonso á persuadirme lo tuviese yo por bien, sin dar otra muestra vine en que se hiciese lo que al duque diese gusto.... Trae el duque veinte y cuatro arcabuceros de guarda de á pié; hízolos poner y recoger dentro de la mia, delante y detrás del coche, y la mia por los lados, y así llegamos á la posada..... Ayer fui á visitarlos con muchos caballeros, y hallé al duque mohino, que le habian dicho se diferia la venida de S. M.; hice lo que pude por sosegalle, y D. Alonso de Ercilla se quedó con él para el mismo efecto. Sospecho ha de porfiar en su pasaje ó volverse, porque así lo ha señalado..... La guarda que el duque trae parece á algunos que no la habria de llevar por el lugar; y á mí me parece lo que á S. M. pareciere, que creo que va poco en que la lleve; pero dígolo por si otros lo dijeren que hacen oficio de inquisidores y censores de todo.....»

A Zayas, de 12 de Noviembre.—«Ilustre Señor: Por no perder la ocasion deste correo y dar nueva á v. m. del duque de Bransuich hago estos renglones. Andase con él lidiando y D. Alonso trabajando de persuadirle la venida de S. M.; yo hice hacer lo que pude en ello. Amostróme una carta del Sr. D. Juan, en que trataba de sus servicios. Sospira por ver á S. M. y dice que le quiere ver antes que se muera, y que á eso viene: está aún en la cama, y buscando dinero para vivir, que no tiene sino el de las cédulas; cierto que me hace lástima. Aquí da en rostro la guarda que trae y entrar en las iglesias con los arcabuces y mechas encendidas, y estar así de ordinario á la puerta de su aposento; y pues el Sr. D. Alonso lo escribirá más en particular, él que trata ya de irse, no me alargaré yo.....»

Al Rey, de 13 de Diciembre.—«S. C. R. M: Con D. Alonso de Ercilla recibí la de V. M. de 24 del pasado; la condesa y yo besamos sus Reales manos por la merced que por ella V. M. nos hace en decir ha quedado servido de lo que aquí

hemos hecho con los duques de Bransuich; que, aunque no ha sido lo que quisiéramos, hemos hecho lo que hemos podido, llevándoles su condicion y regalándolos, aunque hasta que ahora ha venido D. Alonso no ha gustado el duque sino de estar retirado. Estos dias lo hemos regocijado que ha dado lugar á ello. Va muy contento, aunque ha tenido bien que hacer D. Alonso en darle á entender algunas cosas, que á quien no huviera tan buen modo como él le embarazaran; pero él lo ha allanado todo. Háseles proveido comisario que les acompañe hasta la raya, y la condesa y yo lo haremos hasta un rato fuera del lugar; y por los lugares donde parasen está proveido se les haga buen recogimiento, para que de todo entiendan lo que V. M. ha deseado que se les regalase; lo cual han entendido muy en particular; y la duquesa vale tanto que nos deja á todos muy aficionados y con soledad de su buen trato.....»

A Zayas, de 13 de Diciembre.—«Ilustre Señor: No he escrito á v. m. estos dias por hacerlo D. Alonso de Ercilla, y aguardar en lo que pararia la ida de los duques de Bransuich que ahora, que tenian el sí de S. M. para poderlo hacer, no han puesto mucha diligencia en ello, y han andado con D. Alonso en cosas que realmente era menester mucho seso para llevarlas y que ha habido menester D. Alonso todo el que tiene, porque el duque tiene una condicion extraña; y así ha habido que hacer en darle á entender lo de la guarda, y no queria salir sin el pasaporte. Eso y otras cosas ha allanado D. Alonso, y estándolo, mostró quererse holgar y ver danzar; y así yo le convidé á una farsa, en que hubo algunas damas de las muy de casa, porque entendí no gustaban de mucha gente, y así danzaron y cenaron aquí toda la noche. Y porque por esto vea v. m. lo que habria pasado en otras cosas, fuí aquel dia por el duque para acompañarle á venir á mi casa para lo dicho, y no se me dejó ver, diciendo que dormia, siendo entre tres y cuatro; y asi me hube de volver sin él con la duquesa; y queriendo comenzar ya la farsa de noche, se vino solo y pasamos la noche con

mucho regocijo, del cual me cupo tanta parte que hube de salir á bailar el candelero, por sacarme la duquesa; que quien esto ha hecho, no habrá dejado cosa por hacer. Otro dia hicieron una sortija delante la posada del duque, y nos tuvo él cena y sarao: cargó tanta gente que la duquesa se enfadó de ver que no daban lugar al servicio, de manera que se levantó de la mesa para hacer lugar; y la gente de aquí es harto descomedida, y porque no lo fuese con la duquesa, hube de hacer lo mismo y rogarle se asentase que yo haria avaciar la gente, pues les enfadaba, y asi lo hice. Fué la cena muy buena, y despues della se continuó el danzar hasta las cuatro. Háseles proveido de comisario para el camino, y con órden procure de que los regalen por los lugares donde parasen. Yo les he dado mi carroza y mulas, que el Sr. D. Alonso me ha dicho se serviria S. M. de ello, y hecho todo lo demas que he podido, como lo he de hacer en todo lo demas que S. M. mandare, que, si el poder fuera á medida del deseo, nadie me llevaria ventaja.....»

Poco hay que citar de la instruccion del rey á D. Alonso de Ercilla, de 26 de Octubre, ni de las cartas escritas por éste sobre su comision al secretario Gabriel de Zayas desde Zaragoza el 2, el 7 y el 12 de Noviembre, y el 6 y el 8 de Diciembre, y respectivamente el 21, el 25 y el 27 del mismo desde Tortuera, Torija y Alcalá de Henares, pues sobre su texto está calcado cuanto se dice con relacion á tal punto. De este modo empezó Ercilla á dar cuenta al Secretario Gabriel de Zayas del principio de su segundo viaje.—«Luego que llegué á esta ciudad de Zaragoza, que fué ayer á 25 de Noviembre por la mañana»..... Dos dias despues le empezaba á escribir en la siguiente forma.—«Ya escribi á v. m. con un correo portugués que á los seis deste partió de aquí con mucha prisa»..... En la carpeta de la segunda carta puso Zayas de su puño.—«Respondida el XI de Diciembre: la data de la pasada debió ser de 6 de este.»—Por bajo dice de letra del rey D. Felipe.—«No hay duda sino así debe ser; y espantábame yo cómo pudiese llegar á 25 del pasado; pues creo que aun en-

tonces no debia ser partido de ahí».—Desde Tortuera escribió Ercilla á Zayas con fecha de 22 de Diciembre; y así empieza su carta.—«El pliego que v. m. me envió, hecho el sábado á los trece deste le recibí en el Muel, cuatro leguas de Zaragoza, á los diez y siete miércoles en la noche, habiendo aquel dia partido de la ciudad; y en el principio de la carta de v. m. veo el yerro en la fecha de la postrera mia, pues por poner á seis puse á veinte y seis; y no sé mejor disculpa que poder dar del descuido que tener un portugués á mis oidos, cuando la escribia, renegando de Castilla y Aragon, porque le hacian aguardar por ella, jurando de no pasar por Madrid, aunque rodease treinta leguas, y á esto añadia cosas que me maravillo cómo no puse á ochenta y seis del mes.»

Sobre la comision importante, su última carta dice así á la letra—«Anoche, segundo dia de Pascua, entramos en esta villa de Alcalá, donde fueron los duques muy bien hospedados de Bartolomé de Santoyo y su mujer. Recibí á las diez de la noche el pliego que v. m. me envió; y lo que hay que avisar es que los duques llegaron buenos y contentos, aunque no de Guadalajara: deternánse en este lugar el tiempo que fuere menester, para que su posada se concierte y se provea lo que falta. Y cierto que no ha sido poca parte para aquietarlos el haberles yo dicho que el marqués de Ayamonte no es ido á Flandes, ni dejará el cargo que tiene; porque era de manera su prisa que habian determinado, no dándome parte dello, sino comunicándolo con Bartolomé de Santoyo, que la duquesa fuese al Escorial á verse con S. M., pensando que es tan tratable y fácil que, en llegando, sería todo negociado; y el hacer esto y otras cosas me parece que viene, aunque no lo afirmo, de tener un consejero al lado que, no pensando que yerra, anda siempre muy á su gusto, y así tengo despues mucho que hacer en sacarlos de sus propósitos, que algunos son tales como ir la duquesa sola á la ligera al Escorial. Al fin se han resuelto en enviar á Andrea de Oria, que es el que viene con ellos, á besar las manos á S. M., haciéndole saber como han llegado hasta aquí,

donde se detendrán lo que S. M. mandare. Yo quisiera llegar hoy á Madrid á ver á Doña María y volverme luego; pero los duques me han rogado que no los deje solos; que, aunque contravengo algunas veces á su voluntad, es con tanta suavidad y procuro por otra parte servirlos y entretenerlos de manera que se huelgan conmigo: iré mañana, porque les he dicho que quiero ver el aposento que les tienen hecho; y podré informar particularmente de lo que allá conviene, aunque despues enviarán un criado á verlo repartido á su modo. Nuestro Señor la muy ilustre persona de v. m. guarde, &c. En Alcalá á 27 de Diciembre de 1578.=B. L. M. A v. m.=Su mayor servidor.=D. Alonso de Ercilla.»

Todos estos documentos se hallan en el Archivo genera de Simancas y dentro del legajo número 335 de Estado.

ILUSTRACION VI.

APROBACIONES DADAS POR ERCILLA Á DIVERSAS OBRAS.

«Yo he visto este libro de las obras de Garcilaso de la Vega con las anotaciones de Hernando de Herrera, que por los señores del Consejo me ha sido cometido, para que le vea; y no siendo necesario que yo apruebe lo que Garcilaso escribió, pues de todos es tan recebido y aprobado, digo que lo que Hernando de Herrera nota y añade, muestra haberle costado mucho estudio y trabajo, y es obra provechosa, así por las curiosidades que tiene y cosas que toca como por el buen lenguaje y término con que las declara; y así me parece que merece gracias y la licencia que pide.»—No tiene fecha: la impresion es de 1580.

«Yo he visto este libro de sonetos y canciones en buen lenguaje y verso justo: tócanse en ellas cosas y fábulas de mucho gusto para los aficionados á la poesía, en las cuales muestra Hernando de Herrera su buen ingenio y gentil espíritu; y no hallo en ellas cosas por donde no se puedan imprimir.»—No tiene fecha: la impresion es de 1582.

«Yo he visto este libro que por los señores del Consejo me fué remitido, y me parece que se debe imprimir, porque en él no hallo cosa que lo impida, y tiene muchas buenas

que provocan á seguir la virtud, adornadas de sentencias de filósofos y graves hombres, por lo cual entiendo que será provechoso para todo género de gente.»—No tiene fecha: la impresion es de 1582 y la obra se titula: «Diálogos de la fantástica filosofía, de los tres en un compuesto, y de las letras y armas y del honor, donde se contienen varios y apacibles subjectos.» Su autor es D. Francisco Miranda Villafañe, chantre de la catedral de Plasencia.

«Yo he visto este libro que Lopez Maldonado compuso, que por los señores del Consejo me fué remitido, el cual es de canciones amorosas, llenas de muchos y muy buenos conceptos, declarados por gentil estilo y lenguaje en todo género de verso, sin haber en él cosa lasciva ni mal sonante, y sí muchas que á los buenos ingenios les darán gusto y recreacion. Por lo cual me parece que se puede muy bien imprimir y que merece el autor por su trabajo la merced que pide.»—No tiene fecha: la impresion es de 1586.

«Yo he visto este libro, llamado *El Caballero Asisio*, que los señores del Consejo mandaron que viese, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; antes es obra buena y provechosa, y demas de ir muy arrimada á la historia y el celo devoto, que el autor muestra en ella, el verso es justo y limado, y contiene muchas sentencias y pasos de buen ingenio: por lo cual me parece que se puede bien imprimir. Fecha á 13 de Julio de de 1586.»—La impresion es del siguiente año.

«En este libro, que los señores del Consejo me mandaron que viese, no hallo cosa mal sonante; tiene buenos y agudos conceptos, declarados por gentil término y lenguaje, y los versos líricos son los mejores que yo he visto; por lo cual y por el trabajo é ingenio del autor merece que se le haga la merced que pide. Fecha á 7 de Enero de 1587 años.»—Se refiere á las *Rimas* de Vicente Espinel: su impresion fué en 1591.

«Yo he visto este libro, del cual es el verso muy bueno; tiene cosas de ingenio, puestas por buen estilo, sin haber alguna mal sonante, y muchos gustarán de leerle; por lo cual me parece que se puede bien imprimir. Fecha en Madrid 27 de Julio de 1587.»—Al año siguiente salió á luz esta obra, titulada *Florando de Castilla*, por el licenciado Jerónimo de Huerta.

«En este libro no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres: va todo él muy arrimado á la historia, segun la escribió Antonio de Nebrija; el verso es bueno y contiene buenos conceptos y cosas agudas y de ingenio grande. Y así me parece que se puede imprimir, y que Duarte Diaz, autor, merece bien la merced que pide, pues siendo portugués se ha podido vencer á sí mismo, poniendo su cuidado y trabajo en alabanza de los castellanos. A 17 de Noviembre de 1589.»—Del mismo año es la impresion de esta obra titulada *La conquista de Granada*.

«Yo he visto este libro de Duarte Diaz de sonetos y canciones y otras cosas de pasatiempo en lengua portuguesa y castellana y diferente género de verso; habrá muchos que gusten de leerlas; no tiene cosa deshonesta ni mal sonante por la cual se pueda dejar de imprimir.»—No puso fecha: la impresion es de 1592.

«Yo he visto este libro de *Arte poética española*, cuyo autor muestra haberle costado mucho estudio y trabajo llevar al cabo esta materia, por ser dificultosa y no bien entendida de muchos; va en buen estilo y lenguaje, y será muy provechosa para los inclinados al ejercicio de la poesía; y así será razon que ande impreso.»—No tiene fecha: del año de 1592 es la primera edicion de esta conocida obra de Rengifo.

«Yo he visto este libro, que por los señores del Consejo me ha sido cometido; y demas de ser historia española y que contiene una de las más insignes vitorias que los cristianos

contra infieles han tenido, toca el autor con gentil espíritu historias y poesías, que gustarán muchos de leerlas, que le habrá costado estudio y largo trabajo; por lo cual merece se le dé la licencia que pide.»—No tiene fecha: del año 1594 es la impresion de este poema, titulado *Las Navas de Tolosa*, por Cristóbal de Mesa.

Casi al mismo tiempo corresponden la fijacion de la residencia de Ercilla en Madrid y las leyes restrictivas de la imprenta española, con las cuales originó Felipe II la deplorable decadencia de nuestra literatura. Ni áun se atenuó su índole opresora con la creacion de un tribunal privativo, donde el ingenio juzgara al ingenio, la erudicion á la erudicion y la ciencia á la ciencia. Radicada quedó la jurisdicion sobre el entendimiento de los españoles en el Consejo de Castilla, respetable por muchos conceptos, mas no apto para fallar por sí acerca de materias varias, sin conexion alguna con los estudios de sus individuos. Así tuvo aquel Tribunal Supremo que delegar sus facultades censorias á tenor de su eleccion libre y acertada al principio sin duda alguna, guiándose por la nombradía de los sujetos en los diversos ramos de la sabiduría humana; pero muy luego reducida á frailes de las multiplicadas órdenes religiosas y á calificadores inquisitoriales, bajo cuya funesta influencia se achicó sobremanera el ingenio español y corrompióse el gusto del todo.

Por consecuencia del crédito sumo que se granjeó Ercilla con *La Araucana* y del realce que le daban su posicion y su conducta, le vino á tocar no escasa parte de aquella carga concejil de nuestros literatos. Muchas debieron ser sus aprobaciones de libros: no hay manera hábil de calcular el número de las desaprobaciones, para inquirir lo mucho que le ocupó un trabajo tan ocasionado á disgustos. Sólo se han puesto aquí diez aprobaciones: ellas bastan para avalorar su conceptuoso laconismo y su habitual cortesanía sin mengua del buen gusto, y diferenciarlas de las posteriores de otras personas ridículamente encopetadas, que tomaban pié de las

obras sometidas á su censura para hacer gala de erudicion de poliantea con redundantes giros y estilo campanudo, y pasear su nombre en público sobre ancas ajenas, segun expresion feliz de Vargas Ponce.

Una breve reseña de las obras aprobadas por D. Alonso de Ercilla dará la medida cabal de su crítica sana en términos corteses. No hay para qué hablar de las poesías de Garcilaso y de Herrera, tan conocidas de todos, á cuyos autores calificó perfectamente, no creyendo su aprobacion necesaria para lo escrito por el primero, y celebrando el buen ingenio y feliz espíritu del segundo.

Para todo género de gente consideró provechoso el libro de D. Francisco Miranda Villafañe, chantre de la catedral de Plasencia, y anduvo por demas acertado. Trece son sus diálogos: de filosofía fantástica solamente son los diez primeros, sostenidos entre un hombre llamado Bernaldo y su alma, quejosa de haber estado en ocio lo más de la vida, por dedicarse á oficios mecánicos su dueño, y habituándole en la vejez á discurrir sobre diversos puntos de importancia. Otro diálogo es entre las Armas y las Letras, y acerca de su primacía en el mundo, de modo de quedar la cuestion indecisa. Relativos al honor son los dos diálogos postreros, y Dionisio y Timoteo figuran como interlocutores. Todos los diálogos tienen muchas cosas buenas, adornadas de sentencias de filósofos y graves hombres, y que provocan á seguir la virtud sin duda. Quizá llegue dia en que la crítica logre determinar los elementos literarios con que el gran Cervantes dió la vida inmortal de su genio sublime á *D. Quijote de la Mancha;* y de juro entre los tales elementos será contado el recomendabilísimo libro de Miranda Villafañe.

Entre bastantes versos que preceden al *Cancionero* de Lopez Maldonado se hallan una cancion de Lope de Vega, unos sonetos de Vicente Espinel y un soneto y unas coplas de Miguel de Cervantes, quien dijo además sobre el mismo asunto en el escrutinio de la biblioteca de D. Quijote por boca del Cura.—«El autor de este libro es grande amigo

mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta que encanta. Algo largo fué en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho; quédese con los escogidos.» Con razon anduvo Ercilla más parco en las alabanzas, limitándolas al gusto y recreacion que á los buenos ingenios darian sus muchos y buenos conceptos, declarados por gentil estilo y lenguaje, pues fatiga en el alto verso, así como agrada extremadamente al parear la redondilla, siendo muy notables su definicion del amor y su pintura de la vida del tirano.

Fray Gabriel de Mata compuso la primera, segunda y tercera parte del *Caballero Asisio*. Bajo la influencia del tiempo le ocurrió dar á San Francisco de Asís el extraño corte de Caballero andante, segun se ve desde luego en la portada del libro, donde está representado el santo á caballo, vestido de todas armas, con una gran cruz en la cimera, con las cinco llagas sobre el escudo y otras varias alegorías por igual tono. Para captarse la voluntad de los lectores, les pide que tengan en cuenta

La mucha ocupacion, edad temprana,
Pues es cuasi en el año de novicio,
Do falta tiempo y nunca el ejercicio.

A tan juveniles años y en tales dias bien se puede excusar el sesgo dado á la relacion de la vida del glorioso fundador de la órden franciscana; y despues de su lectura, se halla racional que la recomendara Ercilla por la veracidad y el celo devoto, por el verso limado y justo y por sentencias y pasos de buen ingenio.

De Vicente Espinel era muy amigo el célebre autor de *La Araucana*, y se concibe que sus versos líricos le parecieran superiores á todos, pues son fáciles y sentidos y abundan en buenos y agudos conceptos, y están declarados en grato y castizo lenguaje; además de que la invencion de la décima castellana siempre mantendrá su gloria á envidiable altura.

De la andantesca familia del héroe de Ariosto es *El Flo-*

rando de Castilla del licenciado Jerónimo de Huerta. Lástima da que al desenvolvimiento de una insípida fábula dedicara su númen fecundo en versificacion fluida y galana: con fundamento encomióla Ercilla, y dijo que gustarian de leerla muchos, dando así á entender que no participaba de la aficion de sus contemporáneos á los libros de caballería andante; mas no sin añadir que *El Florando* tenia cosas de ingenio puestas por buen estilo.

Duarte Diaz no hizo más que poner en verso la crónica de Hernando de Pulgar en lo referente á la conquista de Granada; crónica ya puesta en latin por Nebrija. Lo que más llamó la atencion á nuestro D. Alonso fué que, á pesar de haber nacido portugués Duarte, se complaciera en alabar á los castellanos. Allí está referida la conquista por la série de sus diez campañas, sin alteracion de personas, épocas ni lugares, aunque pone bajo ficcion el suceso y toma de Benamaguex, Cohin y Cartama, personificando á estas tres villas para que por sí propias den cuenta de sus aventuras. Tambien Ercilla estuvo atinado en decir que el verso de este libro es bueno y contiene buenos conceptos y cosas agudas y de ingenio grande.

Muy inferiores son los sonetos y las canciones del mismo poeta en los idiomas portugués y castellano. De muestra sirva el siguiente soneto, que se inserta aquí por el asunto.

Valerosa señora, á quien se debe
En parte agradecer el precio y gloria
De La Araucana celebrada historia,
Que á la inmortalidad por vos se mueve.
Así de las hermanas todas nueve
Alcance vuestro nombre tal memoria
Que recoja del tiempo alta vitoria,
Puesto que todo lo consuma y lleve;
Que supliqueis con tierno y dulce ruego
Al que nunca se cansa ó se despide
Del gusto de agradaros noche y dia,

Que decrete mis versos luego, luego;
Cierto lo debe hacer pues se lo pide
Del tronco de Bazan Doña María.

Ciertamente el soneto con que Duarte Diaz termina su obra no es más que nuevo testimonio del raro mérito de este portugués en preferir los castellanos á sus compatriotas, pues versa sobre la anécdota de Carlos V con referencia á moneda determinada de ambas naciones; cuando al saber que la llamada *portugués* valia por varios *castellanos*, le ocurrió mandar que en adelante el *castellano* valiera por más *portugueses*. Sin duda para evitar repeticiones se abstuvo Ercilla de insistir en tal circunstancia, limitándose á manifestar que el libro tenia cosas de pasatiempo, cuya lectura gustaria á muchos.

Sesudamente ponderó la dificultad y el provecho del libro de *Arte poética española* de Juan Diaz Rengifo, aunque lo hayan vilipendiado todos los versificadores, á la par de no dejarlo de consultar ninguno con harta frecuencia, segun repara Vargas Ponce; añadiendo que entre el despilfarro y mal gusto de su doctrina, allí están el análisis y la anatomía de nuestros metros, como en su *Selva de rimas* se halla superada la dificultad amarga para los que no tienen la espontánea y fecunda vena de Lope y otros; y notando que obra de humanidades de que se han hecho tantas reimpresiones, bien podria ser muy imperfecta, pero no dejará de ser provechosa.

Con gentil espíritu dijo Ercilla que habia tocado Cristóbal de Mesa varias historias y poesías en su libro sobre una de las más insignes victorias alcanzadas por cristianos contra infieles, y que estudio y largo trabajo le habria costado pintar la ínclita jornada de *Las Navas de Tolosa.* A todas luces se debe calificar de legítimo y merecido el elogio, pues hay verdadero estro en el poema, que llamó heróico su autor estimable, y fué el primero que salió de su pluma. Cuanto más se cotejen las obras citadas y las aprobaciones de Ercilla más resaltarán su buena crítica y su urbanidad inquebrantable.

ILUSTRACION VII.

CARTAS DE D. ALONSO DE ERCILLA Á D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA: SE HALLAN EN LA BIBLIOTECA DE SALAZAR Y POR CONSIGUIENTE EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Todas están escritas de su puño ménos la primera, en la cual sólo es autógrafa la posdata.

«V. m., mi señor, piensa que no hay más sino venirse á Madrid á comer la hacienda de los amigos y á ganarles su dinero, y volverse con salud á casa; pues sepa v. m. que no ha de pasar así, porque me dejó tan picado que pienso ir á ese lugar á desquitarme, no solo de lo que v. m. me ganó, pero de lo que me comió, que cierto me ha dejado en el hospital, y con todo esto puedo certificar á v. m. que su ausencia se ha sentido mucho en esta casa, y lo poco que, hablando verdades, v. m. se sirvió de ella. Hános quedado un consuelo, el cual es que nunca se acaban en esta corte de una vez los negocios, y que v. m. ha de volver á los que dejó comenzados. Dios sabe lo que yo lo deseo y que sean tan grandes que obliguen á traer v. m. á mi señora Doña Costanza de asiento á ella, donde sirviésemos á s. m. Doña María y yo como deseamos, y á mi señora Doña Juana, que jamás me olvi-

daré de la voluntad con que me hacia merced. Besamos á sus mercedes las manos cien mil veces.

«El libro recibí y fuera mayor merced para mí que v. m. me enviara á mandar alguna cosa de su servicio; que verdaderamente no tiene v. m. mayor y más aficionado servidor que á mí. No digo esto por obligar á v. m. me la haga, pues tiene de su mano al marqués de Astorga de hacer que me pague quinientos reales que presté para comer á su tio; suplico á v. m. se lo escriba, y si fuere menester enviar la confesion del marqués á quien los presté, lo haré, y podrá v. m. tomar de ellos la paga de su trabajo, que ya sé que en este mundo nadie se mueve sin interés; y porque quede pago v. m. del que le ha de costar ver esta carta mia va el porte dentro de ella. Suplico á v. m. me avise siempre de su salud, que se la deseo como la mia propia. Désela Dios á v. m. como puede, y le guarde cien mil años. De Madrid 8 de Mayo de 1593 años.=D. Alonso de Ercilla.=Venia dentro de esta carta el medio real que traia de porte, aunque venia en pliego de D. Antonio Cabeza de Vaca, y él puso quinientos reales de porte, como parece por el sobrescripto.»

«Muy enemigo se muestra v. m. de deber á nadie cosa alguna; pues sepa v. m. que, aunque no quiera, me ha de deber el desearle mucho servir, y querria mostrarlo en este invierno yendo á besar á v. m. las manos, si ya Valladolid no se ha pasado las tres leguas más allá; que me he hecho tan perezoso que por no andarlas me quedaré en Madrid, donde aguardaré con mucho gusto que cumpla v. m. la palabra de venirse á ella, aunque no sea sino á informar al Cardenal Archiduque de los temples de las tierras. El desta se ha vuelto muy húmido, porque no cesa un punto de llover. A mi señora Doña Costanza besamos Doña María y yo las manos, junto con las de mi señora Doña Juana y la de v. m.

cuyas vidas guarde Nuestro Señor muchos años, y traya á vuestras mercedes á Madrid ó á mí me lleve á Valladolid, aunque se mude muchas leguas á los inviernos. Hoy víspera de Todos Santos de 1593 años.=Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.=Bien pudiera v. m. enviar con la cédula de los cien reales el medio real de porte, aunque viniera dentro de la carta.»

«Yo no he estado bueno, y he guardado la cama y casa, con harto pesar mio, por no ir personalmente á ver al secretario Paredes. Téngole escrito dando priesa para que la dé al despacho de v. m.: háme asegurado que con toda brevedad se hará, poniendo á mi cargo la diligencia, porque es grande amigo mio y él lo confiesa; pero con todo eso no me ha querido enviar á decir la persona que va. Creo que es porque no sufre su oficio hacerlo, y así me lo ha enviado á decir, y como por tercera no se puede apretar, no le he replicado. Yo procuraré saberlo por esta ó por otra parte, y si lo supiere avisaré á v. m.; y lo que cierto creo es que si v. m. tiene depositado el dinero, que debe ser partida la persona, porque tienen por estilo decir que se trata dello, y están ya haciendo las informaciones. V. m. esté advertido desto y á mí me mande en que sirva, pues sabe v. m. que no tiene tan gran servidor en el mundo. Anoche salió dél don Luis Manrique y Zúñiga, yerno de D. Alonso el de la cámara, de una apoplegía que le dió sobre una erisipela; ha hecho mucha lástima por ser mozo y muy buen caballero. A mi señora Doña Costanza y á mi señora Doña Juana beso cien mil veces las manos, y Doña María las del señor Comendador, cuya vida guarde Nuestro Señor y le haga el mayor de Calatrava. De Madrid y Diciembre 22 de 1592.—Don Alonso de Ercilla.»

«Como negocio de v. m. hice la diligencia que v. m. me mandó, y aunque del Secretario Paredes no pude saber nada, con el cuidado que puse vine á entender que el caballero que va es D. Juan de Castelví, valenciano, y grande amigo mio. Yo le fuí á hablar, y servirá á v. m. con la brevedad que verá, porque se lo he pedido de manera y tiene tanta obligacion á mi amistad, que será v. m. muy servido. Parte mañana jueves 29 deste; y ántes se vino á despedir de Doña María, que tambien hizo su oficio, la cual juntamente de mancomun conmigo y á voz de uno besamos las manos de v. m. y á mis señoras Doña Costanza y Doña Juana. El Príncipe Cardenal me dijo que creia que Valladolid se habia mudado á este lugar, porque las nieblas han sido tantas que se podia creer. Nuestro Señor guarde á v. m. y le haga Comendador mayor y muy presto. Madrid á 28 de Diciembre de 1593 años. Erréme en los dias, que mañana jueves parte D. Juan, que serán á 30 del presente.=Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

ILUSTRACION VIII.

RELACION DE LOS DEUDOS Y CRIADOS Á QUIENES MENCIONA ERCILLA EN SU PODER PARA TESTAR Y SU CODICILO, Y DE LAS MANDAS Á CADA UNO DE ELLOS.

Doña María Hurtado de Mendoza, sobrina suya é hija de D. Pedro; la manda es de mil quinientos ducados, para ayuda de su dote.

Doña Leonor de Zúñiga; de doscientos ducados por una vez, para ayuda de su sustento.

Doña Magdalena de Zúñiga y Doña Juana, sobrinas, las dos monjas; de treinta ducados cada año por sus dias y vida.

Doña Isco Anita de Zúñiga, sobrina; de ocho mil reales, para que rogase á Dios por su alma, y que le perdonara de no poder mandarle más. Por el codicilo rebajó á la mitad la suma, en atencion á que le debia suceder en los bienes, heredados de Doña Magdalena, su hermana.

Don Pedro Hurtado de Mendoza, su sobrino; de tres mil ducados, no mandándole más porque le habia de suceder en su mayorazgo.

I
Reti;
La r
Al ũĩ:.
Dejan
Que ve
Es este
De gent

»Porq
Viendo l
Sin duda
Dejando
Y la falt
Los echa
Guiados
De do qu

»Teneis
Cerrado d
Por do qu
El trato á l
Cuya espe
Aún no pu
Y las aves a
Sienten tra

»Llevados
Que, viendo
Corregirán
Volviendo a
Y si quieren
Desviarse d
Dejando est
Libre de su

...ma al pié del poder para testar ni del codi...
...la el escribano Juan del Campillo el uno y...
...ndo como testigos del primero, Juan Diaz, m...
...Castillo, Lúcas Sanchez, Francisco Roman...
...s; estantes en esta corte; y del segundo, e...
...Castillo, abogado, fray Melchor Botello, pr...
...al de la Orden de San Bernardo, Isidro d...
...s, Diego Castillo y Diego Vazquez Vela, esta...
...te, que para ello fueron llamados y rogados.
...A nombre de la Academia Española, D. Fra...
...Gonzalez, bibliotecario mayor honorario y p...
...l. se dirigió con fecha de 15 de Junio de 18...
...nte corregidor D. Angel Fernandez de los Ri...
...e copia del poder para testar y del codicilo...
...D. Alonso de Ercilla. Por auto, que sirviera d...
...nto en forma, el teniente corregidor accedió á...
...y el escribano D. Antonio Lopez de Salazar ent...
...rizada de ambos documentos á las cuarenta y o...
...les; de suerte que el 17 de Junio ya se remi...
...mia Española. Enviados fueron al señor Varga...
...conservaba al tiempo de su fallecimiento: co...
...sus papeles á la Academia de la Historia, allí h...
...r á investigar el paradero del poder para testa...
...cilo de Ercilla; y encontrados sin esfuerzo, se n...
...generosamente la oportuna copia. No ha pareci...
...transcribirlos á la letra, pues de todo lo intere...
dado ya y se completan aquí las noticias.

Cañedo, su paje; la manda es de doscientos ducados, un sayo, capa y ropilla de sus vestidos, con la advertencia de que no se le tome cuenta de lo que tuvo ó tenia á cargo de su hacienda, si no la que quisiere dar bajo su juramento.

Ulrico, su criado; de ciento y cincuenta ducados, unas calzas, herreruelo de raja y ropilla, un sombrero de su persona, y todas las sillas, frenos y gualdrapas de su caballeriza. Por el codicilo exceptuó las sillas y los frenos de sus tres caballos regalados.

Beltran de Gomez y Amatienzo y Juan Ruiz, sus criados de veinte y cinco ducados á cada uno.

Vicencio de Luca, su repostero; de treinta ducados.

Estéban, su mozo de plaza; de doce ducados.

Resel, dueña de Doña María, de dos mil reales; su nieta, á quien tambien tenia en casa; de veinte ducados.

Gonzalez, su criado; de ciento sesenta reales.

Pedro Fraile, su lacayo; de cuatrocientos reales. Por e codicilo rebajóle ciento.

Mechon, su criado; de cien reales.

Además su luto y salario dejó á todos, poniendo al fin la cláusula siguiente.—«Y no me alargo más con los dichos mis criados, porque quedan en servicio de la dicha mi mujer, que entiendo les hará mucha merced.»—De otro hace mencion especial en el codicilo con estas palabras.—«Declaró que prestó á Pereda, su criado, doscientos reales; quiere que no se cobren dél y se los perdona.»

Imposible ha sido rastrear lo denotado en estotra cláusula del codicilo.—«Declaró que deja un memorial escrito de letra del padre fray Sebastian de Villoslada, prior del monasterio de San Martin desta villa; y al fin dél firmado del dicho padre prior y del Sr. D. Sancho de La Cerda; y queda cerrado y sellado y en poder de dicho Sr. D. Sancho; quiere, manda y es su voluntad que todo lo en el dicho memorial contenido se guarde y cumpla, segun y como si fuere inserto en ésta escritura.»

Por lo grave de su enfermedad no pudo Ercilla poner su

firma al pié del poder para testar ni del codicilo, otorgados ante el escribano Juan del Campillo el uno y el otro; figurando como testigos del primero, Juan Diaz, médico y vecino del Castillo, Lúcas Sanchez, Francisco Roman é Isidoro de Solís, estantes en esta corte; y del segundo, el doctor Félix del Castillo, abogado, fray Melchor Botello, procurador general de la Orden de San Bernardo, Isidro de Solís, Juan Diaz, Diego Castillo y Diego Vazquez Vela, estantes en esta corte, que para ello fueron llamados y rogados.

A nombre de la Academia Española, D. Francisco Antonio Gonzalez, bibliotecario mayor honorario y predicador de S. M. se dirigió con fecha de 15 de Junio de 1818 al señor teniente corregidor D. Angel Fernandez de los Rios en súplica de copia del poder para testar y del codicilo otorgados por D. Alonso de Ercilla. Por auto, que sirviera de mandamiento en forma, el teniente corregidor accedió á la instancia, y el escribano D. Antonio Lopez de Salazar entregó copia autorizada de ambos documentos á las cuarenta y ocho horas cabales; de suerte que el 17 de Junio ya se remitian á la Academia Española. Enviados fueron al señor Vargas Ponce, y los conservaba al tiempo de su fallecimiento: como legó todos sus papeles á la Academia de la Historia, allí hubo que acudir á investigar el paradero del poder para testar y del codicilo de Ercilla; y encontrados sin esfuerzo, se nos franqueó generosamente la oportuna copia. No ha parecido necesario transcribirlos á la letra, pues de todo lo interesante se han dado ya y se completan aquí las noticias.

ILUSTRACION IX.

EDICIONES MÁS NOTABLES DE LA ARAUCANA Y NOTICIAS VARIAS.

Ya se ha dicho que Ercilla publicó en Madrid el año de 1570 la primera parte de *La Araucana*; en el de 1578 reimprimióla con aditamento de la segunda; y al de 1589 corresponde la primera edicion de las tres partes. De esta no he logrado tener ejemplar ninguno á la vista; pero sí de la publicada tambien aquí al siguiente año. Por superior á todas como correcta se debe considerar sin duda la hecha en Madrid el año de 1597 á costa de Miguel Martinez, y en casa del licenciado Castro, donde se advierten oportunas enmiendas de Ercilla, segun todas las verosimilitudes. Cuatro años sobrevivió á la edicion de 1590, y durante ellos limó ciertamente algunos pasajes. Doña María de Bazan se mantuvo fiel á la memoria de su ilustre esposo durante los nueve años que le llevó de vida; y no es de presumir que tolerara alteraciones en el texto de *La Araucana*, que el autor no dejara escritas. Siendo esta edicion de 1597 la primera de Madrid con posterioridad á su muerte, y constando que en ella intervino un hombre de letras, lo probable es que la hiciera sobre un ejemplar proporcionado por la viuda. Durante el siglo XVI se publicaron ediciones del poema de Ercilla en

Barcelona y Zaragoza, en Perpiñan y en Amberes. Dos conozco del siglo XVII; de 1610 la una y de 1632 la otra; y de Madrid son ambas. Del siglo XVIII se tiene por mejor la de Sancha, y del siglo presente se ha preferido la de 1828 por el impresor D. Miguel Búrgos.

Enfrente de las casas llamadas del Cordon tuvo Ercilla la suya propia; y así su fe de defuncion existe en la parroquia de San Justo. Estéban Felix se llamaba el hijo de Garivay, á quien Ercilla sacó de pila en union de su esposa. Me consta que puso aprobaciones á los *Diálogos sobre las guerras de Oran*, de Baltasar de Morales, y á *La Arcadia* de Sanazzaro, traducida por D. Jerónimo Jimenez de Urrea.

Lo que á la sazon pasa en la República de Chile induce á dudar que Pedro de Valdivia tenga allí estátua, aunque no parece dudoso que de erigírsela en la capital hubo proyectos algun dia.

ÍNDICE

DE LOS CANTOS

DE LAS PARTES SEGUNDA Y TERCERA.

Pág.

Pág.

Pág.

Pág.

Pág.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26 y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
Gramática de la lengua castellana...............		15	
Compendio de la misma destinado á la segunda enseñanza..............		4	
Epitome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental....		2	
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion..	88		76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.....		3	
Obras poéticas del *Duque de Frias,* un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo..................		40	
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego,* un tomo en 8.° prolongado.......		20	
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio...............	32		

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
D. Quijote con la vida de Cervantes, cinco tomos..	80	50	
Vida de Cervantes, un tomo.	30	25	
El siglo de Oro de Bernardo de Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.........	16		
Discursos de recepcion de la Real Academia Española, tres tomos en 8.° mayor: cada uno.............		20	
El Fuero de Avilés, con el texto en fac-símile, sus concordancias, y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe...............		20	
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, dos tomos en 8.°..		30	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando de una vez 200 ó más ejemplares.


3 2044 021 067 582